

PARTE 1

INTRODUCCION Y VISTAZO GENERAL

PREFACIO

El propósito de este libro es colocar el entendimiento fundamental de Cristo Jesús como la vida del creyente y todo lo que eso significa para nosotros como cristianos. Es imposible exagerar la importancia de conocer a Cristo como nuestra vida, como la vida de Su cuerpo, pues esto es el corazón del propósito eterno de Dios.

En la primera parte comparto mi testimonio personal a manera de introducción, seguido por un vistazo de lo que vamos a cubrir. Comenzaremos dando pinceladas gruesas, pero en las siguientes secciones ahondaremos en el estudio de las cosas que solamente ojearemos en esta sección; y con todo, sigue siendo solo arañar la superficie. Vamos a ver muchas escrituras y a usar algunas analogías e ilustraciones, con la intención de hacer más claro el estudio. En la última sección intento responder algunas de las preguntas más frecuentes.

Permítanme comenzar con mi testimonio personal para colocar el escenario. Espero que muchos de ustedes puedan identificarse con lo que voy a compartir.

TESTIMONIO PERSONAL

Nací de nuevo cuando aún era un adolescente, inicié mi viaje personal como un joven tratando de vivir la vida cristiana. Yo estaba absolutamente convencido de la verdad de las Escrituras y de la realidad de Cristo y Su cruz, así que traté de vivir mi vida cristiana de acuerdo a los caminos de Dios y servirle con corazón agradecido por haberme salvado de mis innumerables pecados.

Cuando estaba en la universidad, hubo un tiempo específico en el cual el Señor verdaderamente empezó a despertarme a la realidad de la eternidad, a la inutilidad de vivir para el mundo o la carne; y a la certeza, magnitud y permanencia del juicio eterno. Al ver esas cosas, con cierta certeza espiritual y convicción interna determiné vivir mi vida cristiana con radical devoción y

completo abandono a Cristo. Como no sabía exactamente lo que significaba vivir para Dios, me avoqué a una vida disciplinada para hacerme apto para el servicio de Su reino. Así fue como me metí de lleno en las Escrituras (con frecuencia por varias horas al día), ayunaba regularmente, e intentaba orar una significativa cantidad de horas cada día. Por pura determinación y desesperación por Dios, conseguí mantener este estilo de vida unos pocos años.

Todo parecía estar funcionando hasta ese momento: en definitiva estaba creciendo en el conocimiento de las Escrituras, se hizo más fácil ayunar, y la mayoría de las veces orar fue más placentero. Aunque hubo algunos tiempos de oración “muertos”, también hubo muchos otros en los que realmente sentí y disfruté la presencia del Señor.

Encima de todo, yo había visto al Señor hacer milagros y debo añadir que yo mismo había experimentado numerosos de encuentros con Él a lo largo de los años, un tanto inusuales y conmovedores. Por un buen tiempo, todo esto me hizo pensar que yo estaba en el camino correcto. Incluso, quizás usted esté pensando que yo estaba en el camino correcto; pero si yo hubiera sido realmente honesto conmigo mismo, me habría dado cuenta de que había algo significativamente incorrecto. Aunque de alguna manera daba la impresión de estar “creciendo” en mi relación con el Señor, cada vez que yo tomaba un objetivo en mi vida veía problemas garrafales.

Por un lado, yo estaba plagado de temores. Algunos de ellos eran increíblemente intensos e irracionales, y me sobrevenían en forma de ataques de pánico; otros eran más sutiles, y se manifestaban únicamente en inseguridades o en una ansiedad que me corroía. Le rogué al Señor, orando incontables horas y ayunando periódicamente, que me librara de este tormento; pero todo fue inútil.

Me di cuenta también, de que no podía amar a las personas. Yo amaba la *idea* de amar a las personas, había oído que lo llamaban “el segundo gran mandamiento”, y había sido enseñado en que si realmente amaba a Dios, eventual y automáticamente amaría a los demás. Sin embargo, descubrí que ese no era mi caso; por el contrario, me vi a mi mismo amando y teniendo cariño por las personas que me gustaban, y no teniendo mayor cuidado por las que no.

Más aun, cuando era honesto, yo sabía que estaba lleno de orgullo; especialmente orgullo espiritual. Es muy fácil cubrir el orgullo con todo tipo de lenguaje espiritual, pero si era totalmente honesto conmigo mismo y con el Señor, sabía que era una letrina llena de orgullo y ambición. La mayoría de las veces, éste manifestaba su horrible cabeza en mi deseo de ser exaltado ante los demás, particularmente ante los líderes espirituales. Yo *odiaba* esto de mí mismo, pero ni el ayuno ni la oración parecían ser capaces de librarme de estas cosas. Algunas veces, por varias razones, parecía que estas luchas se desvanecían un poco en el fondo, pero tarde o temprano las enfrentaría de nuevo; y esto era sólo la punta del iceberg de lo que yo estaba viendo en mí mismo.

Ahora sé, retrospectivamente, que esto era un escrutinio de mi realidad ordenado por Dios. Su revisión de la realidad puede ser totalmente diferente a la mía; puede que tenga que ver con adicción, condenación, auto aborrecimiento, auto destrucción, perversión, muerte interior, sentirse fundido, depresión, falta de cambio... Lo cierto del caso es que llega el momento cuando Dios nos coloca cara a cara con nosotros mismos.

Podría seguir y seguir, y darle una lista completa de todos mis pecados, fallas y luchas y, aunque podría ser interesante, probablemente ya he dicho lo suficiente para darme a entender. Mi punto es: yo sabía que había algo incorrecto, terriblemente incorrecto; y yo no parecía poder cambiarlo, aunque hiciera los más ardorosos esfuerzos. A pesar de mis años de sincera búsqueda, indagación diligente y de lo que sentí ser legítima auto rendición; permaneció una innegable falta de genuina transformación interna.

Cuando era honesto, sabía que lo que estaba viviendo no podía ser la “plenitud de vida” de la que Jesús había hablado. Estaba agotado, era disciplinado, celoso comparado con otros y amaba a Jesús; pero había muchos versículos que describían realidades en Cristo que definitivamente no correspondían a mi experiencia. Las escrituras con las que llegué a estar más familiarizado hablaban de vida abundante y de ser lleno de la plenitud de Dios. Dicen que para mí el vivir es Cristo y que estaba muerto al pecado. Ya no caminaría en la lujuria de la carne, sino que ríos de agua viva brotarían de lo más recóndito de mi ser; y el yugo que yo debía cargar sería fácil y de descanso para mi alma...

Entonces comencé a darme cuenta de que podía continuar *fingiendo* que todo esto era verdaderamente mi experiencia, o podía encarar la realidad de que en

términos generales no lo era. Podía continuar imaginando que mi “cristianismo radical” producía lo que estos versículos describen, o podía “caer sobre la Roca y ser quebrantado”. No pareció importarme a cuantas conferencias acudí porque nunca pude alcanzar la cura; tampoco me importó a cuantos grandes líderes seguí o cuantos buenos libros leí, algo continuaba incorrecto. Esto no podía ser todo lo que había, tenía que haber más por conocer de Cristo y de la nueva vida.

Algunas veces aparecía un vistazo de quebrantamiento en un área, pero cuánta desilusión cuando mis quebrantamientos eran siempre de corta vida. Por pura disciplina, pude mantener a menudo la apariencia externa de vida espiritual. Sin embargo, empecé a ver que una verdadera vida espiritual, la vida de la que yo leía y sabía que debía tener, era algo totalmente diferente a la mía. Así fue como llegué a una de las más importantes crisis de mi vida. Comprendí que una de tres cosas tenía que ser verdad:

1. Tal vez las Escrituras no eran verdad. Yo simplemente no podía creer eso; Ellas habían probado de innumerables maneras ser la infalible e inerrante Palabra de Dios.
2. Tal vez yo no me estaba esforzando lo suficiente, ni presionándome con todas mis fuerzas. Sin embargo, así había creído yo por años y a pesar de lo mucho que incrementé mi diligencia, mi búsqueda, mis investigaciones, mis ayunos, etc.; nunca parecí alcanzar libertad o transformación duradera. En realidad, muchas veces había asumido que la falta de diligencia o de “devoción radical” era la razón; pero llegó a ser imposible para mí creer que añadir una hora más de oración por día, o un día o semana más de ayuno, harían el truco.
3. La única opción que me quedaba era que en algún lugar a lo largo del camino, malentendí el fundamento (o tuve una falla fundamental) en mi comprensión de lo que es el evangelio y cómo opera.

Si no fuera porque el Señor me estaba llevando a un estado de desesperación, yo nunca habría considerado la tercera opción; pero como había tratado todo lo demás, y ninguna otra opción podía explicar la situación en la que me encontraba, me vi forzado a evaluar mi vida de una manera totalmente nueva. Estaba empezando a concordar con Pablo cuando dijo: “*en mi carne no mora el bien*”, y con Jesús cuando dijo: “*La carne para nada aprovecha*”. Debido

a esta desesperación y a ciertas conversaciones con un hermano cristiano, comencé a acercarme al Señor como un niño pequeño: no presumiendo que sabía algo, sino pidiéndole a Él que me revelara lo que estaba mal.

EL EVANGELIO: LA REALIDAD DE LA NUEVA VIDA

Mi meta al compartir todo esto no es engañarlo diciéndole: “Aquí está la fórmula mágica que descubrí y que lo hará perfecto”; o “Aquí están los siete pasos que encontré para eliminar todos sus problemas”. Mi meta al compartir esta parte de mi vida, es ayudarlo a preguntarse si habrá algo que se está perdiendo también, o si está equivocado en la comprensión de algo extremadamente importante, tan importante como la vida misma. Porque eso fue exactamente lo que descubrí en mí: Me di cuenta que había malentendido el fundamento del evangelio. Me tomó algunos meses tragarme mi orgullo lo suficiente para admitirlo, pero ese era precisamente el problema. Mi principal problema era que yo estaba haciendo todo lo posible por vivir para Cristo, sin entender verdaderamente lo que significaba para Cristo vivir en y a través de mí.

Esto es lo que me gustaría apuntarle: hay una *enorme diferencia* entre vivir radicalmente para Cristo, y que Cristo mismo viva en y a través de cada uno de nosotros. Jesús hablaba muy en serio cuando dijo: “*Yo soy la vida*”; y la única manera que tuvo Pablo para decirlo fue: “*Y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*”.

Estamos muy familiarizados con versículos como estos, pero antes de que concluyamos que ya los conocemos, permítame compartirle con toda honestidad que el mayor obstáculo para empezar a conocer a Cristo como mi vida fue pensar que ya los conocía. No puedo enfatizar esto lo suficiente, pero mi familiaridad con estas escrituras se volvió una venda para mí. Mientras afirmé que veía, mi ceguera permaneció.

Debido a que conocía la teología (las doctrinas), asumí que conocía la sustancia real, la experiencia viva, la realidad espiritual. De hecho, el día que mis ojos empezaron a ser abiertos a las cosas que voy a compartirle, caí literalmente al piso en mi dormitorio y le pregunté al Señor cómo es que todo esto estuvo escondido para mí, cuando por años había orado la oración de Efesios 1:17: que me diera espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él y que abriera los ojos de mi entendimiento, etc.

Entonces el Señor habló a mi corazón y dijo: “Hijo, en todas tus peticiones nunca sometiste tu fundamento a mí. Siempre me quisiste para que yo aumentara lo que tú pensabas que sabías. Lo que quiero mostrarte nunca podría ser colocado sobre el fundamento que tienes”. Luego dos escrituras estallaron en mi mente: Juan 9:39, “*Dijo Jesús: Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados*”; y 1 Corintios 8:2, “*Y si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo*”. No fue hasta de que yo estuve dispuesto a librarme de todo, que el Espíritu pudo ayudarme a comenzar a comprender la realidad de la nueva vida en Cristo.

Por supuesto, estamos familiarizados con el evangelio como el perdón de nuestros pecados y la salvación de nuestras almas por gracia a través de la fe en el sacrificio de Jesucristo en la cruz; así que después de venir a Cristo para ser salvo, me dijeron que viviera *mi vida* para Dios de la mejor manera posible, con la ayuda del Espíritu Santo. Este es un lenguaje muy familiar para muchos de nosotros, pero el concepto de “vivir *nuestra* vida para Dios” es en realidad completamente ajeno al evangelio que Jesús y los apóstoles predicaron. Esto puede sonar tan raro para usted como una vez lo fue para mí, pero no emita ningún juicio hasta que hayamos visto algunas escrituras.

El evangelio apostólico no era un regalo de perdón, seguido por un plan de auto mejora con la ayuda del Espíritu Santo. El evangelio apostólico era un plan de *auto reemplazo*: la destrucción de una vida o naturaleza y su sustitución con Otra: la vida de Cristo. Como veremos con alguna profundidad, las Escrituras testifican unánimemente que fuimos crucificados con Cristo, y que Él es la vida resucitada del creyente.

La mayoría del cuerpo de Cristo comprende que la sangre de Jesús los libera de sus pecados; pero lo que yo no entendía era que la cruz de Cristo me libera de *mí mismo*. La cruz, además de ser el lugar donde Jesús murió por el perdón de nuestros pecados, lo cual es cierto y maravilloso; es también el lugar donde nosotros morimos con Cristo, para que así podamos caminar en la novedad de Su vida resucitada. Si no tenemos la comprensión de que la cruz nos separa de nuestro primer nacimiento o de la vida en la carne y que nos coloca en unión con la vida resucitada de Jesús, vamos a gastar años viviendo *nuestras vidas* para Dios, en lugar de ser *vasijas* de Su vida. ¡Este era exactamente mi problema!

El evangelio del Nuevo Testamento nunca consistió en la imitación de Su vida, es la impartición de Su vida. La obra de Cristo en la cruz incluye el perdón de nuestros pecados, pero también ha causado que llegemos a *“ser participantes de la naturaleza divina”* (2 Pedro 1:4), para que así Su vida pueda ser formada en nosotros (Gálatas 4:19) y expresada por medio de nosotros (2 Corintios 4:10). Por eso Pablo dice: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí”* (Gálatas 2:20).

El evangelio del Nuevo Testamento no se esfuerza por transformar al viejo hombre, es la crucifixión de ese viejo hombre: *“sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido...”* (Romanos 6:6). Es la formación de Alguien enteramente nuevo en nuestra vasija terrenal, *“...para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”* (Efesios 3:19). *“Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros”* (Gálatas 4:19). Este es el por qué somos llamados *“una nueva creación”* y se nos dice que debemos revestirnos del *“nuevo hombre”*: *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”* (2 Corintios 5:17). *“...despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos... y vestíos del nuevo hombre...”* (Efesios 4:22-24).

Como ya lo he mencionado, el evangelio del Nuevo Testamento no consiste en la imitación de la obra de Cristo, es la impartición de la vida de Cristo, así Su vida tendrá plena expresión a través de Su cuerpo, el cual es la iglesia. Ustedes han llegado a *“ser participantes de la naturaleza divina”* (2 Pedro 1:4), *“porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal”* (2 Corintios 4:11).

El evangelio no consiste en que la carne se vuelva espiritual, ¡eso es imposible! *“El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha...”* (Juan 6:63). *“Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien”* (Romanos 7:18).

Al comprender verdaderamente la obra consumada de la cruz, sabremos (como dice Romanos 6:6) y consideraremos (como dice Romanos 6:11) al viejo hombre muerto y habitaremos en y viviremos por la vida de Jesús: *“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”* (Juan 15:5).

Habitar en Cristo es en esencia, sinónimo de “caminar en el Espíritu”. Por ejemplo, vivir a partir del lugar de unión con Jesucristo, vivir y manifestar la vida de Otro. *“Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él”* (1 Corintios 6:17). *“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”* (Gálatas 5:25).

Por eso el evangelio del Nuevo Testamento no tiene que ver con la carne llevando fruto para Dios; incluso los profetas del antiguo pacto testificaron de esto: *“...y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia”* (Isaías 64:6). Es más, nosotros fuimos llevados a una participación, o unión con la vida de Cristo, para que Dios lleve fruto a través de nosotros; de la misma manera que la rama es meramente el conducto vivo para la savia de la vid. Es la savia la que da vida a la rama y produce fruto en ella. *“Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí”* (Juan 15:4). *“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otros, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios”* (Romanos 7:4).

Por supuesto, nosotros no nos estamos convirtiendo en Jesús, así como la rama no se convierte en la vid. La rama está injertada en una gozosa participación con la vida de la vid, con el fin de que esa *única Vida* tenga expresión en y a través de las muchas ramas. El cristianismo no consiste en muchas personas imitando una vida. ¡Todo lo contrario! Consiste en la expresión o manifestación de esa *única Vida* a través de muchos. Podemos entender esto con solo mirar nuestro propio cuerpo. Los miembros de mi cuerpo únicamente existen para expresar la *única vida* que vive adentro: la mía. Ellos no están tratando independientemente de imitar o remedar mi vida con su mejor esfuerzo; ellos son, de hecho, los muchos miembros que expresan al uno.

Por eso, el mayor interés de Pablo no era la disciplina de nuestra carne para que así actuáramos más como Cristo, pues, *“tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tiene valor alguno contra los apetitos de la carne”* (Colosenses 2:23); más bien estaba orando diligentemente para que la vida de Cristo fuera formada en el cuerpo. *“Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros”* (Gálatas 4:19). Dios nos llama “el cuerpo de Cristo”, por lo tanto, nuestro propósito eterno es llegar a ser una expresión multi - membrada de la vida de Jesucristo.

Entonces, el evangelio es las buenas nuevas acerca del intercambio de vida que ha efectuado la cruz; por el cual no solo participamos de Su vida para ser salvos de los pecados y la muerte, sino que también habitamos en esa vida, caminamos en esa vida, vivimos por esa vida. Por eso manifestamos la gloriosa vida de Jesucristo, y no simplemente la nuestra.

Por favor no me malentienda. Yo amo el hecho de que Cristo compró en la cruz el perdón de nuestros pecados, que nunca permitamos minimizar este glorioso regalo; pero si eso es todo lo que sabemos de la cruz, y fallamos en ver nuestra muerte con Él y Su vida resucitada en nosotros, todo lo que vamos a poder hacer es vivir en la ineficacia de la carne y hacer nuestro mejor esfuerzo por imitar la única e inimitable vida de Jesucristo.

Todos sabemos que Cristo vive en nuestros corazones, esto no es noticia para nosotros. Por lo general, es una de las primeras cosas que aprendemos como cristianos; pero hay una enorme diferencia entre saber que Él vive en nuestro corazón o incluso experimentar Su presencia ahí, y *caminar por esa vida... habitar en esa vida... llegar a ser una expresión de esa vida*. Claro, Cristo vive en nosotros si hemos nacido de nuevo y es maravilloso sentirlo en nuestro corazón y experimentar Su presencia a través del ministerio del Espíritu Santo; pero fue hasta que Dios comenzó a abrir mis ojos, que empecé a ver que caminar por esa Vida y expresar esa Vida era algo totalmente diferente. Como dice Pablo en Gálatas 5:25, *“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”*.

EL GRANJERO

Vamos a imaginar que usted es un granjero y que tiene una semilla de manzana muy especial que quiere plantar. Ella proviene de un árbol que ganó un premio y es sumamente costosa. Usted camina hacia su campo y con mucho cuidado siembra esta semilla de manzana en la tierra. Ahora bien, ¿no estaría usted absolutamente pasmado y confundido si después de plantar esa semilla empezara a crecer una mata de tomate? O más extraño aún, ¿qué si en lugar de crecer la semilla empezara a crecer el campo propiamente? Esto puede sonar ridículo, pero de muchas maneras es lo que le hemos hecho al evangelio.

La semilla es la vida de Cristo y nosotros somos el suelo. El Padre quiere un incremento de esa vida: una cosecha de Cristo, por así decirlo. Por tal razón,

planta en nosotros la vida de Su Hijo, planta la semilla incorruptible en nosotros. Recordemos que en 1 Corintios 3:9 se nos llama “el campo de Dios”. Ahora, lo que Dios espera es un incremento de esa semilla y una expresión plena de su vida; desea una cosecha de Cristo en y a través de nosotros.

Dios no quiere que andemos por ahí y hablemos acerca de como tenemos una semilla adentro y de como un día vamos a conocerla cara a cara; lo que quiere es que la semilla crezca en nosotros y que sea formada en nosotros, para que literalmente nos convirtamos en la ramas a través de las cuales la vida de la semilla fluye y en las cuales el fruto de la semilla crece.

Dios no quiere en definitiva, que la tierra se levante e imite Su Semilla; la tierra está supuesta a ser la habitación de la semilla: “*Pero tenemos este tesoro en vasos de barro...*” (2 Corintios 4:7). ¿Se imagina usted cuan decepcionado estaría el granjero si la tierra germinara y tratara de hacerse a sí misma imitadora de su premiado árbol de manzana? ¡Esa no fue la intención del granjero! Entonces, si la tierra gastó toda su vida, energía y recursos tratando de imitar el árbol de manzana, en lo que respecta al granjero fue una pérdida de tiempo, porque aparte de la Semilla el suelo no puede hacer nada bueno.

¿Ve usted cómo esto se relaciona con nuestras vidas? Nosotros somos la tierra en la cual el Padre ha plantado Su Semilla incorruptible, pero muchas veces gastamos nuestra energía esforzándonos para que nuestra tierra crezca, cuando ella es simplemente la vivienda para la semilla. Nosotros recibimos la semilla espiritual por fe y luego pensamos que tenemos que hacerla crecer a través de las obras de la carne. Entonces nos abocamos a arrancar la maleza y a sacar las piedras de nuestra tierra, y cuando eso no cambia nada, nos esforzamos en hacer una escultura de tierra que se asemeje al árbol de manzana que el granjero está buscando.

Dios no va tras una tierra bonita; Isaías nos lo dijo: “Nuestra tierra bonita es trapos asquerosos delante de Dios” (Isaías 64:6). La cosecha que quiere el Padre es la cosecha de Su semilla. Esto me recuerda lo que Pablo dice en Gálatas 3:3, “*¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?*”

EL CARRO

Muchas veces diferentes analogías tocan de diferente manera a las personas; aquí tenemos otra ilustración que demuestra lo mismo.

Vamos a pretender ahora que usted es un carro y que tiene el tanque para gasolina lleno de agua. Usted ha tratado y tratado y tratado de trasladarse a alguna parte con ese tanque para gasolina lleno de agua; pero no se ha movido. Mientras usted sigue tratando, y tratando, y creciendo en frustración, alguien le alcanza “la Biblia” de carros. En Ella lee acerca de cómo vino Jesús y murió para que usted pudiera tener un tanque para gasolina nuevo y que efectivamente contuviera gasolina. Usted se emociona, se arrepiente y cree. Ahora tiene en su carro un tanque nuevo para gasolina, lleno hasta el borde de gasolina de alta calidad; pero aún cuando a usted se le dio un tanque nuevo lleno de gasolina, continúa deduciendo que el tanque está lleno de agua. Luego trata de manejar usando el tanque viejo y nuevamente empieza a frustrarse. Así que coge de nuevo “la Biblia” de carros y empieza a leer acerca de hombres y mujeres carros que en el pasado lograron mover sus carros y viajar por todo el mundo haciendo grandes cosas para Dios.

Ahora usted está más frustrado, ¡pero sabe que algo tiene cambiar! Consigue algo de pintura y se aplica a sí mismo una mano. ¡Eso estuvo emocionante! Luego, afina la máquina y cambia las bujías, agrega un adorno en la parte trasera (spoiler), unos dados de peluche para colgar del espejo, tapiza los asientos con tela que asemeja la piel de leopardo, coloca algo de neón... y en poco tiempo se ve verdaderamente “apuesto”. Por un tiempo hay emoción y sentido de realización, hasta que comprende que aún no se ha movido ni una pulgada.

Ambas analogías ilustran la falta de entendimiento que tenemos del evangelio. Se nos ha dado una vida enteramente nueva. El propósito de esa vida no es ser un tiquete para ir a algún lugar después que muramos, ni tampoco se nos dio para que ocasionalmente la sintamos cuando oramos o para tener una experiencia espiritual en la cual probemos algo acerca de ella. Estas pueden ser cosas buenas y tienen su lugar, pero habremos perdido el punto si la vida de Cristo no está siendo formada en nosotros y no llegamos a ser la expresión de ella en el mundo. Habremos perdido el tiempo si no estamos habitando en Su vida y si no estamos viviendo en y por medio de la vida de Otro.

El Padre va tras un incremento de Cristo; Él ha plantado Su Semilla para obtener una cosecha de *ese género*. En tanto nosotros malentendamos ese propósito eterno y busquemos imitar y vivir para la Semilla con el poder de la tierra, perderemos el corazón y la realidad del evangelio.

PARTE 2

EL ETERNO PROPOSITO

Ahora que ya tenemos una idea general de nuestro tema, vamos a profundizar un poco al mirar el propósito eterno de Dios. Si estamos confundidos acerca del propósito final de Dios para la creación, inevitablemente lo estaremos acerca de nuestro papel en dicho propósito. En otras palabras, si comenzamos con una presuposición errónea, terminaremos con una conclusión errónea.

El mejor lugar para empezar a ver el eterno propósito de Dios es el Jardín del Edén; pero antes de empezar, asegurémonos de estar familiarizados con lo que Romanos 5:14 nos dice que Adán es un *tipo* de Aquel que vendría, un tipo de Cristo. Para aquellos que no están muy enterados, un “tipo” es una figura divinamente intencionada o una prefigura; una vista preliminar de algo que es verdadero de Cristo, o verdadero en Cristo, o verdadero de nosotros en relación a Cristo. Hay innumerables “tipos y sombras” en las Escrituras: cosas, personas, instituciones o lugares que deliberadamente nos señalan a la verdadera sustancia en Cristo (los sacrificios del antiguo pacto son un “tipo” de la cruz; Salomón es un “tipo” de Jesús gobernando como Rey, etc.). De hecho, todo el Antiguo Testamento existe para este propósito.

El apóstol Pablo nos enseña que Adán de muchas maneras “tipifica” o prefigura a Jesucristo. Sabemos esto, no solo a partir de Romanos 5:14, sino a partir de un puñado de referencias explícitas e implícitas de ese hecho. Por ejemplo, en Efesios 5 Pablo habla acerca de la unión entre Adán y Eva, luego continúa y dice: “Este es un gran misterio, pero yo en realidad estoy hablando acerca de Cristo y de la Iglesia”. Así que cuando miramos a Adán podemos ver una sombra de Cristo; puede que no sea una vista clara de Él, pero podemos ver algunas cosas que son verdad acerca de Jesús.

Si usted mirara mi sombra en la pared, podría aprender algunas cosas de mí: mi forma, mis movimientos y tendría una idea aproximada de mi estatura; y aunque no haya visto mi cuerpo, o sustancia, podría entender ciertas cosas que son verdad acerca de mí por esa sombra. Sucede de la misma manera con Adán como “sombra” de Cristo, como también podemos ver cosas de Cristo al mirar las innumerables sombras que hay en el Antiguo Testamento. Juan 5:39-40, *“Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida”*. Lucas 24:27, *“Y comenzando*

desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían”.

Entonces, cuando miramos a Adán en el jardín, ¿qué podemos ver de Cristo? Atrás en Génesis 1, Dios comenzó creando cosas, todas **según su propio género**. Creó plantas, animales y peces, y los hizo de tal manera que serían capaces de reproducir su propia imagen y semejanza. Cada cosa fue hecha y colocada en la tierra con una intención: que trajeran un incremento de su propio género, es decir, que el género produjera una cosecha de sí mismo.

Luego Dios creó a Adán el primer hombre y lo colocó en el jardín; pero el hombre no tenía un género como él mismo. En Génesis 2:18 y 20 leemos: *“No es bueno que el hombre esté solo...”*, o sea, que no tenga un género como él mismo; y *“para Adán no se halló ayuda idónea para él”*. Lo que vemos aquí es que Adán no tenía manera de lograr un incremento de su género en la tierra; no había manera de llenar la tierra con el “género” de Adán; no había provisión para el incremento del hombre (Ahora, mantenga en mente que Adán era un “tipo” de Cristo).

En Génesis 2:21 leemos lo que hizo Dios para resolver este problema: Puso a Adán a dormir, perforó su costado para sacar una costilla (algo de la vida de este hombre y algo cerca de su corazón) e hizo para Adán, de la misma vida y sustancia de Adán, una del mismo género. De Adán vino una de su mismo género y le dijo: “Tú eres hueso de mi hueso y carne de mi carne, pues fuiste tomada de mí”. Más tarde, en Génesis 5:2 leemos que el día que Dios los creó, los llamó Adán a *los dos*. Fue Adán quien llamó a la mujer Eva, pero Dios los llamó Adán, los llamó por un mismo nombre, pues ellos eran carne de carne y hueso de hueso. Ahora sí, a través de esta novia Adán produciría un incremento de Su género en la tierra.

Creo que a partir de aquí vamos a poder ver muy claramente el “tipo” y la sombra de la intención final de Dios. Hemos establecido ya que Adán es tipo de Cristo, y como enseña Pablo, esta narración (aunque literal e histórica), también es una prefigura de Cristo y Su novia. Así que fue Cristo, Quien quería producir un incremento de Su género y Quien a su vez no tenía ayuda idónea. Todo esto apunta hacia el deseo de Dios de producir un incremento de Cristo, una gran manifestación y expresión de Su Hijo unigénito.

El Padre simplemente desea un incremento de Cristo, una cosecha de Cristo. Aunque sabía que en la creación natural no habría ayuda idónea para producir

dicho incremento, propuso antes de la fundación del mundo un plan eterno mediante el cual Él impartiría Su vida a una creación, a fin de que ese género produjera una expresión incrementada o manifestación del glorioso Hijo de Dios. ¡No nos estamos convirtiendo en Cristo o en pequeños dioses!, eso sería una herejía, sino en vasijas o conductos de la expresión de ese glorioso Hijo.

Ese es el plan de Dios para nuestra vida, ese es Su propósito eterno: que tengamos a Cristo formado en nosotros (Gálatas 4:19), que *“lleguemos... a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”* (Efesios 4:13). Como dijimos en la primera sección, el Padre está buscando una cosecha de Su Incorruptible Semilla a través de nosotros, el suelo (1 Corintios 3:9).

De esta manera, en cumplimiento de este tipo en el jardín del Edén, Dios tomó a Su Hijo, perforó su costado, lo llevó a la muerte, tomó Su vida y nos la impartió. Luego dijo: “hueso de mi hueso, carne de mi carne”; *nos* llamó el cuerpo de Cristo, tal como llamó a Adán y a Eva por un mismo nombre. Él nos llama un cuerpo con Cristo, nos llama hijos de Dios, nos ve como uno con Cristo, nos ve conectados a Él en unión, nos llama participantes de la naturaleza divina, nos llama la esposa del Cordero.

Hoy hay muchos que hablan de la novia de Cristo y de cuanto la ama el Novio. ¡Genial!, pero lo que a menudo obviamos es cómo surgió esta novia y cuál es su *género*. Si fallamos en comprender su género, cómo surgió ella y de cuál semilla, perderemos la naturaleza de la relación y perderemos la cruz. De Adán, de la misma vida de Adán vino la compañera, fue usada la vida *de Adán* para hacerla a ella, por consiguiente, la vida *de Adán* habitaba en ella. Ella era del mismo género de Adán pues compartía su vida; los dos eran hueso de hueso y carne de carne. Esto es lo que esta historia nos muestra: la novia participaría de la vida de él y luego produciría el incremento de su género.

Una vez que empezamos a ver este propósito eterno, lo veremos en cada página del Antiguo y Nuevo Testamento. Es demostrado en tipos y sombras, testificado por la Ley y los profetas y valientemente proclamado por los Apóstoles. Tal como lo hace Pablo en Efesios: *“Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor, nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad”*. Efesios 1:4-5 (Nueva Versión Internacional).

En mi opinión, los hombres han malinterpretado este versículo al hablar acerca de una escogencia predestinada. Cualquier cosa que usted quiera creer acerca de la predestinación es su asunto, pero este versículo no hace referencia a una escogencia predestinada. Habla acerca de un plan predestinado para tener un pueblo *en Cristo* y de un lugar predestinado para tener una herencia. Dios escogió antes de la fundación del mundo tener un pueblo que compartiera la vida de Su Hijo, que estuviera lleno de la vida de Su Hijo y que expresara la vida de Su Hijo. Predestinó una adopción por medio de la cual pudiéramos recibir la vida de Jesús (Juan 6) y nos convirtiéramos en Hijos al compartir dicha vida. Nosotros no fuimos adoptados por medio de nuestra propia vida, fuimos adoptados por recibir la vida eterna del Hijo; *esto* fue predestinado y escogido incluso antes de que el mundo fuera creado. Todo lo que Dios tiene, lo tiene en Su Hijo.

Dios desea implantarnos en la vida de Jesucristo para que produzcamos un incremento de esa gloriosa vida en la tierra. La única vida aceptable para Dios es la vida de Jesucristo, por eso Su plan eterno es hacernos participantes y expresión de dicha vida. Por supuesto, tenemos que decir sí para aceptar ese plan predestinado; tenemos que escoger recibir este lugar preordinado para vivir en Su Hijo; pero fue decidido antes de la fundación del mundo que Dios tendría un pueblo en el cual habitaría Cristo, compartiría Su vida y la manifestaría en la tierra. De esto habla Pablo en Efesios 4, *“El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos, **para llenarlo todo**”* (Efesios 4:10). Aquí está la meta de Dios, que al dar Su vida a un pueblo para que esa vida sea formada en ellos y expresada a través de ellos, Cristo lo llene todo. No que nosotros tratemos de imitarlo en todo. ¡Dios desea mucho más que nuestra imitación!

El Padre desea que la vida de Su Hijo lo llene todo para que haya una cosecha en la tierra de Su género. Por eso, y de la misma manera que con Eva, Dios formó una novia a partir del Hijo del Hombre y proveyó así para el incremento de ese género. Esto es lo que vemos en el modelo de Génesis. Dios desea mucho más que una novia a la que le han perdonado sus fallas. ¡Gloria a Dios! Él nos perdona, pero para el propósito eterno de tener un incremento de Cristo; una cosecha de la Semilla.

Si ahora viéramos Juan 12:24 entenderíamos lo que Jesús quiso decir cuando habló de plantar una semilla. En el Jardín del Edén Dios miró la semilla de Adán y dijo: “No es bueno que esta semilla quede sola”. Luego en Juan 12 Jesús les dijo a los discípulos: “No es bueno para esta Semilla quedar sola”.

Les dijo que esta única Semilla tenía que ir a la tierra (muerte y sepultura) y morir; pero que cuando brotara de la tierra (resurrección) produciría una cosecha del mismo género (una semilla produciría muchas del mismo género), brotaría en una más grande expresión.

A propósito, eso es cosecha. La cosecha no es el incremento del suelo; el suelo se necesita para la cosecha, pero la meta es un retorno mayor de la semilla. Todo aquel que ha tenido aunque sea un pequeño jardín sabe que cuando se planta una sola semilla, se obtiene una cosecha de esa semilla: se obtienen muchas ramas, hojas y frutos que provienen de y albergan la vida de la única semilla; no se obtiene una cosecha de un puñado de semillas diferentes. Si plantamos una semilla de maíz, podemos apostar que no vamos a obtener calabazas; vamos a obtener una expresión plena de la vida en esa semilla a través de muchas espigas de maíz. Dios plantó Su gloriosa Semilla, el Señor Jesucristo, en la tierra y podemos apostar que Él quiere una cosecha de esa Semilla y no un puñado de calabazas tratando de verse como maíz.

LA CAÍDA DEL HOMBRE

En la sección anterior vimos el plan eterno de Dios para la creación; ahora quiero que le demos una mirada a la caída del hombre.

Todos estamos enterados de que Adán y Eva pecaron y que su transgresión tuvo un gran efecto; pero antes de ir más lejos, es esencial que entendamos que la caída del hombre no cambió en nada el propósito eterno de Dios. La impartición y manifestación incrementada de la vida de Cristo no fue un plan de respaldo al original. De hecho, y como ya vimos, el propósito eterno de Dios fue demostrado a través de Adán y Eva *antes* de la entrada del pecado al mundo. La cruz se tornó en el medio para el fin, pero la meta nunca cambió. Dios nunca hizo un plan B; Él tenía un propósito eterno desde antes de la fundación del mundo. Supongo que ese es el por qué a Jesús se le llamó el “cordero inmolado antes de la fundación del mundo.”

Aunque la caída del hombre no cambió el plan de Dios, sí causó un gran desorden. Todos sabemos que Adán y Eva cayeron y pecaron en el jardín, pero es crucial entender la naturaleza de la escogencia que les fue planteada. Muchos hablan de que la elección que se le planteó a Adán fue simplemente una prueba de obediencia; como si Dios hubiera dicho: “Adán, te he dado una serie de juegos geniales con los cuales jugar aquí, el único que no te permito

jugar es Monopolio, si lo haces te castigaré. Veremos si estás dispuesto a obedecerme”. Bien, aunque definitivamente la obediencia está involucrada aquí, hay muchísimo más en esta elección que abstenerse de jugar Monopolio.

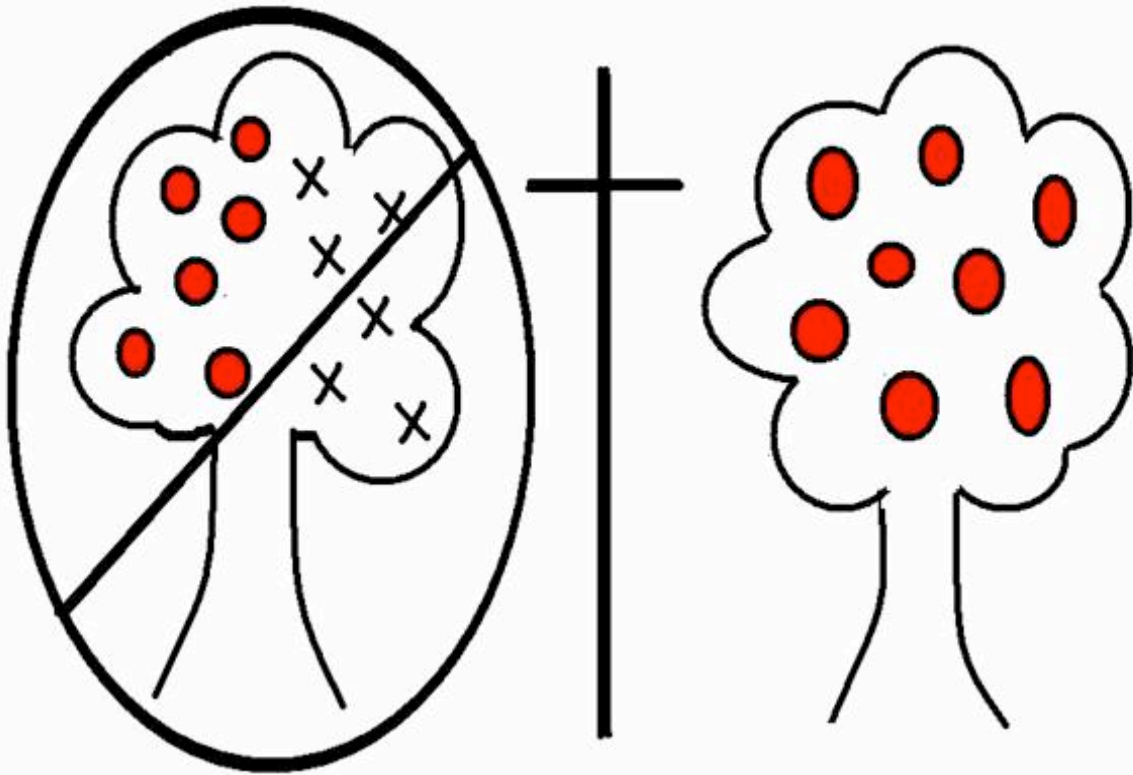
Dios les dio a Adán y a Eva a escoger entre dos *diferentes maneras de vivir*: podrían vivir por medio del árbol de la vida (y por supuesto, Jesús es el árbol de la vida), es decir, podrían vivir por medio de la vida de otro y tornarse una vasija de expresión para la vida de Dios; o podrían vivir por medio del conocimiento del bien y del mal, es decir, por medio de lo que sabían (o pensaban que sabían) que era bueno o malo, digno o indigno, etc. ¿Ven la diferencia? Una, es vivir por la vida de otro, para que experimentemos y expresemos la vida espiritual de Dios; la otra es vivir a partir de nuestra alma, para que hagamos lo que pensamos es bueno o malo en cada circunstancia. Esa es la elección que tenía que hacer Adán: el árbol de la vida versus el árbol del conocimiento del bien y del mal. Por tal razón, la elección de Adán no sólo fue una transgresión, también fue una elección de “ser como Dios”. Adán se convirtió en su propio jefe, vivió por medio de sus propios juicios, de acuerdo a su conocimiento, rechazó el ofrecimiento de vida y entendió algo que se suponía nunca debió entender: que podía vivir independientemente de Dios basado en lo que el “conocía” es el bien y el mal.

Toda religión es sencillamente comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. Cada religión del mundo es hombres y mujeres viviendo de acuerdo a lo que piensan que es bueno o malo, con ellos mismos como su propio fundamento. Cada religión es simplemente un intento de “ser como Dios” sin la impartición de la vida de Dios, sólo para hacer esto o no hacer aquello. Cualquiera que sea el alcance que el cristianismo tenga para nosotros, no es diferente a ninguna otra religión. El cristianismo es una religión muerta sin la impartición y expresión de la vida de Cristo.

Adán descubrió demasiado tarde, que el problema con el árbol del conocimiento del bien y del mal no era la fruta mala, sino todo el árbol. El problema es que la fruta buena y la mala *no* son el árbol de la vida. Si arrancamos todas las frutas malas del árbol, las botamos y sólo dejamos las frutas buenas, aún tenemos el árbol equivocado: el árbol del hombre, el camino del hombre, el conocimiento del bien y del mal del hombre. Esta es la razón por la que Juan el Bautista dijo que Cristo venía a poner el hacha a la raíz de ese árbol, porque estaba a punto de injertarnos en el árbol de la vida (pero esto es para otro momento).

ARBOL DEL BIEN Y DEL MAL – ARBOL EQUIVOCADO

ARBOL DE LA VIDA



Adán nunca comió del árbol de la Vida. Después de la caída, Adán reprodujo según su propio género y según su propia imagen (Génesis 5:3). Todo lo que Adán pudo reproducir fue a Adán, reprodujo su propio género; el género y la naturaleza de Adán. Por lo tanto, en lugar de convertirse en una vasija viviente de la vida de Dios (el género), llenó la tierra con una raza pecadora que vivió conforme a su propio origen. A esto se le llama la doctrina del pecado original, pero parece que muy a menudo el cuerpo de Cristo la malentiende.

Algunas personas pasan muy mal rato con esta doctrina porque para la mente carnal no parece justa, dicen: “¿Por qué debo yo ser castigado por el pecado de Adán?”. Bien, en realidad no es que seamos castigados por la transgresión de Adán de corta-frutos, sencillamente somos de la misma imagen y semejanza de Adán; somos Adán por naturaleza. Adán se reprodujo según su género y nosotros somos ese producto.

Pensemos en lo siguiente: Lo único que el árbol de manzana puede producir son manzanas. ¿Cierto? Cada cosa reproduce según su propio género. Si un árbol de manzana produjera 10,000 semillas de manzana, cada semilla sería del mismo género del árbol madre; ninguna de ellas sería una semilla de cereza, ninguna sería un pepino. Si esos árboles nuevos produjeran semillas por sí mismos, cada una de sus semillas sería del mismo género del árbol madre; y si un árbol de manzana nunca produjera una sola semilla, seguiría siendo un árbol de manzana.

Si nosotros nunca transgrediéramos como Adán lo hizo, seguiríamos siendo sólo Adán (Romanos 5:14). Así que no se trata tanto de que seamos castigados por la transgresión de Adán, es que sencillamente somos de Adán. Somos de Su naturaleza, de Su naturaleza caída, pecadores del alma. Este es un asunto de naturaleza y no de Dios tomando venganza por el gran error de Adán.

Entonces, como Adán reprodujo a Adán, Adán llenó la tierra (En caso de que no lo sepa, “Adán” es la palabra en Hebreo para “hombre”). Muy rápidamente la tierra recibió un vistazo de cómo luce Adán (hombre), de cómo luce el género de Adán y su naturaleza al vivir por medio de su propio conocimiento del bien y del mal y haciendo lo que es correcto ante sus propios ojos. En Génesis 6:5 Dios dijo: *“Todo designio de los pensamientos del corazón del hombre es de continuo solamente al mal”*. ¡Vaya acusación!, pero eso es Adán para nosotros.

Con toda franqueza, ¡aunque tratemos de cubrir a Adán con un poco de religión (la cual es un intento de mantener a Adán seguro), nunca le podremos disfrazar su naturaleza a Dios! Esta es la razón por la que Isaías nos dice que toda la justicia de Adán es como trapos inmundos delante de Dios. Adán es Adán y no importa que vestido (¿hojas de parra?) y perfume le pongamos, seguiremos teniendo algo según el género de este antepasado, quien rehusó vivir por el árbol de la vida y escogió “ser como Dios” y vivir por sí mismo de acuerdo a lo que pensaba que era bueno y malo.

Esta naturaleza no puede ser disfrazada o escondida, debe ser reemplazada por otra: la naturaleza de Cristo. Ya llegaremos a eso. Mientras seguimos hablando de Adán, es interesante ver que la primera cosa que hizo cuando se vio claramente fue cubrirse con algo de la tierra. Dios, sabiendo que eso no le serviría, reemplazó su vestido de hojas de parra con un vestido de piel de animal, lo cual es la primera demostración (en tipo y sombra) de aquella

sangre que sería derramada y de otra vida que sería usada para vestir el género de Adán.

Dios sabía que Adán, o la naturaleza adámica, tenía que ser destruida si quería producir un incremento del género de Su Hijo. La semilla de Adán nunca sería el hábitat en el cual Dios produciría una cosecha de Cristo. Génesis 6 nos relata el deseo de Dios de raer al hombre del planeta.

PARTE 3

EL ENTEDIMIENTO DE ABRAHAM Y MOISÉS

DIOS TRATA CON ABRAHAM

Ahora vamos a continuar, y mientras lo hacemos, mantengamos en mente el propósito de Dios para la creación. Como vimos en Adán y Eva, el deseo de Dios es que la vida de Su Único Hijo sea dada, formada y expresada a través del pueblo que vendría a ser *“la esposa del Cordero”* (Apocalipsis 19:7). La creación de Eva narrada en el capítulo 2 de Génesis, señala a la eterna y verdadera “compañera” que sería para la manifestación de Su gloria y la expresión incrementada de Su Semilla. La voluntad eterna de Dios tiene que ver con una unión, y por esa unión, un pueblo sería *“juntamente edificado para morada de Dios en el Espíritu”* (Efesios 2:22).

Ahora, el verdadero problema con la caída de la humanidad, es que Su propósito eterno no podía ser logrado. En nuestro estado caído, Dios no podía completar Su deseo de tener un incremento de Cristo a través de la entrega de Su Vida; no podía haber mezcla de semillas: la Semilla de Dios (Cristo) y la semilla de Adán. Dios no podía unirse a algo de diferente género, en realidad de género *opuesto*; no podía haber fusión de lo limpio y lo no limpio. Como Pablo más tarde diría: “¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas?”. Si recordamos la historia del jardín, después de la elección de Adán, ese género fue echado de la presencia de Dios, y una espada encendida (tipo de la cruz) guardó el camino del árbol de la vida (Génesis 3:24).

La humanidad necesitaba desesperadamente salir de esa horrible situación Adámica. Ellos estaban muertos *en pecado*, pero necesitaban tornarse de algún modo, en muertos *al pecado*. Más importante aún, Dios deseaba la remoción de esta maldita situación, para poder establecer Su intención última para con la humanidad. Sin embargo, el logro de este plan parecía imposible, pues éramos sencillamente el género equivocado, éramos por naturaleza Adán, y sólo podíamos reproducirnos según nuestro género.

Así que, muy temprano, cientos de años antes de Moisés, Dios empezó a mostrarle a un hombre llamado Abraham la solución a este problema. La historia de Abraham puede ser bastante familiar para nosotros, pero permítame invitarlo a que le demos una nueva mirada.

Dios comenzó a revelar a Abraham las “buenas nuevas”. Le habló acerca de una Semilla (Cristo), un único descendiente que estaba por venir; una semilla distinta a la semilla de Adán. Dios le demostró a Abraham por medio de tipos y sombras, el evangelio de esa Semilla por venir. Aquí podríamos pensar: “Un momento, ¿no vino Jesús mucho tiempo después de los días de Abraham?”. Bueno, eso es verdad, pero como veremos, Dios empezó a hablarle a Abraham en tipos y sombras, acerca de algunas increíbles promesas y bendiciones que serían cumplidas en Cristo: la Semilla por venir.

EL EVANGELIO DE LA SEMILLA PREDICADO A ABRAHAM

- Dios le dijo a Abraham que a través de esta única Semilla, todas las naciones de la tierra serían bendecidas (Génesis 22:18).
- Dios le dijo a Abraham que de algún modo habría un gran incremento de esta Semilla “...como las estrellas del cielo, y la arena que está a la orilla del mar” (Génesis 22:17).
- Dios le dijo a Abraham que la Semilla poseería las puertas de todos Sus enemigos (Génesis 22:17).
- Dios le prometió a Abraham que establecería un pacto eterno entre Él y la Semilla, a lo largo de todas las generaciones y que a través de ese pacto habría una gran herencia y una posesión eterna (Génesis 17:7-9).
- Dios le enseñó a Abraham que el pueblo de la Semilla sería un pueblo que recibiría la bendición basada en la promesa, por la obra del Espíritu y no de la carne; porque cuando Abraham trató de dar origen a la Semilla por medio de sus obras obtuvo a Ismael, pero cuando confió en el Señor obtuvo a Isaac: el único “a través del cual vendría la Semilla” (Génesis 17:19).
- Dios le mostró a Abraham tipos y sombras del hecho de que esta Semilla traería vida de la muerte, porque el linaje de la Semilla salió de la matriz muerta de su esposa Sara (y luego de Rebeca y Raquel).

- Dios le mostró a Abraham que esta promesa a través de la Semilla sería por medio del sacrificio de la Semilla, ya que le dijo a Abraham que sacrificara a su único hijo en cuyos lomos estaba la Semilla, (y todas las promesas que se refieren a Ésta). Mientras Abraham viajaba hacia aquella montaña para matar a su hijo, dio por muerta la Semilla en su corazón por tres días y tres noches (Génesis 22:4). No obstante, Dios le devolvió a Isaac luego de tres días, y lo reemplazó con un carnero. Aquí vemos algo de la resurrección.

Estas son sólo unas cuantas verdades que Dios comenzó a revelarle a Abraham sobre Su gran promesa; pero suficientes para advertir que Abraham vio el evangelio de la Semilla en tipo y sombra. Él no entendió con exactitud en “... *qué tiempo*” (1 Pedro 1:11) serían esas promesas, pero sí entendió algo de su naturaleza y sustancia. Entendió algo acerca del Día de la venida de Cristo, Su muerte y Su resurrección; y aunque de forma incompleta, vio estas cosas desde lejos y creyó. Jesús hace una referencia directa a esto en Juan 8:56 diciendo: “*Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó*”.

Entonces, ¿qué hizo Abraham? Vio por fe (visión espiritual en respuesta a lo que fue revelado) todo lo que Dios había prometido acerca de la Semilla. Vio por fe que todo lo que Dios había prometido era seguro; y Dios le contó esto por justicia: “*Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia*” (Génesis 15:6).

Ahora, aquí hay algo muy importante (y aún así frecuentemente lo pasamos por alto). Por cuanto Abraham vio algo por fe, lo conoció con certeza; y como confió que lo revelado era más real que lo que podía ser visto, Dios le acreditó algo que no era de su género; Dios le acreditó a Abraham una justicia que le pertenecía a Otro, lo calificó según las credenciales de Cristo, le acreditó la justicia de la Semilla por venir.

¿Cómo le fue acreditada la justicia al primer judío? Por la fe en las promesas concernientes a la Semilla. La fe vio a Uno venir; la fe vio a Uno que no era del género caído de Adán. De esta manera, Abraham fue acreditado con una justicia no propia... no basada en su propia naturaleza... no basada en sus propias obras o méritos... no basada en su obediencia a ninguna ley (la Ley ni siquiera había sido dada). Abraham empezó a relacionarse con Dios por fe, y Dios, a través de esa fe, le acreditó la justicia de Otro. Esta correcta posición, esta relación, y este pacto, vinieron por medio de la fe en la Semilla

prometida. Es esencial que veamos esto, o no entenderemos la Ley que vendrá 430 años después.

EL PROPOSITO DE LA LEY

Si usted conoce algo de la historia de los judíos, sabe que los descendientes de Abraham terminaron viviendo en Egipto por 400 años, y se multiplicaron grandemente. De hecho, llegaron a ser tan numerosos, que los egipcios les temían y los hicieron esclavos. El Señor levantó a Moisés, los liberó de la servidumbre en Egipto, y los sacó de la tierra con muchos y poderosos milagros. La mayoría de nosotros conoce la historia del éxodo, así que no invertiremos tiempo ahí, pero lo que sí es importante notar es que por más de 400 años los descendientes de Abraham (los judíos) vivieron sin la Ley. Es más, ninguna Escritura se había escrito hasta ese momento; ellos sólo sabían del trato de Dios con su padre Abraham. Bien, ¿y qué pasó?

Mientras Moisés dirige el pueblo al desierto, rápidamente nos damos cuenta de que estas personas no eran como su padre Abraham. Ellos eran *incrédulos* e *infieles*; un pueblo terco, murmurador, quejumbroso y de voluntad recia; y aún cuando ven milagro tras milagro, no ponen fe en su Dios ni en Sus promesas. Por el contrario, hacen para sí mismos dioses que pueden *ver* y *tocar*, y prefieren regresar a la esclavitud en Egipto, que confiar en las promesas de un Dios invisible.

Entonces Dios les dice algo como esto: “Está bien, ustedes rechazan mi pacto con Abraham, el pacto de fe en la Semilla; se rehúsan a creer en las promesas de un Dios que ha probado ser de muchas maneras bueno y amoroso. Ustedes han rechazado la fe en la Semilla, la que pudo haberles concedido una justicia que su padre Abraham conoció. Ustedes han rechazado la justicia de la Semilla que yo les habría contado por fe. Ustedes han abandonado ese tipo de relación Conmigo, pues han rechazado la fe. Entonces, como ustedes no se relacionarán Conmigo en justicia por la fe de Abraham, *yo requeriré justicia de ustedes*; los pondré bajo mi Ley. *Como no me permitirán acreditarles la justicia de mi Hijo, la demandaré de ustedes*; ¡y aquí está lo que significa! ¡AQUÍ! Aquí están mis mandamientos que son justos; aquí está mi Ley; aquí está la justicia que yo demando de ustedes si rehúsan caminar en fe. Avancen y traten de vivir por el conocimiento de esta Ley. En otras palabras, avancen y traten de vivir de nuevo por el conocimiento del bien y del mal, y vean adónde los dirige. *¡Los dirigirá a la condenación!* Les mostrará que tienen

necesidad de una justicia que no es de su propiedad, porque *“Maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para hacerlas”* (Deuteronomio 27:26).

Previo a esto, si bien lo recuerda, Dios tuvo una conversación con Moisés. En esencia Dios dijo: “Moisés, ellos no se están relacionando Conmigo por la fe de Abraham. Yo los borraré completamente y empezaré de nuevo contigo”. Moisés respondió: “No permitas esto, por tu nombre en la tierra no lo hagas. Tú los acabas de sacar de Egipto por tu poderoso brazo extendido”. Entonces Dios le respondió: “Bien, entonces voy a tener que ponerlos bajo la ley, tanto para mantener un testimonio de mi Hijo (de lo cual hablaremos más tarde) como para revelarles que necesitan Su justicia por fe. Ellos deben ver que en su carne no mora el bien; deben ver que no tienen nada que traer a la mesa, excepto lo que mi Semilla, mi Hijo, va a ser en ellos”.

Aquí vemos la razón por la que la Ley fue dada. *La Ley jamás fue dada como un medio por el cual los humanos llegaran a ser realmente justos.* Hipotéticamente hablando, si un humano fuera perfectamente obediente a ella, el tal sería justicia. Pablo menciona eso en Romanos; pero una y otra vez aprendemos de las Escrituras (y por experiencia) que el hombre adámico no puede guardar la Ley. Pablo dice, *“...ya que por las obras de la ley NINGÚN ser humano será justificado”* (Romanos 3:20).

Ese es el porqué él nos dice que *“la Ley es un ministerio de condenación”* y un *“ministerio de muerte”* (2 Corintios 3:7,9). La Ley fue como Dios describió Su propia naturaleza. Por un lado, estableció un testimonio de la gloria y justicia por venir en Cristo; y por el otro, expuso el indiscutible hecho de que el hombre quedó infinitamente corto a esa justicia. Por lo tanto, la Ley condena los intentos que hace el hombre de vivir como justo delante de Dios; expone nuestra necesidad de una justicia que es concedida sobre la base de la fe; y fue divinamente intencionada para condenar nuestros esfuerzos de vivir bajo ella en la carne; es decir, de vivir por el conocimiento del bien y del mal. *El hombre podía vivir de acuerdo a lo que pensaba que era bueno y malo; pero jamás podría vivir de acuerdo a lo que Dios pensaba que era bueno y malo, porque Dios piensa que lo bueno es Cristo y que lo malo es Adán. La Ley fue dada para probar esto.*

Esa es la razón por la que Pablo nos dice que *“la ley se introdujo para que el pecado abundase...”* (Romanos 5:20). La Ley fue como encender una linterna sobre Adán. Ella expuso la naturaleza pecaminosa en Adán, y ocasionó que el *pecado* se manifestara como muchos *pecados* individuales. La Ley fue dada

porque el hombre no iba a caminar por fe, estaba en Adán y atado por esa naturaleza; no obstante, no lo admitiría ni se volvería a Dios en fe, para relacionarse con Él como su padre Abraham lo hizo. Así pues, la Ley fue dada para conservarlo como un testimonio de la Semilla que vendría y para exponer lo que por naturaleza era. Es decir, fue dada a fin de que el pecado (la naturaleza) pudiera ser claramente vista a través de las transgresiones individuales. Fue el justo estándar de Dios puesto al lado de la condición sin esperanza de Adán, y lo condenó a muerte.

Dios no les dio a los israelitas la Ley Mosaica como medio para asegurar la verdadera justicia. Como ya mencionamos, Pablo nos dice que “...*por las obras de la ley NINGÚN ser humano será justificado*” (Romanos 3:20). Los judíos de los días de Jesús, habían vuelto por completo la Ley en una causa para la jactancia, en lugar de una causa para buscar a Cristo; ellos interpretaron mal su intención. La Ley fue dada porque sus corazones eran duros y no se relacionarían con Dios por fe. Vemos demostrado esto en lo que Jesús les dijo a los judíos con respecto al matrimonio: “Por la dureza de vuestro corazón *Moisés os permitió dar carta de divorcio; mas al principio no fue así*”. Toda la Ley era así, trataba con ellos de acuerdo a la dureza de sus corazones; pero Dios habría preferido tratar con ellos de acuerdo a la fe en la Semilla.

Los judíos de los días de Jesús intentaron convertir la Ley en una justicia de su propiedad. Pablo se refiere a esto en Romanos 10:2, donde habla de cómo estos judíos celosos, compatriotas suyos, habían rehusado someterse a la justicia de Dios y trataban de establecer la propia. Jesús trató de convencerlos de que en realidad no la estaban guardando; trató de demostrarles que nunca podrían guardarla. Les dijo: “Ustedes han oído: No matarás; pero yo les digo que odiar a su hermano es asesinato. Ustedes han oído: No cometerás adulterio; pero codiciar a su vecina es adulterio”.

Veamos lo que dice el Nuevo Testamento acerca de la Ley; empecemos con Gálatas 3 (Esto también es enseñado en Romanos). En Gálatas 3:19 Pablo dice; “*Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, HASTA QUE VINIESE LA SIMIENTE A QUIEN FUE HECHA LA PROMESA; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador*”, (Moisés). Gálatas 3:21 dice, “...*porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley. Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo*

fuese dada a los creyentes”. Gálatas 3:24 dice, “De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo”.

¿Lo ve? La ley fue añadida únicamente por causa de las transgresiones del pueblo. Ellos no recibieron la justicia basada en la fe, y se pervirtieron por naturaleza. Por eso Dios usó la Ley para mantener Su testimonio en Israel, y demostrarles también *su necesidad por la justicia de Su Semilla*. Él usó la Ley para “encerrar todo bajo pecado” (Gálatas 3:22), a fin de que vieran la necesidad de la promesa que recibirían por fe.

Así es como la Ley ha venido a ser un ayo para llevarnos a Cristo. La Ley dada a Moisés, le señaló a un pueblo rebelde su necesidad por una justicia que no era de ellos mismos. Les señaló otro género, otra Semilla.

¿Cuál era el propósito de Dios en todo esto? ¿Qué era lo que Dios siempre estaba anhelando hacer? Regresemos a Gálatas 3:21 para ver aquí el eterno propósito de Dios: ¡“...*porque si la ley dada pudiera vivificar...*”! Aquí está, *el deseo de Dios siempre ha sido tener un cuerpo en la tierra, que fuera la expresión de Su Hijo, un incremento de Su género, una cosecha de Su Semilla; por eso, quiso impartir Su vida en nosotros con el propósito de unirnos*. Esto es lo que Dios siempre ha querido para la humanidad: habitar en medio de ellos, tener una habitación, una Nueva Creación en la que pudiera habitar y nosotros somos esa nueva creación.

Entonces, la Ley nunca fue dada para que los judíos se jactaran de su propia justicia, o de su propia obediencia. Aquellos que hicieron esto, equivocaron totalmente la intención de la Ley. Esta es una de las razones por las que Jesús habló tal condenación sobre los Fariseos y Saduceos de sus días. Ellos estaban jactándose en la Ley, paradójicamente la misma que los condenaba.

Por eso Jesús dice en Juan 5:45, “*No penséis que voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza*”. Ahora Juan 7:19, “*¿No os dio Moisés la ley, y (todavía) ninguno de vosotros cumple la ley? ¿Por qué procuráis matarme?*”. En otras palabras, “Ustedes están colocando su esperanza en la Ley; y esa misma ley, en la que ustedes esperan, es la que los condena, porque están fallando en vivir de acuerdo a Ella. Yo he venido como la Semilla prometida, como la Semilla prometida a Abraham, como la Semilla prometida a Adán en el jardín, la que heriría la cabeza de la serpiente”.

Jesús les habló con dureza a estos judíos, porque ellos estaban rechazando la fe en la Semilla otra vez. Los descendientes de Abraham la rechazaron cuando salieron de Egipto, por eso Dios los puso bajo la Ley. Luego, la Semilla caminó justo en sus calles, y les ofreció una justicia basada en la fe, y ellos continuaron con su rechazo, demandando una justicia propia a través de la Ley. No sorprende que Jesús se lamentara sobre Jerusalén diciendo: *“¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!”* (Lucas 13:34).

LA LEY DEMUESTRA LA NECESIDAD DE NUESTRA MUERTE

La Ley nunca podría traer vida; estaba pensada para traer condenación. Lo que Dios estaba exponiendo a través de la Ley era la necesidad para Adán, el género caído, de ser *sepultado*. Dios estaba demostrando la necesidad de nuestra muerte. La Ley Mosaica levantó un estándar, al lado de la ley del pecado y de la muerte en Adán, y expuso la desesperanza de nuestra condición. Describió la justicia de Dios, y luego nos comparó con ella; el resultado fue que la Ley nos mostró lo que éramos, y nos condenó a muerte.

Ese es el porqué el Nuevo Testamento siempre está haciendo declaraciones como estas:

- *“Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase”* (Romanos 5:20).
- *“...Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: NO CODICIARÁS. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto”* (Romanos 7:7,8).
- *“Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley (despertadas) obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte”* (Romanos 7:5).
- *“ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado”* (Romanos 3:20).

- La Ley es “*un ministerio de muerte*” y “*un ministerio de condenación*” (2 Corintios 3:7,9).

De nuevo, la Ley fue pensada para demostrarnos que necesitamos a Dios para llevar a Adán a la sepultura, e iniciar una creación enteramente nueva en Cristo; no un nuevo inicio con Adán, sino una nueva naturaleza, una vida totalmente nueva. Adán no es reparable, no puede ser remendado; no hay nada de lo viejo que pueda pasar a lo nuevo. Vamos a estar viendo la cruz, para así poder entender cómo cumplió el Señor esto, pero por ahora vamos a tratar de establecer la necesidad de nuestra muerte: la necesidad de que Adán sea quitado.

Hablaremos detalladamente acerca de cómo la muerte fue cumplida, pero antes, necesitamos establecer que la Ley juzgó y condenó cada intento humano de vivir justamente delante de Dios. Si no establecemos esto, continuaremos tratando de traerle algo de nosotros mismos a Dios que sea aceptable para Él aparte de Cristo; continuaremos tratando de ofrecerle a Dios la ofrenda de Caín.

Allá en el principio de Génesis, Dios demostró esto en tipo y sombra. Tanto Caín como Abel le dieron una ofrenda a Dios: Caín sacrificó lo mejor de la tierra, el fruto de sus esfuerzos; Dios la rechazó. La ofrenda de Abel fue la vida del sacrificio; Dios la aceptó.

Hermanos y hermanas, si no aprendemos esta valiosa lección, que la Ley condena a Adán, siempre estaremos trayéndole a Dios lo mejor de la tierra, el fruto de nuestra labor, cuando todo lo que Él desea es la vida manifestada de Su Sacrificio. Verán, el evangelio no es simplemente el perdón concedido por Dios, para luego hacer un remiendo; no es perdonar a Adán para luego tratar de arreglarlo. No, Adán fue condenado por la Ley. Hay algo muy tonto que enseñamos en la Iglesia: y es que debemos vivir vidas buenas para Dios, y agradecidos por ser perdonados. Disculpen mi franqueza, pero eso es un disparate. El disparate no es que nosotros tengamos gratitud, sino que esa gratitud de algún modo nos faculte a vivir aceptablemente delante de Dios, como si esa gratitud de alguna manera detuviera a Adán de actuar como Adán.

No, Adán no es “remendado y puesto de nuevo en el juego”. Adán debe ser crucificado, y nosotros debemos caminar en la novedad de vida de Cristo. Nosotros debemos producir la naturaleza actual del Cordero, si es que va a

haber una cosecha de la Semilla, si es que va a haber algo aceptable delante del Padre. No podemos servir a Dios en la carne; la Ley lo probó. Si usted como cristiano está viviendo en la carne, yo le aseguro que usted está experimentando una de dos cosas: condenación, frustración y fracaso; u orgullo, auto justicia y ambición. Esto es todo lo que el árbol del conocimiento del bien y del mal produce: nuestro propio bien y orgullo por esto; o nuestro propio mal acompañado de condenación. Nada de esto es la vida de Cristo.

Lo único que Dios acepta es a Cristo. No hay nada en Cristo o de Cristo que no sea aceptable para Dios, y no hay nada fuera de Cristo que sea aceptable para Él. Lo único que Dios acepta en nosotros es la expresión incrementada de Su vida en nuestra alma, es decir, Cristo formado en nosotros.

Jesús nos dice: *“No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos”* (Mateo 7:18). Amigo, Adán es un árbol malo, y únicamente puede producir el fruto de su género. Concedo que algunos de los frutos de ese árbol parecen ser buenos (a la mente carnal) y algunos malos, justo como el árbol en el jardín; pero Dios después diría que todo el fruto bueno de Adán es como trapos de inmundicia. Sencillamente es el árbol equivocado. Cristo, por su parte, es un buen árbol; Él es el único árbol aceptable para el Padre. Romanos 11 dice que Dios nos ha injertado en ese árbol, con el fin de que podamos llevar el fruto de *ese* árbol, la vida de *ese* árbol.

No podemos remendar a Adán; la Ley nos probó que Adán necesitaba ir a la sepultura. No se suponía que la Ley fuera a darles a los cristianos (como a los Fariseos antiguamente) un sentido de auto justicia, al pensar que estaban haciéndolo muy bien, al vivir para Jesús.

Hermano y hermana, el evangelio no consiste en que Adán viva para Jesús, consiste en que Adán llegue al fin, para que Cristo sea formado y expresado en nosotros. Sé que se habla mucho acerca de “qué haría Jesús” en esta o en aquella situación; pero el asunto no es procurar que Adán **se comporte** como Jesús, pues es una naturaleza enteramente diferente, es una vida totalmente distinta. Cuando la vida de Cristo es formada en nosotros, no tenemos que tratar de adivinar “lo que haría Jesús”, simplemente manifestaremos a Uno que ha llegado a ser nuestra vida en cada situación; seremos la fragancia de Cristo en todo lugar (2 Corintios 2:14).

Hace mucho tiempo el Espíritu nos habló sobre esto. En Ezequiel 36 dice: *“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra”* (Ezequiel 36:26, 27). Aquí no dice que Dios va a arreglar nuestro viejo corazón, no dice que Él va a facultar a nuestro viejo corazón con gratitud. No; Él va a removerlo pues está condenado, y nos va a dar un corazón nuevo y un espíritu nuevo. Así, cuando caminemos por ese espíritu nuevo, con toda certeza andaremos en Sus estatutos. Hablaremos de eso en la siguiente sección.

Por ahora, permitámonos ver que Dios estableció la Ley para exponer y juzgar a Adán, de modo que podamos concordar con el decir de Jesús: *“...la carne para nada aprovecha”* (Juan 6:63); o con lo que dice Pablo: *“Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien...”* (Romanos 7:18). De hecho, si leemos a lo largo de Romanos 3, veremos que Pablo trae del Antiguo Testamento (de Salmos y de los Profetas) una gran variedad de citas para establecer lo mismo. Él agrupó varias punzantes acusaciones hechas a Adán: *“Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos. Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado”* (Romanos 3:10-20).

Amigo, todo el mundo de Adán tuvo que ser destruido, al igual que fue destruida la tierra en los días de Noé. Hubo necesidad de borrar, e iniciar con un nuevo hombre, una nueva familia; hubo necesidad de comenzar con el Primogénito de entre los muertos.

LA SINGULARIDAD DE CRISTO

En resumen, la Ley sirvió para exponer la naturaleza de Adán como realmente era. La Ley tomó la naturaleza de pecado, y levantó contra ella un estándar justo, ocasionando que dicha naturaleza se manifestara en muchas transgresiones individuales; eso nos trajo a un lugar donde vimos la necesidad de nuestra muerte. La Ley juzgó a Adán y lo condenó a muerte.

Si la Ley ha hecho realmente su trabajo en nosotros, entonces lo que realmente revela es la “singularidad de Cristo”. En una oración, la Ley sirve para convencernos de la “singularidad” de Jesucristo. ¿Qué quiero decir con esto? Que el Espíritu Santo siempre está provocando que veamos que Cristo es por naturaleza, algo totalmente diferente, contrario y “singular” en comparación a lo que somos nosotros por naturaleza.

De primera entrada esto puede parecer muy obvio para algunos, pero la manera en que viví mi vida por muchos años, prueba que yo realmente no lo creía. Verá, a menos que encaremos verdaderamente la realidad de que el Padre busca algo en nosotros, que jamás podríamos producir, siempre vamos a tratar de producirlo o imitarlo en la carne. Cristo es algo totalmente diferente al hombre; Su naturaleza, Su vida y Su carácter no son “imitables”; no pueden ser *copiados por el hombre*, sólo pueden ser *formados en el hombre*. El hombre sólo puede ser una vasija, y nunca una fuente de esta Vida. Ella no puede ser reproducida pues es la única en su género.

La voluntad del hombre, en el mejor de los casos, sigue siendo otra voluntad y no la de Cristo. Si es dejada bajo sus propios designios, siempre será contraria a Él. De la misma manera, la forma de pensar del hombre, en el mejor de los casos, sigue siendo otra forma de pensar y no la de Cristo. La del hombre es naturalmente contraria a los caminos de Dios. De hecho, Romanos 8:7 dice: “...*los designios de la carne son enemistad contra Dios*”. De nuevo, la justicia del hombre, en el mejor de los casos, es una justicia falsa, que como hemos visto muchas veces, Isaías llama “trapos de inmundicia”. Podríamos continuar la lista comparando al “hombre” con la “singularidad” de Cristo; pero si vamos a crecer espiritualmente, debemos primero llegar a un acuerdo y a un entendimiento de la perspectiva de Dios: apartar todo lo humano de Su vida. El crecimiento espiritual es siempre la manifestación incrementada de Cristo, en un hombre o en una mujer.

Recordemos el versículo que vimos en Génesis 6, donde Dios miró al hombre viviendo conforme a su propio origen (viviendo por medio del árbol del conocimiento del bien y del mal) y dijo: *“todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”* (Versículo 5^b). Estoy seguro de que si nosotros hubiéramos vivido en esa época, habríamos discutido diciendo: “Bueno, ¿y qué de esto o lo otro? ¿No es eso bueno? Anoche saqué la basura por Noé, ¿no es eso bueno?” Sin embargo, comparado con Su “singularidad” (Su vida, Su justicia, Su bondad), Él podría decir sin exagerar: “Cualquier designio de los pensamientos de sus corazones son de continua maldad”. Lo que está en juego, no es si cierta acción parece buena o mala, hostil o amistosa. El asunto siempre es una cuestión de origen. ¿Cuál es el origen de tal acción, emoción o pensamiento? ¿Es Cristo, o es el género que ha sido en todas las formas “destituido de la gloria de Dios”, el género que siempre se ha considerado tanto origen como fin?

T. Austin – Sparks lo dice así:

“Nosotros no podemos producir desde esta naturaleza algo aceptable para Dios. Todo lo que pueda venir a Dios está sólo en Cristo, no en nosotros. En esta vida jamás estará en nosotros, o conforme a lo nuestro; siempre estará la diferencia entre nosotros y Cristo. Aunque Él reside dentro de nosotros, Él y sólo Él es el objeto de satisfacción y beneplácito Divino. La lección básica que debemos aprender en esta vida bajo la tutela, revelación y disciplina del Espíritu Santo, es que Él es distinto a lo que nosotros somos... **Cuando usted haya llegado a lo mejor de sí mismo, habrá aún una brecha entre usted y los principios de Cristo que no puede ser superada”**.”

Hermanos y hermanas, no es seguro asumir que hemos aprendido completamente la lección, hasta que hayamos cesado de tratar de ofrecerle a Dios el fruto de nuestra propia labor. El peligro de no comprender esto, es que confundiremos la meta final de Dios (la de tener un incremento de Cristo en nosotros), con una imitación de Cristo en la carne. Este es un error trágico, y es el mismo que Adán cometió en el jardín del Edén, cuando le creyó la mentira a Satanás de que podía “ser como Dios”. Me temo que muchos de nosotros creemos la misma mentira hoy.

Este es el porqué en uno de los primeros pasajes del Nuevo Testamento, el Sermón del Monte en Mateo 5, vemos a Jesús haciendo la Ley más difícil de

obedecer que nunca. Él levantó la barra varios niveles, por así decirlo, sólo en caso de que hubiera algunos que se engañaban a sí mismos, pensando que daban la talla (como ciertamente hicieron los Fariseos, Saduceos y muchos contemporáneos judíos). Jesús dice: “Ustedes han oído que un hombre que yace con la esposa de su vecino ha cometido adulterio, pero yo les digo que si ustedes solo la miran con deseo, es lo mismo” (Mateo 5:27-28). También dice: “Ustedes han oído decir que matar a un hombre es asesinato, pero yo les digo que odiar a un hombre en el corazón es asesinato” (Mateo 5:21-22).

Aquellos que estaban oyendo quedaron boquiabiertos y dijeron: “Señor, si esto es cierto, ¿quién puede ser salvo entonces?”. Por supuesto, sabemos que ellos sí dijeron eso y la respuesta de Jesús fue: “Ustedes están en lo correcto, con el hombre (ese género) es imposible; pero con Dios algo puede hacerse con respecto a esto”. Él no estaba solamente hablando de perdonar sus fallas; estaba hablando de novedad de vida.

Así pues, pienso que nosotros podemos ver a Jesús diciéndole a Sus discípulos: “Discípulos, metan esto en sus corazones: Lo que el Padre desea y requiere es algo completamente distinto a lo que ustedes son, o son capaces de reproducir o imitar. Permitan que esto penetre en sus oídos: El camino que les es requerido vivir, es absolutamente imposible en la carne. Ustedes no pueden imitar mi vida, deben nacer de mi Espíritu y yo debo ser formado en ustedes”.

Esta analogía puede ser de ayuda para nosotros. Imaginemos que usted está en la iglesia y que el pastor pasa al frente, abre un libro sobre perros, y empieza a leer acerca de todas las cosas maravillosas que los perros son capaces de hacer. Predica acerca de cómo vivir la “vida de perro”. Cuenta que los perros son capaces de oír sonidos hasta 15 octavas por encima de la nota Do, localizada en la mitad del teclado. Luego dice que la mayoría de los perros pueden coger en el aire un olor, cuyo origen está a más de un kilómetro, y que pueden identificar y rastrear dicho olor con absoluta precisión. Añade que los perros tienen tales habilidades de sobre vivencia, que pueden vivir en el frío exterior y sin cobertor, a temperaturas por debajo de los 10 grados bajo cero. No sólo eso, pueden correr a 50 kilómetros por hora, saltar a una altura de tres veces su estatura, y encontrar su camino de regreso a casa, aún si están perdidos a cientos de kilómetros de ella.

Luego le dice a usted: “Dado que usted ya conoce la naturaleza y carácter del perro, salga de aquí y empiece a vivir la vida de perro. ¡Vamos, le he dicho

todo lo que necesita saber, ahora hágalo! ¡Vaya e imítelo! ¡Esfuércese hasta que usted sea mejor y mejor en ello! ¡Vamos, todo está aquí, en este libro; todo está en blanco y negro! ¡Billy, te vi el otro día poniéndote más ropa y no estábamos ni a cinco grados bajo cero! ¡Susy, no estás cerca de saltar a la altura de tres veces tu estatura!”.

Bien, usted y yo inmediatamente vemos algo que no está bien en esta ilustración. Es muy bonito que un perro pueda hacer todas esas cosas, pero hay una barrera de naturaleza que me impide hacerlas. No importa cuán duro trate de imitarlas, yo sencillamente no soy perro, soy humano por naturaleza. Ahora, es posible que yo pueda llegar a hacer algunas cosas propias del perro, si por alguna clase de milagro, fuera hecho partícipe de la naturaleza del perro, y tuviera dicha naturaleza formada en mí; pero como humano es absolutamente imposible que yo pueda vivir la vida de perro algún día.

Sólo hay dos tipos de humanos afuera tratando de vivir la “vida de perro”: Los que se han engañado a sí mismos, pensando que pueden olfatear lo que está a un kilómetro de distancia, y que por lo tanto, se consideran justos desde su propio punto de vista de justicia, y son arrogantes; y los que se han condenado a sí mismos, por no ser capaces de hacer nada de eso muy bien. Con seguridad pueden saltar, pero hasta 20 pulgadas; pueden oler, pero lo que está en el plato frente a ellos.

Las enseñanzas de Cristo y las expectativas del Padre, son exactamente las mismas. Ellos hablaron de otra naturaleza, de otro género. Por lo tanto, la única esperanza que tenemos de producir una naturaleza que no nos es propia, es si la nuestra es crucificada y se nos da otra. Es posible que podamos poner de manifiesto otra naturaleza, en la medida que moremos, nos movamos y vivamos en unión con dicha naturaleza. Esto lo discutiremos con amplitud en un capítulo posterior.

Por ahora necesitamos entender que la Ley, el Sermón del Monte, la justicia descrita en la Biblia... tienen la intención divina de dejarnos en completo *desaliento*. Quizás usted no se ha percatado de esto, pero el Espíritu de Dios trata de llevarnos a la **desesperanza**; trata de llevarnos al lugar en donde nos desalentaremos en cada intento de ser como Cristo, separados del Cristo que está siendo formado en nuestra alma. Debemos desanimarnos de producir cualquier cosa aceptable para Dios, que proceda de nuestras propias vidas, y que esté separado de Cristo. Debemos desistir de cualquier intento de imitar a Cristo, en lugar de buscar traer un incremento de Cristo en nosotros. Esa es

una de las primeras cosas que el Espíritu de Dios intenta enseñarle al creyente, pero tristemente, si no le permitimos al Espíritu que nos muestre la cruz, podemos estancarnos ahí por el resto de nuestras vidas.

Nuevamente permítame citar a T. Austin-Sparks: “¿No ha aprendido usted aún la lección del desaliento? ¿Será necesario que el Espíritu Santo lo desanime una vez más? *¿Por qué no tener un buen desaliento, comprenderlo y se acabó?* ¿Por qué desanimarse cada cierto tiempo? *Solamente por estar persiguiendo algo, en algún lado; como algún trapo de bondad en usted, que pueda presentarle a Dios para complacerlo, satisfacerlo y responder a Sus requerimientos. Usted nunca lo encontrará. Acéptela hoy*”.

Amigos, me pregunto cuánto de nuestro dolor, y cuántas de nuestras pruebas internas, es el resultado de fallar en el aprendizaje de esta lección fundamental. Me pregunto, cuánto de nuestra auto condenación, auto aborrecimiento, inseguridad, miedo al fracaso, etc., radica en que continuamos “persiguiendo” algo, *cualquier cosa* que podamos mostrar por nosotros mismos, por medio de nuestras vidas, por medio de nuestros ministerios, por medio de lo que podemos producir, por medio de lo que podemos hacer con nuestros dones o por medio de lo que podemos edificar para Dios. ¿Estamos todavía pretendiendo traerle al Señor la ofrenda de Caín (el fruto de sus propias labores, el fruto de la tierra), cuando todo lo que Él busca es el cordero sacrificado de Abel?

Verá, si no desistimos de vivir para Dios en la carne, Él va a continuar enviándonos de regreso a aprender la muy importante lección del desaliento. La Ley debe obrar su ministerio en nosotros: “el ministerio de condenación, el ministerio de muerte”. ¿Ve usted que esta es la cosa más amable que un Padre amoroso podría hacer? ¿Puede ver usted que a menos que aprendamos la lección de la Ley es imposible para nosotros experimentar el descanso, la vida y el propósito por el cual Él nos ha creado?

La lección de la Ley nos lleva a Cristo. Es como dice Pablo: “...la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo.” (Gálatas 3:24).

PARTE 4

LA CRUZ

Ya podemos tratar más específicamente con la cruz de Jesucristo, y con el terreno que hemos cubierto, veremos que la cruz es mucho más grande y céntrica que como a menudo se le retrata.

Cuando yo trato con la cruz, quiero estar seguro de distinguir entre la cruz y la crucifixión. La crucifixión fue un evento que sucedió hace dos mil años; sin duda es el evento más importante y único en toda la historia, pero fue un *evento* que ocurrió en el tiempo y en el espacio. Sin embargo, cuando los apóstoles hablaban de la cruz, no hablaban simplemente del evento de la crucifixión de Cristo; hablaban de las presentes, continuas y eternas realidades conseguidas por medio del evento histórico. No hablaban sobre dos palos de madera clavados juntos, ni sobre la secuencia de hechos de la muerte de Jesús; ellos hablaban acerca de la realidad presente de la cruz obrando en nosotros hoy, y cada día. De hecho, una mejor manera de decirlo es: **cuando ellos predicaban la cruz, hablaban de nuestra muerte con Cristo, de nuestra sepultura con Cristo y de Cristo convirtiéndose en nuestra resurrección y en nuestra vida.** En esta forma, la cruz era proclamada como una realidad atemporal, espiritual, y que siempre está siendo revelada en el corazón, y no sólo como una narración histórica que tiene implicaciones futuras.

Casi todos los que afirman ser cristianos, pueden contar cómo murió Cristo en la cruz para el perdón de los pecados. Esto ciertamente es verdad, pero si ese es el límite de nuestro entendimiento, entonces solamente vemos una pequeña porción de la cruz, un pequeño fragmento.

Como la Ley ha demostrado, nosotros necesitamos mucho más que sólo el perdón de nuestros pecados. Necesitamos la destrucción o eliminación de la fuente de ese pecado: la naturaleza del pecado y la naturaleza Adámica. Esto es exactamente lo que provee la cruz. Si usted está combatiendo una enfermedad, no es suficiente tratar solamente los síntomas, debe destruir la raíz u origen de la enfermedad, o los síntomas siempre regresarán. Si usted tiene en su patio un árbol no deseado, no se deshará de él podándole las hojas, ni eligiendo los frutos malos y tirándolos al patio vecino; debe cortarlo desde abajo, desde las raíces.

Como la naturaleza Adámica es la raíz podrida, Dios debe ir directo a esa raíz para tratar con el fruto de Adán. Nosotros no podemos conseguir que Adán cese de producir el fruto de su género, si no destruimos el árbol. Como lo mencionamos previamente, yo creo que a esto se refería Juan el Bautista en parte, cuando dijo que el que venía tras él, pondría el hacha a la raíz del árbol. Esta también es la razón por la que Jesús maldijo la higuera, y ella se marchitó de las raíces hacia arriba (Precisamente, el árbol equivocado no es sólo el hombre Adámico: Es el viejo hombre, el Antiguo Pacto y la vieja creación.)

Es un hecho que Adán es el árbol equivocado, y que la cruz fue mucho más que la eliminación de las hojas malas de Adán, o incluso el perdón de sus frutos malos. La cruz es la eliminación del árbol entero, y luego la bondadosa enjertación de nuestra alma en el rico árbol de olivo de Jesucristo (Romanos 11:23 - 24).

Es necesario que entendamos que nosotros no somos pecadores porque pecamos; pecamos porque somos pecadores. ¿Ve usted la distinción? Dios no lo considera a usted pecador, sólo porque pecó ayer; usted es pecador por naturaleza, por lo tanto produce el fruto de dicha naturaleza. Usted es Adán por naturaleza, por lo tanto produce la naturaleza de Adán. *Los pecados no son la causa de que usted sea un pecador; los pecados son el resultado y la prueba de que usted es un pecador.* Usted peca porque es un pecador.

Si usted tiene un perro, este ladrará. La voluntad del perro hace lo que los perros hacen por naturaleza, pero ladrar no lo hace perro. Yo puedo ladrar, pero yo no soy un perro. Ladrarle todo el día a un gato no me hará un perro; pero si hay un perro, este ladrará. Adán es un pecador, por lo tanto pecará. Los pecados no hacen a Adán un pecador, pero debido a que él es un pecador, pecará.

Entonces, para ser liberados de esta deplorable situación Adámica, necesitamos una solución suficientemente poderosa, para hacer más que perdonar lo que hemos hecho; necesitamos una solución que nos libre también de lo que somos. Es evidente que necesitamos perdón de nuestros pecados, pero también necesitamos liberación de la naturaleza de pecado con la que nacimos. Tanto el perdón como la liberación, se consuman a través de nuestra muerte. Nuestra muerte con Cristo viene a ser la destrucción y eliminación de la ofensa junto con el ofensor; viene a ser el juicio de la transgresión junto con el transgresor.

Usted verá, antes de que yo entendiera que Jesús era mi vida y que podía morar en Él, no entendía esto del todo. Yo pensaba que a través de la cruz, Dios me había perdonado de mi pecado, y que ahora era capaz de salir y hacer cosas buenas para Él. No obstante, si fuera honesto conmigo mismo, tendría que reconocer que sólo podía cambiar algunas acciones externas, pero no podía cambiar lo que yo era en el interior. Yo estaba agradecido por ser perdonado, pero vivir la vida al estilo de Cristo, era sólo posible externamente. Yo podía limpiar el exterior de la taza, pero en el interior yo estaba contaminado. En mi interior yo sabía lo que era. Luego descubrí también que tratar de ser como Cristo, era como sostener un balón de fútbol debajo del agua. Por un tiempo parecía que lo lograba, pero debido a la naturaleza misma del agua y a las leyes que la gobiernan, tarde o temprano la bola se disparaba de regreso a la superficie. Descubrí que yo estaba luchando contra la naturaleza misma; que estaba tratando de vivir contrariamente a lo que era.

Lo que estoy tratando de decir es: Primero, yo estaba muy preocupado con lo que había hecho o había dejado de hacer, debido a que pensaba que el problema eran mis actos. Sin embargo, eventualmente caí en cuenta de que el problema no estaba ahí, en lo que yo había hecho; el problema estaba en lo que yo era. Tuve que clamar al Señor y decir: “Señor, hay algo mucho peor que lo que yo estoy haciendo. ¡Es lo que soy! ¡Tiene que haber liberación de este cuerpo de muerte!” (Romanos 7:24). Luego tuve que preguntarme, cómo rayos podría salir de Adán. Yo había nacido en Adán; había sido únicamente y desde siempre Adán por naturaleza. La respuesta a esta pregunta es, por supuesto, que no hay manera de salir, a menos que Adán muera. Necesitaba ser liberado de Adán por medio de la muerte, y nacer otra vez de un género nuevo, de una nueva Semilla.

Amigo, eso es exactamente lo que pasó en la cruz: “Usted fue crucificado con Cristo y ya no vive usted, es Cristo el que vive en usted” (Gálatas 2: 20). Es mucho más que sólo perdonar y remendar; es la eliminación de un género a fin de que podamos participar de Su género (2 Pedro 1:3). ¿Alguna vez ha pensado usted en el hecho de que la Biblia habla una y otra vez de que nosotros morimos en la cruz con Cristo? Sé que siempre hemos oído acerca de cómo murió Cristo por nosotros, pero ¿alguna vez se ha detenido usted y ha reflexionado en lo que la Biblia quiere decir cuando dice con tanta frecuencia que *usted* ha muerto?

- Gálatas 2:20, “*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí...*”
- Colosenses 2:12, “*...sepultados con él en el bautismo...*”
- Colosenses 2:20, “*Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo...*”
- Colosenses 3:3, “*Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*”.
- Romanos 6:3, “*¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?*”
- Romanos 6:4, “*Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo...*”
- Romanos 7:6, “*Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto **para aquella** en que estábamos sujetos...*”

La lista sigue y sigue.

Nosotros no sólo fuimos perdonados por el sacrificio de Cristo, fuimos crucificados con Cristo. En realidad, de esta manera fue como nosotros fuimos perdonados. Estábamos muertos *en pecado*, pero mediante la cruz nos convertimos en muertos al pecado, para así poder estar vivos en Él. Estamos familiarizados con los versículos de la Biblia que dicen tales cosas, pero muy lejos de conocer la realidad de ello. Desafortunadamente, tales declaraciones son con frecuencia presentadas como teología para ser estudiada, en lugar de una realidad para ser revelada.

En la crucifixión de Jesucristo, todo lo que estaba en Adán, de Adán y para Adán, fue reunido y hecho a un lado. La cruz fue el final de un género y el inicio de otro nuevo (aquellos que comparten la vida resucitada de Cristo). Fue una espada que cortó entre dos creaciones; fue la que dividió la primera creación (resumida en el hombre Adán) y la nueva creación (resumida en el Hombre Cristo). La cruz amputa una y comienza otra; arranca una y planta otra. Cuando Cristo murió, todo lo de Adán murió en Él; cuando Cristo murió nosotros morimos en Él. Cristo puso el hacha a la raíz del árbol, y todas las ramas del árbol murieron con él.

Vemos un hermoso tipo y sombra en el trato de Dios con Noé. Recordemos: Dios bajó la mirada sobre la raza Adámica y lamentó que ésta se hubiera separado del Árbol de la Vida; lloró por lo que el hombre había escogido, y como resultado de esa elección, este tenía que ser completamente destruido. Entonces, Dios metió a un hombre en un arca, y llevó a toda la raza de Adán y a su mundo, a la total destrucción. Cuando todo estaba dicho y hecho, sólo aquellos que estaban en el arca tenían vida, todo lo de afuera había perecido. Aquella arca fue levantada encima del agua, y colocada en la cúspide de una montaña. Dios inició de nuevo con un nuevo hombre, con una nueva familia.

Esto es exactamente lo que Él hizo en la cruz. Cristo reunió todo lo del primer hombre y lo de la primera creación, y lo llevó a la muerte. Luego fue levantado y colocado a la mano derecha de Dios, y a todos aquellos que vivirían en y por Él “les dio vida juntamente con Él, los resucitó juntamente con Él y los sentó juntamente con Él en los cielos”; “las cosas viejas pasaron; mirad, lo nuevo ha llegado”. Dios comenzó de nuevo con una nueva creación en Cristo, con un pueblo unido a Su Hijo en pacto. Este es el propósito eterno de Dios: Un nuevo hombre judío y gentil, no judío o gentil, salido de la muerte; un nuevo hombre unido al Primogénito de entre los muertos (Jesús), el Primogénito entre muchos hermanos.

Esto es precisamente a lo que Jesús se refiere en Juan 12 cuando dice: *“Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.”* Cada palabra aquí es muy importante; vamos a verlas cuidadosamente.

“Ahora”, no dentro de 2000 años. AHORA el juicio ha venido sobre Adán y su creación. ¿Cuándo? En la cruz. Jesús va hacia la cruz, y dice que el mundo entero está bajo juicio. Hay un juicio sobre un género aquí, la condenación de la raza humana. Este el juicio del mundo de Adán.

“Juicio”, Jesús está atrayendo a todo el género Adámico hacia Su muerte, para que así pueda haber una nueva creación a partir de un nuevo Hombre. Está atrayendo a la naturaleza muerta de Adán hacia la muerte de Cristo. Está literalmente dándole muerte a la muerte, quitándola, a fin de poder ofrecerse a Sí mismo como la resurrección y la vida, para cualquiera de “los muertos que oirán su voz”.

“Viene sobre *este mundo*”; el juicio es sobre este mundo, haciendo una distinción entre la primera creación y la nueva. Este es el mundo sobre el cual gobierna y reina el enemigo. El Nuevo Testamento enseña claramente que la antigua creación (la Tierra), NO refleja el gobierno, autoridad y reino de Dios; siempre es llamada el dominio del enemigo.

- 1 Juan 5:19, “... y el mundo entero está bajo el maligno”
- 2 Corintios 4:4, “el dios de este siglo cegó el entendimiento”
- Lucas 4:5 – 6, “...le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo: ...porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy”; Jesús no discutió con él.

El juicio ha venido sobre el reino de Adán, el cual es el territorio o reino del maligno.

“*El príncipe de este mundo*”, de nuevo una referencia a Satanás: el gobernador sobre todo el reino muerto de Adán; sobre toda la primera creación.

“*Echado fuera*”. ¿De dónde es echado fuera el maligno? No de la antigua creación, pues ciertamente él se mantiene activo en ella. Él fue totalmente cortado de la nueva creación, de la segunda creación, del segundo “Génesis 1” que está en Jesucristo.

“*Fuere levantado de la tierra*”, una clara referencia a la cruz (lo cual Juan confirma en el versículo 33).

“*A todos atraeré a mí mismo*”, en este contexto de juicio y muerte, Jesús no se está refiriendo al “*atraer*” incrédulos para ser salvos; está claramente refiriéndose al tiempo, lugar y juicio de la cruz. Este texto se refiere al “*atraer*” todo lo de Adán hacia Sí mismo y hacia la muerte. Jesús dice: “*a todos*”; atrajo a toda la humanidad hacia un juicio en la persona de Jesucristo.

Esto es exactamente lo que vemos en otra cita del Nuevo Testamento; 2 Corintios 5:14 dice, “*Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron*”. La cruz de Jesucristo reunió a Adán y a toda su creación, y los llevó a la muerte. Esta muerte es un

estado permanente de juicio y separación, que satisface la justicia y da muerte a la muerte; de modo que las personas de fe, puedan emerger en la resurrección de Cristo. Para que las personas que nazcan de Su vida, puedan salir de un hombre muerto y de un mundo muerto, a vivir en y por la vida resucitada de Cristo.

Aquí está el porqué Jesús le dice a Marta: “Yo soy la resurrección y la vida”. En otras palabras, “Marta, yo soy vida surgida de la muerte. Tu experiencia de resurrección será, Yo viviendo en ti”. Ahora, como vivimos en Él (la resurrección) y por Él (la vida), ya no estamos muertos en pecado, nos hemos convertido en muertos al pecado y vivos para Dios (Romanos 6:11).

1Corintios 15:45 – 47 habla de Jesús con dos únicos términos: Es llamado el postrer Adán y el Segundo Hombre. Como el postrer Adán, Jesús tomó a su cargo la suma total de todo lo que era Adán, y lo trajo a Su muerte. Cuando Jesús fue crucificado, fue crucificado como el postrer Adán. Mató la raza entera, y anuló el género totalmente; lo trajo a Su muerte. Luego salió de la tumba como el Segundo Hombre. Él es el principio de un nuevo género, de aquellos que participan de Su vida, los hermanos. Como dice 2 Pedro 1:3, “*participantes de la naturaleza divina...*”; aquellos que pueden relacionarse con el Padre de la misma manera que Él puede, debido a que ellos están compartiendo Su vida. Esto es adopción, ser colocado en Cristo, o Cristo en usted. Es literalmente, “colocación del hijo”; usted participa de Su condición de Hijo. Usted no tiene una condición de Hijo separada o propia; usted está siendo traído a Su relación con el Padre: “Yo estoy en el Padre, usted está en Mí y yo en usted”.

En la resurrección, Él se coloca como el Segundo Hombre. Es el cumplimiento de todo lo que Adán señaló. Nosotros estamos unidos a Él en la vida resucitada; de hecho, Él es nuestra resurrección de entre los muertos. Este es el porqué Cristo es llamado “el primogénito de muchos hermanos”, o “el primogénito de entre los muertos”. Él llevó un género a la tumba, y dio a luz desde la tumba, desde los muertos, una nueva raza, un nuevo género que comparte Su vida resucitada. Estos son llamados hermanos, porque participan de la única vida del Hijo, y por lo tanto, de la única relación del Hijo con el Padre. Juan nos dice que “a nosotros se nos dio la potestad de ser llamados hijos de Dios”.

Entonces, la cruz es la cataclísmica división entre estos dos géneros. Ella nos sacó de uno y nos metió en el otro. Como Watchman Nee dice: “Nosotros

morimos en Él como el postrer Adán, y vivimos en Él como el Segundo Hombre. La cruz es, por lo tanto, el poderoso acto de Dios que nos traslada de Adán a Cristo”. Entonces, a través de la cruz fuimos perdonados, sí, pero solamente porque fuimos crucificados; fuimos crucificados con Cristo para que podamos caminar ahora en la novedad de Su vida. Su antigua vida llegó a su final, y ahora usted es nacido de nuevo por Su Semilla. Como dice Pablo perfectamente: “Yo he sido crucificado con Cristo, sin embargo yo vivo; pero ya no yo, sino Cristo vive en mí”. ¡Esta es la cruz! Sí, fuimos perdonados... pero a través de la muerte de lo viejo, y de la nueva vida en Cristo, es decir compartiendo la vida del Hijo. Este ha sido el testimonio de la Escritura desde el principio.

Los profetas testificaron esto hace mucho tiempo.

- Ezequiel 36:25-27, *Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra”.*
- Jeremías 31:31-34, *“He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado”.*

Ahora tenemos todo lo que fue prometido en el Antiguo Testamento, hecho realidad a través de Cristo.

- Romanos 6:4, *“Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los*

muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”.

- Romanos 6:8, *“Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él”.*
- Colosenses 2:12, *“...sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos”.*

En pocas palabras, para aquellos que están en Cristo, la cruz fue el final de Adán. Adán fue castigado y quitado completamente a través de la muerte y sepultura de Cristo; luego Él se ofreció a Sí mismo como la resurrección para todos aquellos que ahora vivirán por Él. Todo lo de ese primer género, lo de esa primera humanidad fue juzgado y castigado en el postrer Adán; así fue como Jesús llegó a ser la cabeza de todo un nuevo género. La cruz se convirtió en un monumental punto de división entre dos géneros diferentes, y dos creaciones diferentes; fue la exposición y juicio de uno, y el surgimiento de otro; el punto de división entre dos reinos: uno que tiene la vida de Adán (más precisamente, la existencia de Adán¹), y el otro que comparte la vida resucitada del Hijo.

En resumen, la cruz es la espada que corta entre el género viejo y el nuevo, entre la muerte y la vida, entre el orden racial antiguo encabezado por Adán, y el nuevo orden racial encabezado por Cristo. Es una división entre la antigua creación y la nueva creación en Cristo Jesús. La cruz finalizó una cosa e inició algo enteramente nuevo.

Nosotros hemos salido del viejo hombre (Adán) que vivía en la vieja creación, hacia el nuevo hombre (Cristo) que vive en la nueva creación. Ahora nos toca despojarnos del viejo hombre y revestirnos del nuevo; nos toca vivir en el poder de Su resurrección, morar en Su vida, manifestar una nueva creación, entrar a nuestro descanso en Él, y manifestar la vida de Jesucristo. Ya no estamos más en la carne (Romanos 8:9), ahora tenemos que caminar en el Espíritu. *“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios”* (Colosenses

¹ La razón por la que digo “existencia” es debido a que hay una diferencia entre existencia y vida. Pude haber dicho “muerte activa”. Hablando bíblicamente la muerte no significa “falta de existencia”, no es un estado de inanimación. La muerte es el estado de separación de lo que es vida. En realidad, la muerte espiritual es un estado muy activo.

3:1). Hemos sido sacados de Adán a fin de que podamos vivir en Cristo; hemos sido *“librados de la potestad de las tinieblas y trasladados al reino de su amado Hijo”* (Colosenses 1:13). Ahora podemos producir el fruto de ese género, una verdadera cosecha de la Semilla.

Todas estas son citas o paráfrasis del Nuevo Testamento. Este tipo de declaraciones está por todo el Nuevo Testamento; una vez que el Espíritu de Dios comienza a tratar con nuestra alma acerca de la realidad de la cruz, encontraremos al Nuevo Testamento declarando estas realidades en todo lugar que miremos.

- Colosenses 3:9 – 10, *“No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno”*.
- Efesios 4:22 – 24, *“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”*.
- 2 Corintios 5:17, *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”*.

¿Qué significa todo esto? Lo siguiente: La cruz fue nuestra vía de salida del género de humanidad, y la entrada a otro (en realidad, Alguien) enteramente nuevo. Nuestra alma ha sido trasladada de Adán a Cristo; hemos sido transferidos de un reino y colocados en el Amado Hijo de Dios. Ahora, en lugar de vivir bajo la Ley en el poder de la carne, somos capaces de morar en Cristo, y producir la naturaleza del Cordero: la única vida aceptable para el Padre.

CRISTO EN NOSOTROS: EL CUMPLIMIENTO DE LA LEY

Previo al nuevo nacimiento, nosotros estábamos bajo la Ley, intentando vivir de acuerdo al estándar justo de Dios en el poder de la carne, en la debilidad del hombre Adámico. Como ya vimos, eso era inútil; sin embargo, la cruz le dio fin a esa situación sin esperanza. Ella no le dio fin a la Ley, pues la Ley continúa siendo el estándar justo de Dios. Pablo dice que ella es siempre “santa, justa y buena” (Romanos 7:12). No, Cristo no vino a abolir la Ley, vino a cumplirla. Lo que la cruz finalizó, fue la situación sin esperanza de estar bajo la Ley en la carne. ¿Cómo? Al darle fin a la naturaleza de la carne en el cuerpo de Cristo, y darnos la vida misma del único que demanda la Ley. Ahora, si nosotros caminamos por esa vida, si esa vida está siendo formada en nosotros, entonces crecemos para hacer sin esfuerzo las cosas que son requeridas por la Ley. Ya no es un apretar nuestros dientes, e intentar obedecer lo que es contrario a nuestra naturaleza; más bien, hallamos que “los requerimientos de la Ley son cumplidos en nosotros, los que ya no caminamos según la carne, sino según el Espíritu” (Romanos 8:4). “*Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne*” (Gálatas 5:16). Así, el fruto del Espíritu es el fruto **del Espíritu** y no el fruto de nosotros tratando de actuar como el Espíritu.

Adán está muerto, y nosotros fuimos hechos vivos juntamente, resucitados juntamente y sentados juntamente con Cristo en los cielos. Vamos a invertir algo de tiempo, para discutir por qué Adán no parece estar muerto en nuestra experiencia. Sin embargo, por ahora es suficiente comprender que las Escrituras declaran que el viejo hombre está muerto, y que usted y yo podemos caminar en, morar en y hacerlo manifiesto a Él, quien es lo nuevo. El hombre Adámico era completamente incapaz de cumplir la Ley, pero ahora en Cristo, usted y yo podemos caminar por el Espíritu dentro de nosotros.

Cristo no vino sólo para morir por nosotros; vino también para vivir por nosotros. Pablo ilustra esto hermosamente en Romanos 7:1 – 3, “*¿Acaso ignoráis, hermanos (pues hablo con los que conocen la ley), que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que éste vive? Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. Así que, si en vida del marido se uniere a otro varón, será llamada adúltera; pero si su marido muriere, es libre de esa ley, de tal manera que si se uniere a otro marido, no será adúltera*”.

Lo que Pablo está diciendo aquí, es que la relación entre la Ley y el pecador es comparable a la relación entre el esposo y la esposa. La esposa que está

atada por la Ley, tiene que permanecer con el esposo en tanto éste viva, aunque anhele estar unida a otro.

Watchman Nee explica esto maravillosamente con la siguiente ilustración. Imaginemos a una esposa que está casada con un esposo llamado Ley. Él es un hombre muy bueno. Es muy particular y muy preciso, pero también es muy bueno con ella, y siempre actúa justamente. Es perfeccionista e increíblemente consistente aunque muy demandante, y quiere que todo sea hecho con perfección. Aún así, usted difícilmente podría culparlo, porque todo lo que él quiere y espera de su esposa, es muy bueno y perfectamente legítimo. No hay nada equivocado en este hombre, y nada equivocado en sus demandas.

El problema radica en ella; es inconsistente, descuidada y débil. Ella quiere hacer lo que su esposo desea, pero encuentra que su matrimonio es increíblemente frustrante, pues nunca es capaz de lograrlo. Ella sabe que comete muchos errores, y que él tiene el derecho de demandarle estas cosas, pero esto no facilita el vivir con él.

Los dos hacen una horrible pareja, y la mujer está en terrible desesperación y frustración. Lo que ella realmente desea es estar casada con otro hombre que conoce. Ella conoce a un hombre que es igualmente bueno, consistente y que tiene los mismos requerimientos; pero para todo lo que él espera de ella, él también le da la habilidad de hacerlo. Cada debilidad de ella, él la compensa con su propia fuerza; cada fallo de ella, se torna en una oportunidad para que él la ayude a tener éxito. Ella sabe que es incapaz de cambiar, porque ha estado tratando por muchos años. ¡Si sólo pudiera casarse con ese hombre que la ayudaría a convertirse en todo lo que ella sabe debería ser!

Pero desafortunadamente... ella está atada a otro. La única manera por la que ella podría ser libre de ese pacto con su esposo, es si él muriera, pero él se ve muy saludable. El Señor Ley no se está yendo a ningún lugar, porque la justicia descrita por la Ley, tampoco se está yendo a ningún lugar. Es el estándar eterno.

¿Qué puede hacer ella? ¿Cómo puede ser libre? Bueno, hay algo que ella olvidó. Es cierto que la muerte es la única manera de romper este pacto, pero lo que ella olvidó, es que podría salirse si **ella** muriera. Esto es exactamente lo que Pablo nos dice en el siguiente versículo: “*Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para*

que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios” (Romanos 7:4). ¿Lo ve? Usted y yo somos la mujer; el primer esposo es la Ley; Cristo es el segundo esposo, y el fruto es el incremento de Cristo: ¡la cosecha de la Semilla!

La Ley no muere porque el estándar de justicia de Dios no cambia; sin embargo, cuando nosotros morimos con Cristo, ya no estamos sujetos a ella, porque ahora compartimos la vida y la naturaleza del mismo Dador de la Ley. Hemos recibido la vida de Aquel que es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, etc.; y “...*contra tales cosas no hay ley*” (Gálatas 5:23). Ahora veamos lo que Pablo va a decir en los siguientes versículos: “*Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu*” (Gálatas 5:24 – 25).

Usted verá, la Ley requiere de nosotros el mismo estándar justo de Dios, pero ella no nos ayuda a obedecerla, nos deja a merced de la naturaleza Adámica. Cristo, el segundo esposo, requiere de nosotros tanto como la Ley, pero cada demanda que Él nos hace, Él la cumple en nosotros conforme se convierte en nuestra vida. Cada cosa que nosotros (la esposa en la ilustración) no podemos hacer por causa de nuestra debilidad, Él la realiza a través de nosotros, conforme caminamos en la novedad de Su vida; conforme vivimos por la vida de Otro; o como dice Pablo “ya no yo, sino Aquel que poderosamente opera en mí”.

*Ahora, libertad de la Ley no significa que nosotros no vamos a hacer más la voluntad de Dios. ¡Lejos de eso! La libertad a la que nosotros hemos venido en Cristo, no es libertad para ser nosotros mismos; de hecho, es libertad de nosotros mismos para vivir por Él. Libertad de la Ley significa que nosotros ya no vamos a ser dejados a merced de la carne. Romanos 7:6 dice, “Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto **para aquella** en que estábamos sujetos...”. Esto significa que ahora “no yo, sino Cristo”. No soy yo viviendo en la carne y luchando contra mi naturaleza, sino Cristo ahora viviendo en mí, y manifestando más y más lo que Él es por naturaleza.*

Como hemos sido unidos a Cristo, y como somos transformados por medio de la renovación de la mente (de lo cual hablaremos en detalle), hay un cambio real de naturaleza. Conforme Cristo va siendo formado en nosotros, hay una transformación interior a Su semejanza; hay una nueva Vida dentro de nosotros, llevando a cabo las mismas cosas que son Su naturaleza y Su carácter, la justicia que la Ley describe. En otras palabras, “...*Dios es el que*

en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). Hay un nuevo “yo” en el Nuevo Pacto; no es el “yo” de lo viejo. Gálatas 2:20 dice, “Yo he sido crucificado con Cristo, sin embargo vivo, **ya no yo, sino Cristo vive en mí**”.

Este entendimiento fundamental de una vida intercambiada, de una nueva vida DEBIDO A LA CRUZ, es definitivamente la clave, el fundamento, la base, el punto inicial, el corazón, el meollo del vivir cristiano. De hecho, si nosotros pensamos que “el vivir cristiano” tiene que ver con creyentes haciendo lo que pueden **para** Dios, es porque hemos perdido la cruz. Hemos fallado en ver que ya “no yo, sino Cristo”; hemos perdido la realidad del Nuevo Pacto.

Jesús no vino a la tierra hace 2000 años, y dejó un manual de instrucciones de cómo “vivir para Dios”. Jesús vino a la Tierra hace 2000 años, llevó todo lo de Adán a la tumba, y luego surgió en resurrección para vivir y reinar para siempre en Su cuerpo, “...*la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo*” (Efesios 1:23). Nosotros nunca fuimos concebidos para recibir Su vida, y continuar viviendo por la nuestra. La razón por la que vivimos la mayoría de nuestra vida en la desesperante frustración de Romanos 7:14 -25, (donde Pablo describe cómo es vivir para Dios en la carne, cuando dice: “¡Lo bueno que quiero hacer, simplemente no puedo hacerlo!”), es porque muy a menudo hemos oído el evangelio predicado como una senda al cielo, con un plan de auto mejora a lo largo de ella.

En Romanos 7:14 – 25 Pablo describe la manera en que vivimos los cristianos, cuando continuamos entendiéndonos a nosotros mismos casados con la Ley; cuando no vemos nuestra muerte, y no sabemos lo que significa vivir por la vida de otro. En otras palabras, nos está diciendo la manera en que vivimos cuando el antiguo “yo”, el viejo hombre, continúa procurando vivir para Dios. Esta es la razón por la cual él inicia el pasaje de la Escritura definiendo el “yo” como “...*carnal, vendido al pecado*” (versículo 14). Luego usa la palabra “yo”, de acuerdo a esa definición, 23 veces en estos 11 versículos. Pablo está enfatizando algo aquí: Que su experiencia, y la experiencia de todos, cuando vivimos para Dios en la carne, es un exasperante “*¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*” (Versículo 24).

Su punto aquí NO es que usted se identifique con esto y diga: “Supongo que así es como opera el cristianismo”. ¡NO! *El punto de Pablo es que usted vea*

la inutilidad de tratar de caminar en la carne, después de haber nacido del Espíritu; para que usted clame: “¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Versículo 24)... y se vuelva para conocer al Señor como su propia vida.

Esto es exactamente lo que el siguiente versículo dice: “*Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro*” (Romanos 7:25). Gracias le doy a Dios porque este cuerpo de muerte fue tratado por la cruz. Gracias le doy a Dios porque ya no tengo que caminar más en la carne. “*Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil **por la carne**, Dios ...para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu*” (Romanos 8:2 – 4).

Este es el glorioso trabajo de la cruz. Ella nos saca del vivir en la carne, a una participación en la vida de Cristo. No es la imitación de Cristo en la carne, es la impartición de Cristo en el Espíritu. La cruz es el puente; la escalera que nos lleva de Adán a Cristo; el escape que nos saca de una humanidad a Otra; el éxodo que sale de Egipto y entra en la tierra que es Cristo; la escalera misma que Cristo le dijo a Natanael que vería; la espada encendida que guardaba el árbol de la vida (Génesis 3:24). Cuando caminamos hacia ese árbol, la espada amputa al hombre Adámico y el fuego quema el sacrificio.

La cruz es, literalmente, un éxodo que nos lleva de un hombre, de una vida, de un lugar de habitación a otro. Por la cruz hemos llegado a un lugar espiritual nuevo, con el fin de habitar en él, en Cristo; y esto es exactamente de lo que la Biblia entera habla con palabras como “Sion”, “el monte del Señor”, “la ciudad de Dios”, “la Jerusalén celestial”, “el reino de Dios”, “la tierra de la promesa”.

Cristo mismo ha venido a ser la realidad y el cumplimiento de la Tierra de Israel, a la que Josué introdujo a los israelitas. Cristo es la tierra que fluye leche y miel; es la tierra donde no tenemos que edificar nuestras propias ciudades, plantar nuestros propios viñedos, o cavar nuestros propios pozos. Él es la tierra donde podemos alimentarnos de lo que ella produce; Él es la tierra donde, precisamente como Josué nos mostró en el momento en que conducía a los israelitas, la carne para nada aprovecha. Recordemos que Josué tuvo que circuncidarlos antes de que dieran un paso en la Tierra Prometida. ¡La carne para nada aprovecha aquí! ¡Esto es cumplido en nosotros! Colosenses nos dice que “*En él (EN LA TIERRA) también fuisteis*

circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo” (Colosenses 2:11).

Entonces para nosotros, Cristo es un lugar espiritual completamente nuevo donde morar; a nosotros nos toca habitar en Él, y producir el fruto de Su tierra. Sin embargo, si vemos esto desde el punto de vista de Dios, **NOSOTROS** hemos venido a ser una habitación para Dios; nos hemos convertido en el lugar donde mora el Señor; somos el lugar donde la Resurrección, el Segundo Hombre vive, habita y expresa Su vida. Como dice Efesios 2:22, “...en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”. O como dice Pablo en 2 Corintios 5, que hemos venido a ser una nueva creación. Pensemos en esto por un momento. La primera creación fue la habitación para el primer hombre; el objetivo de la habitación era para que un género, Adán, creciera, se multiplicara y la llenara. La meta de esa habitación, era tener un género ejerciendo dominio sobre ella, con el fin de que hubiera un incremento de ese género, y una expresión de su gobierno. Era una habitación viviente (equipada con aves, plantas, peces y animales), que fue totalmente dada a un hombre.

Así también con la nueva creación en Cristo. El propósito de esta creación es ser una habitación; es tener un nuevo Género llenándola y ejerciendo dominio sobre ella. El objetivo de la nueva creación, es que haya una Semilla incorruptible, aquella Semilla prometida a Abraham hace mucho tiempo, plantada y cultivada con miras a una cosecha; la cosecha de esa única Semilla en la nueva creación. Nosotros somos la habitación viviente del Señor; somos una nueva creación en la cual el sol de justicia mora. Por eso Dios dice: “Dejen que haya luz en esta nueva creación” (2 Corintios 4:6), para que podamos caminar en la luz, y tener en la luz comunión con el Padre y con Su Hijo (1 Juan 1:7).

Nosotros fuimos hechos por medio de Su cruz, Su habitación espiritual, Su residencia, un cuerpo para Su expresión. Por lo tanto, es absurdo que busquemos vivir nuestra propia vida para Jesús. Somos Su cuerpo, con el expreso propósito de vivir por la vida que nos ha sido dada. Tenemos que crecer en Él en todas las cosas, ser llenos de la plenitud de Dios, tener la medida plena de la estatura de Cristo operando en cada miembro. Ese es el propósito de cualquier cuerpo. ¿Puede ver usted cuán ridículo es que vivamos por medio de nuestra propia alma muerta y ciega, habiendo recibido la vida impartida de Dios? Nosotros, habiendo sido finalmente enjertados en el

Árbol de la Vida, ¿continuamos viviendo por medio del conocimiento del bien y del mal?

La cruz ha crucificado y amputado un género de vida, y nos ha colocado en otro. Tal vez usted no ha comprendido esto todavía, y continúe caminando en la carne, pero eso no cambia lo que ha sido cumplido. Nuestro nivel de comprensión no cambia la obra consumada de Dios.

En Gálatas 5:25 Pablo dice, *“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”*. También dice Jesús: *“Si ustedes han sido enjertados en la vid, moren en la vid”*. Veremos con exactitud lo que esto significa, y cómo opera en nosotros; por ahora, es esencial que veamos que la cruz nos separa de nuestro primer nacimiento, y nos lleva más y más a la experiencia de nuestro nuevo nacimiento. Pablo hace referencia a esto en Gálatas 1:15 - 16 donde dice: *“Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí...”* Aquí está de nuevo la obra de la cruz: Ella nos separa de la matriz de nuestra madre (el primer nacimiento, nuestro nacimiento natural), nos trae a existencia y luego nos lleva a la revelación de nuestro nuevo nacimiento, a la revelación del Hijo que está en nosotros. Pienso que Pablo resume esto perfectamente en Gálatas 6:4, *“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”*.

Para Pablo la cruz fue la crucifixión de la primera creación entera: la muerte de Adán y su mundo. Crucificó al mundo entero, sobre el cual el enemigo tenía dominio. La cruz fue el éxodo del mundo de Adán, a un nuevo mundo, a un nuevo Hombre, a un Nuevo Pacto. Así pues, las palabras de Jesús en Juan 17, se tornan verdad para Pablo, de la misma manera que son verdad para nosotros: *“No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”*.

PARTE 5

EL NUEVO PACTO

En esta sección vamos a analizar el Nuevo Pacto, lo cual nos ayudará a entender la realidad de términos como: “habitar en Cristo” y “caminar en el Espíritu”. Para muchos cristianos estos son conceptos bíblicos familiares, pero no son realidades ni vivas ni experimentadas.

¿Qué significa realmente “habitar en Cristo”? Comencemos con una sencilla definición de nuestro término. Habitar en Cristo es: vivir nuestra unión con Jesucristo; vivir por la vida de otro; ser hallado en Él, y que esa realidad defina nuestra alma. Es la experiencia de Gálatas 2:20: “Yo he sido crucificado con Cristo, sin embargo vivo, pero ya no yo, sino Cristo vive en mí”. “Habitar en Cristo”, es cuando vivimos como vasijas que expresan la vida manifestada del Hijo de Dios. No es que nos transformamos en el Hijo de Dios; nos transformamos, literalmente, en Su plenitud o en Su plena expresión, tal como lo dice Efesios 1:23, “...*la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo*”. ¿Pueden ver lo que dice este versículo? Declara que nosotros, el cuerpo, somos la plenitud de la cabeza, es decir, somos la expresión o manifestación plena de la cabeza. Es lo mismo decir, que un árbol de manzana con todas sus ramas y frutos, es la plenitud (expresión plena) de la semilla plantada; es la manifestación plena, es el incremento y la cosecha.

Perdone este extraño ejemplo: si usted caminara dentro de mi casa y viera mi cabeza colocada en el mostrador de la cocina y que es mantenida viva por medio de máquinas, habría algo de mí expresado en esa cabeza. Sin embargo, usted definitivamente no podría decir que esa era la expresión plena de Jason Henderson. No, porque para hablar de expresión plena, **mi cuerpo** tiene que ser tomado en cuenta. Mis miembros son la plenitud de la vida que está en la cabeza, y mi vida es la que llena todos los miembros; mi cuerpo existe para dar manifestación a la vida que habita dentro de él.

Nosotros somos el cuerpo de Cristo, y nuestro propósito es ser la “plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”. Nuestro propósito es expresar la vida que vive dentro de nosotros, y lo podemos hacer por tener esa vida formada en nosotros; lo podemos hacer por vivir la vida de otro.

Bien, ¿cómo hacemos eso? Esta es la gran pregunta, ¿no es cierto? ¿Cómo lo hago? Esta es la primera pregunta que hacemos todos. Cuando yo comencé a entender la cruz, esa fue mi primera pregunta también. Sin embargo, lo que vemos, es que esa misma pregunta revela nuestra mente carnal, pues es la pregunta equivocada. Ahora, no me refiero a que expresar la vida de Cristo no suceda, o que esa transformación no sea real; lo que quiero decir es que la pregunta “¿cómo lo hago?”, es la pregunta equivocada, ya que en el planteamiento de la pregunta, hay una contradicción con todos los versículos que hemos citado. El punto es que expresar la vida de Cristo, no es algo que **usted hace**, todo lo contrario, es escapar de todo lo que **usted hace**, y de todo lo que nunca podrá hacer, para vivir por “Aquel que opera poderosamente en usted”; “Ya no soy yo el que vive, Cristo es el que vive en mí”.

Si nosotros vamos a entender algo de todo esto, vamos a tener que tratar con el hecho de que manifestar la vida de Cristo, no es algo que hacemos en el poder de la carne. Hablaremos más acerca de esto conforme avancemos, pero lo que vamos a ver, es que habitar en Cristo no es un trabajo de la carne, sino una relación viviente que fluye a partir del comprender nuestra unión con Él. Habitar en Cristo **no es obra suya, es el resultado de la obra consumada de Él en la cruz, y usted lo experimenta cuando esa obra es revelada en usted**. Por favor no me malentienda, no estoy diciendo que no lo experimentemos; lo experimentaremos en cada área de nuestra vida, pues no hay nada que la vida de Él, no afecte en nosotros. ¡Alabado sea Dios! Lo que estoy diciendo, es que habitar en Cristo no es fruto de nuestro cristianismo, es el fruto de Cristo revelado como nuestra vida.

Necesitamos establecer esto ahora mismo, y recordarnos a nosotros mismos la singularidad de Cristo. Adán no puede “hacer” de Cristo... mucho más de lo que yo puedo “hacer” de perro. Adán no puede manifestar la naturaleza divina, ella se manifiesta a sí misma conforme crece, con “el crecimiento que da Dios”. Justicia no es algo que hacemos, es algo que Él es. Ésta opera en nosotros conforme Él es conocido como nuestra vida. El amor real no es algo que hacemos, es algo que Él es: “Dios es amor”. Éste opera en y a través de nosotros conforme Él es conocido como nuestra vida.

No estoy tratando de confundirlo, esto en realidad es muy lógico. Sólo miremos los tipos y sombras en el ámbito natural. Si tomamos una semilla y la sembramos en la tierra, ¿de dónde proviene la planta? ¿Es la tierra o la lluvia la que crece y se convierte en una planta? No. Obviamente es la semilla la que se convierte en planta. La tierra es un bonito hogar para la

semilla, y puede ser un ambiente propicio para el crecimiento de ella, pero cuando hablamos de crecimiento, hablamos del incremento de la Semilla. Así que realmente no tiene sentido que la tierra pregunte: “¿cómo hago para convertirme en planta?”

Hermanos y hermanas, ustedes son el terreno de Dios (1 Corintios 3:9), y la incorruptible Semilla está sembrada en ustedes. Ella fue plantada para obtener una cosecha, y no llegaremos a ningún lugar, a menos que establezcamos el hecho de que el terreno nunca se convertirá en semilla; pero la semilla puede incrementarse y llenar la tierra. ¡Alabado sea Dios! Eso es lo que queremos.

Entonces, hagamos una mejor pregunta; esta es una pregunta que Jesús hizo en algunas parábolas: ¿Cuál es el terreno propicio para que crezca la semilla?, porque pensar que podemos “hacer” esto en la carne, es terminar en una frustrante calle sin salida, anular todo el asunto y contradecir la verdad.

Para responder la pregunta del “cómo”, debemos entender que el “cómo” es en realidad un “quién”. Verdaderamente no tiene que ver con, cómo hace **usted** algo... tiene que ver con **quién** vive en usted: Aquel que es su vida y su vida. Recordemos, nosotros hemos sido crucificados con Cristo, pero no fuimos resucitados, Él lo fue, y ha venido a ser nuestra vida, nuestra resurrección. Como ya mencionamos, Jesús le dijo a Marta: “Yo soy la resurrección y la vida” (Juan 11:25).

Usted puede pensar que estoy lidiando con semántica, o tratando de confundirlo, pero nada podría estar más lejos de la verdad. En realidad estoy tratando de que salgamos del estado de confusión de la mente carnal, para que veamos lo que es verdad para nosotros debido a la cruz. La falta de comprensión espiritual, es precisamente el problema. No comprendemos la realidad, por lo tanto no la experimentamos; no comprendemos lo que es verdad, ni quién vive y quién no. La falta de entendimiento es la ruina de la iglesia. El no comprender el Nuevo Pacto, es nuestro eterno y presente problema.

LA ANALOGÍA DE LA MANO

Algunas personas han encontrado esta analogía de mucha ayuda. Piense por un minuto en su mano. Estoy seguro de que usted está consciente de que está experimentando una unión de vida con ella. No tiene sentido para su mano, operar independientemente de su vida o de su voluntad; pero para fines de esta analogía, digamos que a mi mano le crecieron labios y me dice:

—“Ay Jason, lo que daría por estar cerca de ti. Yo lo único que deseo es que vengas a visitarme, y me digas lo que tengo que hacer para ser como tú”.

Bien, después de recuperarme de la impresión de que mi mano hablara, me volvería y le diría:

—“Mano, obviamente ha habido un malentendido. Yo realmente aprecio tu corazón al decir eso, pero si vieras claramente, entenderías que tú estás unida a mí, y yo estoy unido a ti. Es más, mi propia vida fluye a través de ti. No tienes que tratar de ser **como yo**, tú simplemente tienes que manifestar mi vida”.

—“Jason, eso es profundo... pero, ¿qué tengo que hacer para acercarme a ti? Haré cualquier cosa: ayunaré, oraré, haré buenas obras”.

—“Mano, obviamente tú no has comprendido algo aquí. Te falta entendimiento de quién eres, dónde estás y qué eres. Esta falta de comprensión está afectando drásticamente tu sentido de realidad. No puedes hacer nada para acercarte a mí, tú estás unida a mí por la vida; el problema es que no ves nuestra unión”.

—“Sí, todo eso es muy bonito, he leído acerca de ello en un libro, pero **seamos prácticos**. Yo quiero una palabra profética acerca de cómo ser como tú. Quiero algo con lo que pueda trabajar, algo que tenga sentido; quizás un programa de siete pasos.”

—“No hay nada más práctico que tú simplemente manifiestes mi vida, en todo lo que haces. Eso es todo lo que yo quiero de ti, Mano”.

—“Está bien, Jason... esto ya se está volviendo frustrante. Tú quédate aquí, yo voy a ir a hacer un puñado de buenas obras para ti, tal vez así me escucharás”.

—“Sabes, puedes ir y tratar de hacer buenas obras para mí, pero todo lo que quiero de ti, es que te conviertas en la manifestación de mi vida que opera en ti. Es más, no hay tal cosa como una buena obra, a menos que yo sea el autor de ella. Aparte de mí, no puedes hacer nada bueno, pues la “bondad” está ligada a mi vida y a mi voluntad”. (¿No suena esto cómo algo que dijo Jesús?).

Entonces, mi triste mano deja caer su cabeza y con pena dice:

— “¿Puede alguien darme algunas instrucciones prácticas para completar mi potencial espiritual? ¿Puede alguien decirme que está haciendo Jason? Este tipo no me da nada práctico; habla en acertijos”.

Usted verá, el propósito de mi mano es simple: manifestar mi vida en el mundo; ella no tiene un propósito individual aparte de ese. Si en algún momento en el pasado, mi mano no hubiera estado unida a mi cuerpo, habría habido un propósito individual para ella entonces; pero debido a que está unida a mí en unión viva, no tiene sentido para ella tener algún propósito, salvo el de manifestar mi vida, de manera que me exprese.

Hermanos y hermanas, nosotros somos “Su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”. No somos la plenitud de nosotros mismos; no tenemos que manifestar nuestra propia vida de “mano”. No. Hemos sido crucificados con Cristo, y ahora Él es la vida. “Estamos muertos, y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios”.

Regresemos ahora al enigma de nuestra pregunta, pues responderla nos va a ayudar a entender el proceso de Cristo siendo formado en nosotros. ¿Cuál era el problema de mi mano (además de los labios)? Ella había malentendido la naturaleza de nuestra relación. No entendía lo que era o dónde estaba; no entendía lo que era la vida, porque estaba tratando de vivir su propia vida; no entendía el habitar en mi vida, porque todavía pensaba que vivía separada de mí. No es que la mano no estuviera unida; ¡lo estaba! Es que no entendía la naturaleza de la relación, no entendía el pacto, no entendía la cruz, la cual trajo el fin de toda vida separada de mí, y el inicio del compartir mi vida, y del vivir por esa vida.

Su fracaso para funcionar de acuerdo a la relación de pacto, fue el resultado de un enorme malentendido de esa relación. No había acuerdo entre la mano

y yo, acerca de cómo movernos como uno. Había un cuerpo pero dos mentes. No existía el entendimiento fundamental en común, que era “no más mano sino Jason”. La mano había sido injertada en Jason; sin embargo, ella todavía pensaba que estaba separada. La mano había muerto, y su nueva vida estaba escondida en Jason; no obstante, ella todavía pensaba de sí misma, como viva y separada de Jason. Por lo tanto, actuaba a partir de esa comprensión; vivía de acuerdo a esa comprensión; se relacionaba conmigo según esa comprensión.

Mi mano quería servir separada de mí, en lugar de vivir unida a mí. Puedo asegurarle que muchos en la iglesia están en el mismo barco, y la razón primordial es un importante malentendido de la cruz, y de nuestra unión con Cristo. En otras palabras, no entendemos la naturaleza y realidad del Nuevo Pacto.

ANTIGUO PACTO VERSUS NUEVO PACTO

Antes de que vayamos más lejos, miremos un poco más de cerca la naturaleza y carácter del Nuevo Pacto. Ya les conté que por años yo me había relacionado con Dios de acuerdo al Nuevo Pacto, pero no había entendido lo que éste significaba realmente. A pesar de que yo había salido del Antiguo Pacto, éste no había salido de mí.

¿Qué es un pacto? En pocas palabras, un pacto es **un acuerdo o entendimiento por el cual, dos partes entran en algún tipo de relación.** Es decir, el pacto es la naturaleza de una relación. Algunas veces en las Escrituras, la relación era representada por medio de algún tipo de señal natural o memorial. Por ejemplo: Dios y Noé entraron en un entendimiento o acuerdo, por el cual Dios nunca inundaría la Tierra de nuevo. Ese es un pacto. La señal de ese acuerdo era el arco iris. Jacob y Labán entraron en un acuerdo, por el cual ellos no entrarían a las tierras del otro para hacerse daño, y Jacob no tomaría ninguna otra esposa, además de las dos hijas de Labán. Era un entendimiento según la naturaleza de la relación, y la señal de este entendimiento o acuerdo, fue un montículo de rocas.

En la Biblia existen varias relaciones, que se establecieron a través de un acuerdo de pacto; pero con respecto a la relación de Dios con un pueblo específico, está el Antiguo Pacto y el Nuevo Pacto. Ambos pactos son un entendimiento o acuerdo, por medio del cual Dios, y cierto pueblo entran en

una relación. El Antiguo Pacto, era el acuerdo que tenía Dios con un pueblo, sobre un tipo de relación; el Nuevo Pacto, es la naturaleza de un diferente tipo de relación, que tiene Dios con un pueblo.

Estas relaciones son absolutamente diferentes. Esto es extremadamente importante, porque un fallo en la comprensión de la relación de este Nuevo Pacto, se traduce en un fallo al caminar y experimentar la naturaleza, y realidad de esa relación. Este fue exactamente el problema de mi mano en la analogía anterior.

Tomemos un minuto para comparar el Antiguo Pacto con el Nuevo. La mayoría de los cristianos le dirá que está en el Nuevo Pacto, y no en el antiguo; pero por muchos años, y como la mayoría de ellos, si usted me hubiera pedido que le explicara la diferencia entre ambos, (¡y hay toda una diferencia!), yo le habría dado una respuesta muy incompleta. Cuando salimos del Antiguo Pacto y entramos en el Nuevo, llegamos a una relación totalmente diferente, a una nueva manera de relacionarse Dios y el hombre. Dios tenía un *tipo* de relación con el Israel del Antiguo Pacto; y tiene un *tipo* de relación enteramente diferente en el Nuevo Pacto.

El Nuevo Pacto es una manera totalmente nueva, por la que Dios se relaciona con los seres humanos; es un nuevo entendimiento y acuerdo, por el cual tenemos relación. No sólo es nuevo con respecto al tiempo, como “esta es mi raqueta de tenis vieja, pero aquí está la nueva”; también es nuevo con respecto a la calidad, como “este es un modo antiguo de transporte: mi caballo; pero aquí está el nuevo: mi jet”. El Nuevo Pacto es totalmente nuevo en naturaleza y carácter. Uno es un animal café que come hierba, el otro es una máquina voladora de metal que quema combustible. ¡Totalmente diferentes!

Entonces, el Antiguo y Nuevo Pacto son radicalmente diferentes en sustancia y realidad, pero tienen una cosa muy importante en común: ambos se relacionan con Cristo. Ahora, la manera en que lo hacen, es lo que es absolutamente diferente. El primer pacto es únicamente el tipo y la sombra, las profecías y promesas del segundo. (Ya hablamos del concepto de tipo y sombra). *De muchas maneras, el Antiguo Pacto era la sombra natural de la realidad espiritual, experimentada en el Nuevo Pacto.* El Nuevo Pacto es el cumplimiento y la experiencia de todo lo prefigurado, profetizado y prometido en el antiguo.

Ambos, a su manera, están relacionados con Cristo. En el primero, la comprensión de su relación, era únicamente una imagen de Cristo; en el otro, la comprensión de su relación, era la vida misma de Cristo.

Permítame darle algunos ejemplos:

- En el primer pacto Dios dijo: “Construyan un templo natural, que será lleno de una nube como testimonio de mi Hijo”. En el segundo, nosotros somos ese templo, somos el lugar de habitación de la vida real de Cristo.
- En el primer pacto, Dios dio pan natural del cielo, para dar vida natural a un cuerpo natural. En el Nuevo Pacto, Dios dio a Su Hijo como pan espiritual, para dar vida espiritual a un cuerpo espiritual.
- En el primero Dios dijo: “Construyan el arca del testimonio, la cual habla de mi Hijo”. En el segundo, Cristo era el arca: la presencia y gloria mismas de Dios.
- En el primero Dios dijo: “Hagan sacrificios, los cuales hablan de la sangre de mi Hijo”. En el segundo, Cristo era el sacrificio.
- En el primero Dios dijo: “Hagan los panes de la proposición, instrumentos, altares, leyes, regulaciones, ceremonias, fiestas, cortinas, vestiduras, incienso, etc.” En el segundo, Cristo y nuestra unión con Él, es todas estas cosas.

Así, en todas las cosas, el primero apuntaba al segundo; el primero era el testimonio de lo que vendría en el segundo. El primero era la promesa y la profecía, el tipo y la sombra de todo lo que estaba por venir en Cristo. Los dos se ocupan de Cristo; pero el primer pacto era una relación con Dios, que **testificaba** de la realidad de estar en Cristo, y el segundo pacto **es la relación real con Dios, EN el Hijo.**

En el Antiguo Pacto es como dijo Dios: “Ustedes no entienden a plenitud, todo lo que el pacto está señalando, y cómo todo esto tiene que ser cumplido en la persona de Mi Hijo (el cual está velado en este pacto según 2 Corintios 3; velado detrás de tipos y sombras, edificios, vestiduras y fiestas); PERO vivan conforme a este entendimiento, conforme a lo que está por venir en Cristo. Vivan conforme a mis términos específicos, condiciones y provisiones, todo lo cual habla de Mi Hijo. Esta será la naturaleza de nuestra

relación; este será el acuerdo por medio del cual, ustedes vendrán a ser mi pueblo, y Yo su Dios”.

“Aquí está lo que quiero de ustedes: Edifiquen un templo que señale a Mi Hijo; vístanse con vestiduras sacerdotales blancas que señalan a Mi Hijo; lleven a cabo estos sacrificios que apuntan a Mi Hijo; vivan de acuerdo a estas leyes que son la naturaleza de Mi Hijo; celebren estas fiestas que señalan a Mi Hijo. Vivan de acuerdo a este pacto de tipo y sombra, profecía y promesa (y pongan su fe en Mí para el cumplimiento de todo esto), y Yo seré su Dios, y ustedes serán mi pueblo. Aquí está el acuerdo, el entendimiento de cómo entraremos en relación. Aquí está el pacto”. Luego, el acuerdo de esta relación, el Antiguo Pacto, fue escrito en piedras y pergamino.

En ese pacto, el hombre estaba separado de Dios, vivía en la carne, servía a ese testimonio de Cristo, a través de tipos y sombras, y estaba bajo la Ley. Como dice el libro a los Hebreos: en el Antiguo Pacto, los hombres servían a la “copia” natural de las cosas que estaban por venir.

Bien, ¿qué es el Nuevo Pacto? **Es la naturaleza de una nueva relación.** Es un entendimiento o acuerdo por medio del cual, Dios y el hombre entran a una relación completamente diferente. ¿Cuál es esa relación? Es la nueva relación que vino por causa de la cruz. No meramente por el perdón de pecados, sino por la realidad de que Adán está muerto, y que Cristo es la vida del creyente. En otras palabras, el Nuevo Pacto, es Dios relacionándose con usted y conmigo, en Su Hijo. Es la unión con Cristo. Hemos sido unidos a Aquel que servíamos a través de tipos y sombras... así como mi mano estaba unida a mi vida, en la analogía previa. Ya no se trataba de servir separada, sino de vivir unida. Ya no se trataba de asemejarse a Jason por medio de obras, sacrificios y fiestas; era mucho mejor que eso, era experimentar y manifestar la vida misma de Jason. Ya no era esforzarse más por crear una copia, figura o sombra de Jason, era habitar en, y expresar la sustancia misma de su vida.

Esta es la naturaleza de la nueva relación; y si la mano iba a estar de acuerdo conmigo (la cabeza), conforme a la naturaleza de la relación, tenía que saber y confesar, que la relación era “no mano, sino Jason vive en mí”. Es decir, “No yo, sino Cristo vive en mí”. ¿Lo ve? Esta es la naturaleza del Nuevo Pacto. Esta es la relación que tenemos con Dios en este Nuevo Pacto. Estamos **en Cristo**, habitamos **en Él**, somos hallados **en Él**, caminamos **por**

Su Espíritu, manifestamos el fruto de **Su Espíritu**, nos esforzamos según **Su poder** que opera poderosamente en nosotros, y hacemos manifiesta **Su Vida**, por medio de nuestra carne mortal.

Todos estos términos del Nuevo Pacto, son extremadamente comunes; de hecho, la frase “en Cristo”, ocurre más de 230 veces en el Nuevo Testamento; sin embargo, la gran proclama de los apóstoles es la frase: “Pero ahora en Cristo”. Ésta no sólo significa “pero ahora que ustedes son cristianos”, o “pero ahora que ustedes creen en el Mesías”. No. También significa, “pero ahora que ustedes han muerto, y Cristo es su vida; ahora que ustedes han sido trasladados de un género muerto, y hechos partícipes de Su vida resucitada; ahora que ustedes están en Él, viven en Él, viven por la vida de Él, caminan por la vida de Él, habitan en Él, son partícipes de Él y lo manifiestan a Él”. **“Pero ahora en Cristo”**.

Ya no servimos más a sombras de Cristo, como si estuviéramos separados de Él; vivimos en y por la sustancia misma de Su vida. Vivimos en una relación de unión, donde Cristo ha sido hecho todas las cosas para nosotros. Ya no servimos más a una copia de esas cosas, a partir de nosotros mismos; somos la manifestación de la realidad de esas cosas, a partir de Él. El Nuevo Pacto es la relación de estar en Cristo, y Cristo en nosotros. En pocas palabras, “Yo estoy en el Padre, ustedes están en mí, y yo en ustedes”.

Mi mano, en la analogía mencionada, seguía pensando en cosas que podía hacer para estar cerca de mí; esa es la forma de pensar del Antiguo Pacto. Pero en la nueva relación, estamos unidos como un espíritu. 1 Corintios 6:17 dice, *“Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él”*. ¿Puede usted imaginar a su rodilla o a su pie, tratando de descifrar la manera de cómo hacerlo bajar para que los visite? Esto no tiene sentido, debido a la naturaleza de su relación con su rodilla. Esto no tiene sentido en este pacto.

Mi mano seguía esforzándose por complacerme a través de sus obras; esta es la forma de pensar del Antiguo Pacto. Pero en la nueva relación, la única manera de complacer a la cabeza es manifestando Su vida. Juan 15 dice, que una rama no puede llevar fruto separada de la Vid; separados de Él nada podemos hacer.

Mi mano quería un manual de instrucciones prácticas de cómo vivir; esta es la forma de pensar del Antiguo Pacto. Pero en la nueva relación, la pregunta no es “cómo” sino “QUIÉN”. Él es la vida, nosotros vivimos en y por Él, y

Él vive en nosotros. Ya no es más un asunto de instrucciones de cómo modificar la conducta natural, ahora se trata de manifestar la naturaleza de Cristo.

Permítame decir esto muy claramente: en el Nuevo Pacto, Dios está buscando mucho más, que meros cambios en la conducta Adámica; Dios está buscando la manifestación de la vida de Su Hijo, en el cuerpo de Su Hijo, y nosotros somos ese cuerpo.

Mi mano estaba tratando de ganar aceptación, basada en lo que podía hacer. Una vez más, esta es la mentalidad del Antiguo Pacto, pero en la nueva relación, la mano ya era tan aceptada como podía ser, por estar unida a mi vida. “Ustedes son aceptos EN el Amado” (Efesios 1:6).

Este es el Nuevo Pacto, y la realidad de este pacto, es algo que no está escrito en libros. El Nuevo Testamento no es el Nuevo Pacto, el Nuevo Testamento describe, declara, proclama y enseña el Nuevo Pacto. ¿Cómo podría una relación estar escrita en un libro? El pacto mismo, la realidad de esta relación, está escrita en el corazón humano.

- Jeremías 31 – 34 dice, *“He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: **Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón;** y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. **Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado”**.*
- Ezequiel 36: 25 – 27 dice, *“Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. **Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra”**.*

- 2 Corintios 3:3 dice, *“Siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en **tablas de carne del corazón**”*.

Podemos ver entonces, que este pacto está escrito en el corazón del ser humano. Este entendimiento, este acuerdo, el conocimiento de que ya no soy yo sino Cristo, es dado por Dios, y escrito no en piedras o pergamino, sino en el único lugar donde la relación puede ser conocida: en el corazón. Si yo le alcanzara un libro y le dijera: “Oye, mira esto. Este libro es mi relación con mi esposa”. ¡Esto no tendría sentido! El libro puede describir mi relación con mi esposa, pero mi esposa se molestaría bastante, si nuestra relación existiera en páginas y no fuera conocida, entendida y experimentada en el corazón.

Como dije, el Nuevo Testamento describe, explica y testifica este pacto, pero para hallar el lugar donde este pacto se convierte en realidad y sustancia, debemos mirar en el corazón humano, ya que allí es donde está escrito. Para aprender este pacto, no podemos leer un libro, pues podemos memorizar el Nuevo Testamento, y no llegar a conocer nada del Nuevo Pacto. Hablaremos sobre esto más tarde; pero para caminar en el Nuevo Pacto, éste debe ser revelado por el Espíritu, y en el lugar donde está escrito.

Pablo escribió en 2 Corintios 3, que este no es el ministerio de la letra, es el ministerio del Espíritu. El Nuevo Pacto fue escrito en nuestro corazón por el dedo de Dios, y a Su Espíritu le toca enseñarnoslo. Ninguna persona puede enseñarnos el Nuevo Pacto. Una persona puede leer el Nuevo Testamento y enseñarnos teología; pero ninguna persona puede enseñarnos el Nuevo Pacto, de tal manera que se convierta en realidad.

Una vez más, esta es la razón por la que Jeremías claramente dice:

- Jeremías 31:33 – 34 dice, *“Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: **Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón**; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. **Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande.**”*

Este pacto puede ser descrito por el hombre, pero no enseñado por él; esto es, porque el Nuevo Pacto es una relación de unión, con Cristo en Dios. No son palabras, es una realidad espiritual. No son doctrinas, es una Persona que ha venido a ser nuestra vida. Si fueran sólo doctrinas, cualquier hombre podría enseñarlo, pero el Nuevo Pacto es Cristo viviendo en nuestra alma. Por lo tanto, el Espíritu de verdad debe develar esta realidad, relación y Persona en nosotros.

En resumen, el Nuevo Pacto es el nuevo entendimiento o acuerdo, por medio del cual, Dios y el hombre entraron sobre la base de la cruz de Cristo, a una relación. La naturaleza de esa relación es la unión. El entendimiento del pacto es: “no yo, sino Cristo”. El Nuevo Testamento, es el lugar donde está descrito el Nuevo Pacto, pero el corazón del hombre, es el lugar donde están escritas la realidad y sustancia de ese pacto. Cuando Cristo, quien es nuestra vida, sea revelado en nosotros por el Espíritu Santo, aprenderemos, experimentaremos y andaremos en el Nuevo Pacto.

PARTE 6

TRANSFORMACIÓN

Llegamos a la parte de este estudio, que tiene que ver con la transformación. Voy a utilizar mucho tiempo para tratar la transformación, pues este es el lugar donde en términos de nuestra experiencia personal, concretamos. Es el lugar donde lo que está consumado en Cristo, empieza a convertirse en realidad en nosotros; es el lugar donde verdaderamente entramos en la realidad de cosas como: “ser conformados a su semejanza”, o “ser transformados por la renovación de la mente”, o donde “nos despojamos del viejo hombre, y nos revestimos del nuevo”. Todo esto es maravilloso, real y bueno; pero todos quieren saltarse estos temas.

Sin embargo, a menos que verdaderamente hayamos entendido que el eterno propósito de Dios, es traer un incremento de Cristo, y que la caída del hombre y el género Adámico, hace imposible dicho propósito; a menos que hayamos entendido, cómo la Ley de Moisés expone esa imposibilidad y magnifica la singularidad de Cristo; y a menos que hayamos entendido, cómo la cruz rectifica toda esta situación, al arrasar una semilla y plantar otra, nunca experimentaremos, verdadera transformación.

¿Por qué? Porque la transformación ocurre por medio de la renovación de nuestra mente, hacia la realidad de lo que **es ahora verdadero en Cristo**. Si no tenemos una verdadera comprensión de la situación actual del hombre, y que el remedio de Dios para esta situación es la **nueva vida en Cristo**, la renovación de la mente no significa nada. Esto tendrá más sentido, conforme avancemos.

Usted verá que el mayor problema de los cristianos, no es que necesitamos conseguir algo que no tenemos; **el problema es que no sabemos, ni experimentamos lo que tenemos**. ¡No puedo enfatizar esto suficientemente! Cuando nacimos de nuevo, no recibimos un pedazo de Jesús, no recibimos un brazo o una pierna, recibimos al único Jesús que hay. Recibimos la salvación completa; recibimos la incorruptible Semilla, no una porción de Ella. Nacimos de nuevo, somos una nueva vida; “...*todas las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas*” (2 Corintios 5:17).

Entonces, ¿dónde está la falla? ¿Cuál es nuestro problema? El problema es que fallamos en conocer la realidad de que Cristo es nuestra salvación. El

problema es que hemos recibido una salvación que no entendemos, y en gran parte es así, porque hemos buscado entenderla con la mente carnal, en lugar de tenerla revelada de Espíritu a espíritu; de lo profundo a lo profundo.

Nosotros estamos en Cristo, y hemos estado en Él, desde el día en que nacimos de nuevo, de Su vida. Fuimos crucificados con Cristo; hemos muerto, y nuestra vida está escondida en Cristo. Fuimos plantados juntamente con Él en su muerte, y fuimos resucitados con Él en la resurrección. Estas declaraciones son verdad, están por todas las Escrituras; pero que sean verdad, no significa que se perciban como verdad. ¿Por qué no parecen reales? ¿Por qué no se perciben reales? Porque estar en Cristo, no quiere decir que hemos entendido lo que significan, o que hemos llegado a relacionarnos verdaderamente con Dios en Cristo.

Carecemos de la experiencia de la verdad, porque no conocemos realmente la verdad; aquí radica nuestro problema. Hemos aprendido cosas verdaderas, pero no hemos conocido a la Persona de Verdad, como nuestra vida misma. Hemos sido liberados, pero es únicamente conforme “conozcamos la verdad, que seremos **hechos** libres” (Juan 8:32). La realidad de la libertad vino con la cruz; y la experiencia de la libertad viene, con el conocimiento verdadero de Dios. El Hijo nos libera, pero es solo conociendo verdaderamente al Hijo, que experimentaremos esa libertad. No es un conocimiento intelectual, sino un conocimiento espiritual, una comprensión espiritual, un ver espiritual.

1 Corintios 2:14 dice, *“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”*. Esto no está hablando de los no creyentes, está hablando de la mente natural del hombre, punto. Está diciendo que la mente carnal y no renovada, no puede discernir las cosas que son verdad en Cristo, porque estas deben ser reveladas por el Espíritu de Dios. El hombre natural piensa, que adquirir información es aprender, y en cierto sentido esto es verdad, cuando se trata de cosas naturales; pero las realidades espirituales, no son aprendidas mediante la adquisición de información, teología, doctrina, etc; es más, la mente natural no es la facultad que usamos para conocer a Dios.

Por ejemplo: nadie pensaría que yo estoy loco, al decir que usted no puede oír una puesta de sol, ni tampoco diría que estoy equivocado, al insistir que una persona no puede ver una hermosa música. El oído no tiene la facultad de ver ni el ojo de oír. De manera similar podemos decir, que las cosas de

Dios son aprendidas, conforme el Espíritu de Él las revela en nuestra alma. La mente natural es una herramienta que Dios nos ha dado, muy importante por cierto, pero no es la facultad por medio de la cual, conocemos la realidad espiritual. Cristo está en nosotros a través del nuevo nacimiento, pero únicamente lo vemos, experimentamos y es formado en nosotros, conforme el Padre nos lo revela por medio del Espíritu.

A propósito, cuando uso la palabra “revelación”, no estoy hablando de alguna clase de “experiencia espiritual”, visita angelical, ni definitivamente del concepto gnóstico de la “iluminación” espiritual de un conocimiento oculto; estoy hablando sencillamente, de la verdad objetiva conforme está en Jesús, la cual es mostrada a nuestro corazón por el Espíritu Santo, a fin de que podamos verla y vivir en ella. Repito, no estoy hablando acerca de un truco mental, estoy hablando de la realidad. La verdad objetiva es lo sustancial, la realidad concreta de estar en Cristo. La verdad objetiva no es la mente sobre la materia, es la mente que necesita ver la verdad de la materia, según el Espíritu la revela. No es la verdad porque nos obliguemos a creerla; es la verdad ya sea que la creamos o no; y el problema es que no lo hacemos. El problema es que la mente carnal, el ojo natural, el oído natural no pueden conocer la verdad; ésta debe ser revelada.

Exactamente de esto habla todo el segundo capítulo de 1 Corintios: “*Antes bien, como está escrito: cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las cosas que Dios ha preparado para los que le aman...*” **No se detenga, continúe leyendo:** “*...pero Dios nos la reveló a nosotros por el Espíritu*” (1 Corintios 2:9-10). ¡Aquí está! ¿Ve usted lo que está diciendo Pablo? Yo solía parar de leer después de la primera parte, y me decía a mí mismo: “Bien, supongo que algún día tendré que descubrir esas cosas en el cielo”. Sin embargo, esto no es lo que Pablo está diciendo, dice que las cosas a las que el hombre no puede acceder con sus sentidos y mente natural, son las mismas cosas que el Espíritu de Dios revela. Si continuamos leyendo el resto del capítulo, vemos que Pablo dice que hemos recibido “*...el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios NOS HA CONCEDIDO*” (1 Corintios 2:12).

Pablo insiste en que estas cosas no pueden ser conocidas, excepto por la revelación que viene del Espíritu de Dios. Pueden ser leídas y comentadas, pero no pueden ser conocidas, de tal manera que sean experimentadas o vividas, a menos que sean reveladas como la verdad de nosotros en Cristo.

Colosenses 3:4 dice, “*Cuando Cristo, **vuestra vida**, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria*”. Sí, “*se manifieste*”. Cuando sea manifiestamente visto, tendremos una nueva vida, y esa nueva vida es Cristo; pero esa nueva vida necesita ser revelada, pues nunca la veremos con la mente carnal. Nunca la veremos, ni la experimentaremos, ni habitaremos en ella o la manifestaremos, hasta que nos sea revelada por el Espíritu de Dios como nuestra vida.

Aquí estamos identificando nuestro problema. ¿Por qué un nuevo creyente no comienza a caminar en el Espíritu inmediatamente? Porque la mente carnal no tiene comprensión de lo que eso significa; sólo conoce a Adán. Hemos recibido una nueva vida, pero esa nueva vida no es conocida o entendida por medio de la mente carnal; por tal razón, necesitamos que nuestra mente sea renovada. ¿Renovada para qué? “*...para que sepamos lo que Dios NOS HA CONCEDIDO*”.

Romanos 8:7 dice, “*Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden*”. ¡Qué acusación! No sólo dice que la mente carnal “está en enemistad”, dice que la mente carnal “es enemistad”; es no conocer o experimentar la verdad conforme está en Cristo.

Aquí está el meollo del asunto: nunca habitaremos en, experimentaremos o expresaremos lo que no vemos, lo que no conocemos. No podemos habitar en la teología, debemos habitar en la Luz. Dios es el único que “*resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*”. “*En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres*”.² Entonces cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste... nos veremos a nosotros mismos tal como somos; “...entonces conoceremos como fuimos conocidos”³, y todas las cosas comenzarán a cambiar. Todas las cosas viejas pasan, y las nuevas comienzan a convertirse en nuestra experiencia. Iniciamos nuestro éxodo **experimental** de una vida a otra.

Vamos a hablar más de esto, pero antes necesitamos entender qué obstaculiza este proceso; necesitamos entender nuestra mente carnal. Si verdaderamente vamos a entender la revelación de Jesucristo, y la renovación de nuestra

² 2 Corintios 4:6^b; Juan 1:4

³ 1 Corintios 13:12

mente, primero debemos entender el obstáculo que tenemos en nuestra propia mente carnal.

LA MENTE CARNAL

Es importante entender que la mente carnal, es realmente un gran enemigo. Solemos hablar del diablo como nuestro enemigo, y por supuesto que lo es, pero la mente carnal es su zona de juegos, su territorio. Es ahí donde él erige sus baluartes, fortalezas y pensamientos, que levanta contra el verdadero conocimiento de Dios. Es ahí donde el hombre se exalta a sí mismo, de tal manera que no puede ver la verdad.

Cuando las Escrituras hablan de la mente carnal, no se refieren únicamente a los pensamientos pervertidos, vulgares e inmorales del hombre. La mente carnal es, sencillamente, la mente de la carne; es nuestra mente terrenal, natural y no renovada. Ve todo desde una base terrenal, carnal, natural y temporal; desde una perspectiva material. Es totalmente ególatra y egoísta. Siempre quiere saber, pensar, aprender, ver y comprender en sus propios términos, y de acuerdo a su propia luz; y cuando algo se sale de su propósito intencionado, discrepa con Dios.

Ahora, la mente natural no es intrínsecamente mala, sino totalmente ciega espiritualmente. Es caída, pero tiene propósito en el plan de Dios. **La mente carnal simplemente domina, o incluso crea nuestro sentido de la realidad, cuando se supone que debería recibir el entendimiento de la realidad por medio del Espíritu. Se supone que no debería decirnos lo que es real, sino aprender lo que es real desde nuestro corazón, viendo a Cristo como nuestra vida.**

El problema es que la mente carnal se sale de los límites de las funciones que se le asignaron, y trata de dirigir el espectáculo. Trata de conocer a Cristo, de dictar lo que es real, y de interpretar las cosas del Espíritu, aunque estas no sean su función. Conocer a Cristo como nuestra vida, no sucede porque seamos inteligentes o tengamos una mente aguda; no. Conocer a Cristo no es función de nuestra mente natural, es función del corazón, el lugar donde Él es revelado. En realidad la mente carnal, muy a menudo, interfiere con este proceso.

Dios no le habla a nuestro intelecto, le habla a nuestro corazón por medio de Su Espíritu; y a menos que nuestra mente sea renovada, ésta siempre funcionará como enemigo de Él. Es necesario que nuestra mente sea renovada, y que se alinee con la realidad que ha sido revelada en nuestro corazón, por medio del Espíritu de Dios. El problema es que nosotros siempre queremos que nuestra mente natural obtenga satisfacción, por entender. Queremos que todas las cosas tengan sentido en nuestra mente natural, (en nuestros términos), antes que creerle a Dios que tales cosas son verdad.

Por un lado, nuestra mente insiste en tener las cosas en sus propios términos; y por el otro, Dios no desea satisfacerla con conocimiento intelectual. Si no entendemos esto, vamos a desilusionarnos o a enojarnos con Dios; pero eso no cambiará nada, pues la satisfacción de nuestra mente, no tiene nada que ver con Su meta final. Dios no nos explica las cosas en nuestros propios términos, porque la satisfacción de nuestra mente con conocimiento intelectual, nada tiene que ver con la meta de formar a Cristo en nosotros; es más bien una distracción.

Ahora, no estoy diciendo que no vamos a entender las cosas de Dios; lo que estoy diciendo, es que no las entenderemos a través de nuestro propio razonamiento e intelecto, sino por la revelación de Cristo en nuestro corazón, tras la cual, nuestra mente puede ser renovada para comprender la realidad espiritual. En otras palabras, no vamos a entender las cosas de Dios conforme *nuestra mente* aprende sobre las cosas espirituales, sino conforme la *mente de Cristo* es forjada en nuestros corazones.

Tampoco estoy diciendo que para ser espiritual, necesitamos ser cristianos no intelectuales; ¡lejos de eso! La mente es una gran herramienta, y puede ser muy buena y colaboradora, cuando hace lo que se supone debe hacer. Lo que estoy diciendo, es que necesitamos utilizar la facultad apropiada para la función correcta.

Dios no está buscando satisfacer nuestra mente carnal, está buscando formar a Su Hijo en nosotros. Sin embargo, muy a menudo no entendemos, nos disgustamos y decimos: “Vamos Dios, sólo haz que esto tenga sentido para mí, y lo creeré”. Aunque lo que realmente estamos diciendo es: **“Dios, no voy a confiar en Ti, a menos que con mi mente carnal domine esto. No voy a creer que esto es real, a menos que me lo pruebes en mis propios términos”**. A esto Cristo respondería: “Me temo que no tienes espacio en tu

corazón para mi Palabra. Tu corazón está clausurado y resguardado por tu mente carnal. Tienes un portero ahí que no le permite entrar a mi Palabra”.

¿Qué pasa si la mente carnal tiene el mando? ¿Qué pasa si la mente carnal es la que dicta la realidad, y establece lo que es espiritualmente verdadero? Provoca problemas importantes en nuestra vida como cristianos, es decir, impide la vida de Cristo en nuestro corazón, y nos mantiene alejados del conocimiento de la realidad de Cristo como nuestra vida. ¡Y esto es un gran lío! Esta es la razón por la que, en términos generales, los cristianos saben mucho más de Cristo intelectualmente, que lo que son capaces de experimentar, vivir o expresar.

Es menos peligroso ser ignorante de algo, que tener ese algo sustituido con otra cosa. Es mucho mejor acercarse a la Verdad confesando que no conocemos la realidad de la vida de Cristo, que pensar que sí la conocemos, cuando en realidad lo que tenemos, no es más que un concepto teológico firmemente alojado.

Permítame darle un ejemplo, de cómo la mente natural puede mantenernos lejos del conocimiento, y experiencia de la vida de Cristo. Cuando leemos versículos como: “*Permaneced en mí y yo en vosotros, porque separados de mí nada podéis hacer*”⁴ esto es lo que hacemos; nuestra mente natural dice uno de las tres siguientes razonamientos equivocados:

1. Yo sé lo que significa “*permaneced*”. Ese versículo corresponde a eso que yo ya conozco y experimento. No es posible (después de ser cristiano por tanto tiempo), que este versículo se refiera a algo diferente a lo que es mi experiencia; así que esto debe ser lo que significa. He estado “*permaneciendo*” por años, y me alegra saberlo. Pasemos a lo siguiente que debo aprender.
2. ¿Cómo? Esto no tiene sentido; ¿cómo puedo ser yo una rama! ¿Cómo se hace eso de “*permaneced*”? Hagámoslo práctico; denme algo con qué trabajar; hagamos esto comprensible para mí. ¿Cuál es el siguiente paso? Déjenme ver la estrategia de juego; el diagrama de flujo. ¡No sé qué es lo que se supone que debo hacer!

⁴ Juan 15:5

3. ¡Hombre! Yo jamás podré “*permaneced*”; eso debe ser para la élite espiritual. Una vez me pareció ver algo de eso en mí, pero probablemente me estaba engañando a mí mismo. ¡Sólo mírenme! ¡Todavía tengo pecado en mi vida! ¿Cómo voy a permanecer alguna vez en Cristo? Mis actos y corazón prueban que no tengo idea de lo que esto significa, y probablemente nunca la tendré.

Estos tres razonamientos son la mente carnal a toda máquina. Es la mente tratando de traer la verdad de Cristo al mundo de Adán; es la mente tratando de ver todas las cosas de acuerdo a lo que sabe, experimenta o siente en la carne.

Estos tres razonamientos podrían verse buenos y apropiados, para la mente carnal. El primero se ve como confianza y osadía espiritual, cuando en realidad es orgullo ciego. El segundo podría verse como búsqueda y curiosidad, pero son obras, Ley y fórmulas. El último se ve como humildad, pero es auto condenación, desacuerdo con la manera en que Dios nos ve, e indiferencia a lo que Él dice que es verdadero.

Un buen ejemplo bíblico de esto lo encontramos en Juan 8, donde Jesús discute con los fariseos acerca de diferentes asuntos. Ahora, es sencillo para nosotros leer el capítulo y decirnos: “¡Esos fariseos religiosos estaban ciegos, etc.!”; pero lo que realmente vemos en este pasaje, es lo que surge cuando cualquier mente carnal discute con la Palabra de Dios. Jesús desea comunicarles la verdad a estos hombres, pero los fariseos tropiezan con cada cosa que les dice; lo que Jesús está tratando de compartirles, está siendo interceptado por su mente carnal.

Jesús les habla sobre Su Padre, y ellos preguntan: “¿Dónde está tu Padre? ¡No vemos a nadie!” Habla de hacerlos libres, y ellos dicen: “¡Nosotros nunca hemos sido esclavos de nadie!” Les habla de partir, y ellos piensan que Él intenta cometer suicidio. ¡Lo pierden en cada paso, pues la mente carnal no puede comprender esa Palabra!

Ahora bien, a muchos les puede parecer que los fariseos quieren conocer a Jesús, que están buscando al Mesías, que están estudiando diligentemente sus Escrituras, y que por eso, están haciendo preguntas lindas y que suenan religiosas. Sin embargo, Jesús no les puede responder sus preguntas, pues están basadas en lo terrenal, en el egoísmo y en lo natural. Él no puede hacer nada para hacerlos entender la respuesta que están buscando. Finalmente dice:

“...la razón por la que ustedes no pueden entenderme, es porque mi Palabra no tiene lugar en ustedes”.

Estos hombres están pensando y buscando de acuerdo a la mente carnal, es decir, su mente debe tener todas las cosas en sus términos. Así que cuando la Palabra de Dios trata de abrirse camino en sus corazones, surge el conflicto, se produce una ofensa, pues las cosas deben tener sentido para ellos. Ahora, la ofensa no siempre se manifiesta como enojo, generalmente es sólo incredulidad, y un sutil rechazo a la Palabra. La ofensa cubre el suelo, e impide el paso de la semilla; por eso Jesús debe decirles: “Mi Palabra no tiene lugar en ustedes”.

Sí, los fariseos están haciendo preguntas, pero no las están haciendo con el fin de recibir la Palabra en sus corazones. Están haciendo preguntas, buscando satisfacer sus mentes carnales. Eso ocurre en nosotros frecuentemente. **Tenemos preguntas genuinas, y sentimos que estamos “buscando”, pero lo que en realidad estamos tratando de hacer, es que Jesús y Sus enseñanzas calcen en nuestra teología, cosmovisión, deseos y necesidades; queremos que Jesús y Sus enseñanzas calcen en nuestro muy pequeño nivel de conocimiento, y en las concepciones de nuestra mente natural.** Podemos tener la apariencia de querer conocer a Dios, pero es en nuestros términos y para nuestros fines.

Hay diferencia entre hacer preguntas, y buscar la Verdad. La mente carnal abunda en preguntas, pero debe quitarse del camino, para que la Verdad sea conocida, si no, las palabras de Jesús se atascan en nuestras mentes como un hueso de pollo en la garganta; sencillamente no bajan al lugar donde pueden crecer. Aprendemos “palabras”, pero la Palabra Viva nunca alcanza el suelo de nuestro corazón.

Muy a menudo Jesús necesita decirnos lo mismo que les dijo a los fariseos: “Ustedes no entienden mis enseñanzas, porque no pueden oír mi palabra. No pueden entender mis enseñanzas, porque no hay espacio en sus corazones para mi palabra. Si tuvieran lugar en sus corazones para mi palabra, mis enseñanzas serían música para sus oídos”.

Amigos, mientras haya dos mentes contrarias, nunca vamos a experimentar unión, nunca vamos a experimentar la mente de Cristo. Mientras haya dos mentes contrarias, nunca caminaremos en el Nuevo Pacto, siempre experimentaremos separación. Sentiremos y actuaremos como si no

estuviéramos crucificados con Cristo, como si todavía viviéramos para Dios en la carne, y hubiera condenación para aquellos que están en Cristo.

Recordemos nuestra analogía de la mano. Vimos que la mano falló en experimentar la unión; falló en vivir por la vida que estaba en ella, porque tenía una comprensión defectuosa, una comprensión de la mente carnal, acerca de la naturaleza de la relación que ella tenía con mi vida. Aunque yo hubiera discutido de esto con usted, por años la convicción de mi mente natural acerca de la naturaleza de mi relación con Cristo, eran tan parciales y anémicas, que fallé en experimentar la vida como miembro del cuerpo de Cristo. El problema no era que yo no estuviera haciendo suficientes cosas espirituales, o que me faltara algo de Cristo; el problema era que yo no conocía la realidad de la nueva vida, y aunque había nacido del Espíritu, caminaba en la carne. Recibí a Cristo, pero todavía me veía a mi mismo en Adán.

CRECIMIENTO: EL DESCUBRIMIENTO DE UNA OBRA CONSUMADA

Terminamos la lección anterior, discutiendo sobre cómo fallamos en entender, y por lo tanto, en caminar en la realidad del Nuevo Pacto. El Nuevo Pacto es nuestra nueva relación con Dios, nuestra unión con Cristo, con la realidad de estar en Él. Necesitamos que el Espíritu de Dios, nos dé a conocer las cosas que nos han sido concedidas por Dios. Nuestra mente debe ser renovada por medio de la revelación de Jesucristo, para que conozcamos, y por lo tanto experimentemos, caminemos y habitemos, en la verdadera naturaleza de la esa relación. El problema no es que nos falte Cristo; el problema es, en palabras de Pablo, que “...somos *carnales* y *andamos como hombres*” (1 Corintios 3:3). Estamos en Cristo, pero no sabemos dónde estamos, quiénes somos o qué significa todo eso.

La verdadera transformación empieza, conforme el Espíritu de Dios hace que “conozcamos las cosas que nos HAN SIDO (no que serán) concedidas”. El Espíritu de Dios está procurando renovar nuestras mentes, con el fin de que podamos conocer, caminar en, vivir y experimentar la realidad de estar en Cristo. Así “caminaremos en la luz, como Él está en la luz, y experimentaremos la comunión con el Padre y el Hijo”. Aquí es donde las cosas empiezan a cambiar de manera práctica, en nuestra experiencia.

Puede que usted esté pensando: “¿Dónde se práctica esto?” Amigos, no hay nada más práctico, que la transformación que empieza a suceder en nosotros, conforme Cristo es revelado como nuestra vida; cuando Su vida se convierte en nuestra experiencia. Hemos venido a la verdad del nuevo nacimiento, pero es aquí donde la Verdad empieza a operar en nosotros. Todo lo viejo llega a su final, experimentalmente hablando, y todo lo nuevo (lo de la vida resucitada), viene a ser lo que nos define en cada etapa.

Pablo dice esto de la siguiente manera:

- 2 Corintios 4:14, *“Sabido que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros”*.
- Filipenses 3:10 – 11, *“A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos”*.

Todo esto emerge de nosotros, conforme el Espíritu Santo nos “guía a toda verdad”, nos “enseña todas las cosas”, “toma las cosas de Cristo, y nos las revela” (Juan 14:16). Esto es lo que Jesús dijo que haría el Espíritu de Verdad. **El Espíritu Santo no está tratando de mostrarnos algo que no tengamos, está revelando la salvación que ya tenemos. Él sólo nos revela lo que ya tenemos, si no lo tuviéramos no nos lo podría revelar; y si por el contrario, ya supiéramos lo que tenemos, entonces no tendría que revelárnoslo”**.

Cuando nacimos de nuevo, recibimos la totalidad de la vida de Cristo; no recibimos una parte de Él. Manifestamos a Cristo de diferentes maneras, con diferentes dones, de acuerdo a diferentes vasijas; pero en el nuevo nacimiento, cada persona recibe la salvación completa. Recibimos la vida misma de Dios, la obra consumada, a Jesús: la Persona completa. Luego nos toca crecer en el conocimiento de la Persona que hemos recibido; nos toca crecer en la perspectiva de lo que ahora es verdadero, pues esa Persona es nuestra vida. Ahora como el cuerpo de Cristo, llegamos a compartir Su mente⁵, y nos toca crecer en ese compartir Su mente, Sus pensamientos, Su punto de vista, Su corazón, Su percepción.

⁵ 1 Corintios 2:14

Así que lo que se incrementa no es la *cantidad* de Jesús que tengamos, sino el conocimiento, experiencia y manifestación del Jesús, que hemos tenido desde el nuevo nacimiento. En otras palabras, lo que se incrementa es la medida de la plenitud de Él, que opera en nosotros. Sí; hay una manifestación incrementada de Cristo conforme crecemos en Él, pero no es porque estemos obteniendo más y más de Él, sino porque nuestra alma está siendo transformada, para llevar la imagen y semejanza de Aquel que ya vive en nosotros.

No es que tengamos un Jesús bebé creciendo dentro de nosotros; aquí es donde la analogía de la semilla podría ser un poco engañosa. El crecimiento de Él no se relaciona con la cantidad de Jesús incrementándose en nosotros, sino con la manifestación de Cristo incrementándose en nosotros. El crecimiento de Él se relaciona con Su dominio sobre nuestra alma; Su reino conquistando terreno en nosotros; es el incremento de Su gobierno en nosotros.

No es que tengamos un Jesús bebé creciendo dentro de nosotros; es que Jesús todavía tiene un cristiano bebé que no sabe aún lo que es real. Es que Jesús tiene un cristiano bebé que “anda como hombre”; es que Jesús tiene un cristiano que todavía piensa que él o ella debería vivir PARA Dios, en lugar de ser una rama de Su vida.

Nosotros no estamos obteniendo más de algo que no tengamos; estamos siendo transformados a la imagen de lo que ya tenemos. Esta es la razón por la cual la transformación es a través de la renovación de nuestra mente. Nunca tendremos más de Jesús de lo que ya tenemos, ni en un millón de años. Lo que si haremos es crecer en nuestra comprensión de lo que ya tenemos. ¡Creceremos en fe! ⁶ Creceremos en nuestra habilidad de habitar en, caminar en, y vivir por aquello que ya tenemos. Eso producirá la cosecha y el incremento de la Semilla. Habrá una manifestación en la tierra de lo que fue plantado en esa Semilla.

Por eso es que cuando miramos la palabra “crecer” en el Nuevo Testamento, la encontramos en el contexto de “crecer en el conocimiento del Señor”, “crecer en fe”, “crecer en Él en todas las cosas”. El crecimiento espiritual no

⁶ Esto es fe: la comprensión de lo que tenemos; ver la obra consumada; contemplar todas las cosas cumplidas en Cristo, nuestra vida.

es más que el conocimiento, y la expresión incrementada de Cristo, quien es nuestra vida.

Alguien podría preguntar: “Si yo tengo a Jesús en su totalidad ahora mismo, ¿en dónde está la carencia? Yo me conozco, yo sé que hay algo malo en algún lugar”. Bien, esto es precisamente de lo que hemos estado hablando: la carencia está en nuestro corazón; la carencia está en nuestro hombre interior, en nuestra alma. La carencia no está en nuestra disciplina; una enorme cantidad de disciplina no hará que obtengamos más de Jesús. La carencia está en el corazón que no ha llegado a conocer su verdadera Vida. La carencia está en el alma que no comprende, por lo tanto, no experimenta ni expresa la realidad de estar en Cristo.

La verdad del asunto es que nuestro corazón, nuestra alma y por lo tanto, nuestros sentimientos, actos, entendimiento, voluntad, etc. no están alineados con la realidad. De hecho y de muchas maneras, son completamente contrarios a la realidad. ¡Así que necesitamos despertar! “*¡Despiértate, tú que duermes... y te alumbrará Cristo!*” (Efesios 5:14). Estamos adormecidos por la modorra “Adámica”; apretamos el botón despertador, restregamos nuestros ojos, y atisbamos desde debajo de las cobijas para ver la obra consumada. La obra por medio de la cual ya hemos sido crucificados con Cristo; por medio de la cual ya no somos nosotros los que vivimos, sino que nos hemos convertido en vasijas de Su vida. La obra por medio de la cual caminamos ahora en la realidad de todas las cosas nuevas en Cristo; de todas las cosas cumplidas en Él.

De nuevo, no es el poder de la “mente sobre la materia”. No estoy hablando de: “Si usted lo cree, será verdad”. No; no es Peter Pan. Lo que estoy diciendo es que la obra consumada es verdad y no la creemos.

Bien, ¿cómo vivimos esto? ¡Este es mi punto! Tenemos que desistir de preguntar “cómo”, porque cuánto más vemos de Él, tanto así vemos ya cumplido; luego sólo descansamos y habitamos en eso. Saber esto no cambia las circunstancias o situaciones, nos cambia a NOSOTROS en todas las circunstancias o situaciones. Como dijimos antes, no es nuestro “cómo”, en realidad es el escape de nuestro “cómo”. No es lo que hacemos; es libertad de todo lo que alguna vez podríamos hacer. No es nuestra vida, pues hemos sido crucificados y Él es nuestra Vida.

Siempre estamos preguntando “cómo”, y el “cómo” fue consumado hace 2000 años, por eso todo el Nuevo Testamento trata de enseñarnos a entrar a Su reposo; que reposemos en su “cómo” consumado. El cómo está cumplido, y no podemos añadirle nada, únicamente podemos vivir en él. El cómo es una Persona y esa Persona es nuestra vida.

Siempre estamos preguntando “cómo”, pero el Señor nos mira y dice: “Si ustedes tuvieran algo que ver con el cómo, estarían en problemas. Yo soy el cómo, habiten en mí ahora”.

Tal vez les pueda ilustrar esto con más claridad usando la siguiente analogía.

LA ANALOGÍA DE LA CASA

Supongamos que hay un hombre sentado en el piso sucio de una cueva, y con una venda en los ojos. Este hombre siempre ha deseado construir una casa, pero aunque haga todo lo posible, no tiene ni las habilidades ni los recursos. Es más, está lejos de lograrlo, pues ni siquiera ha podido comenzar a construirla.

Bien, por medio de algunos actos de poder y gracia, el Señor lo sacó de la cueva, le quitó la venda de los ojos, y lo colocó en la más hermosa casa que este hombre jamás hubiera podido imaginar. Él se dio cuenta de que algo había sucedido ¡El Señor definitivamente había hecho algo! Podía sentir que habían ocurrido algunos cambios, pero hasta donde sabía, no había dejado la cueva. Hasta donde él podía decir conforme a su vista natural, las cosas eran las mismas.

Fue así como sólo se sentó en el piso de aquella casa, y continuó soñando que algún día viviría en una casa. Se sentó en la más perfecta casa jamás terminada, a soñar cómo sería habitar en una casa.

Si no es porque el Espíritu Santo se mantuvo susurrándole que ya estaba en una casa perfecta, esto habría continuado indefinidamente. El hombre abría a menudo su Biblia en Braille, y leía pasajes como “Pero ahora ustedes están en la casa”; pero cuando miraba a su alrededor, continuaba sin ver nada de aquella casa. Le parecía que todo era lo mismo, como la cueva; veía el reverso de la venda, ¡como siempre! Así que se sentó otra vez, y continuó con la tormenta de ideas en su cerebro, sobre cómo podría construir una casa.

Sin embargo, ahí estaba de nuevo en otra página de su Biblia en Braille: “Ustedes han sido trasladados de la cueva, y se les ha hecho sentar en la casa terminada”. Al fin, y desde su desesperación, este hombre cayó de rodillas y clamó: “¡Espíritu de Dios, si estoy en la casa, muéstrame la manera de cómo puedo conocerla, porque hasta donde llegan mis ojos no veo nada de ella!”

Entonces el Espíritu empezó a mostrarle primero una pared, luego una silla, luego una puerta, luego la bañera, luego la cama. Fue hasta que él llegó a estar tan familiarizado con la sustancia, con la realidad de la casa... que nunca más dudó; de hecho, vivía por ella. Sabía donde estaba cada cosa, caminaba en ella, dormía en ella, comía de ella, bebía de ella, jugaba en ella, se bañaba en ella. ¡Todo lo que el Espíritu le revelaba era real, era la sustancia! Aunque no podía verla con sus ojos naturales, había algo mucho mejor que verla con dichos ojos; ahí estaba: viviendo en ella, experimentándola, disfrutándola, durmiendo en ella. Todo lo que el Espíritu de Dios le había revelado acerca de esa nueva habitación, era mucho más real para él, que la oscuridad de la venda en sus ojos. *La casa no era para que él la construyera, era para que la habitara; no era para que la esperara, era para que la conociera.*

Esto es más o menos lo que nos sucede cuando somos salvos. Somos trasladados de una casa y situados en otra; somos trasladados de un ámbito a otro; de un hombre a otro: de Adán a Cristo. O como dice Pablo: “...nos ha librado de la potestad de las tinieblas y trasladado al reino de su amado Hijo” (Colosenses 1:13). Sin embargo, y al igual que el hombre en esta analogía, fuimos colocados en esta nueva casa, pero nos trajimos la misma y vieja ceguera Adámica que teníamos en la cueva. No nos damos cuenta inmediatamente de lo que ha acontecido; no conocemos inmediatamente las riquezas de la gloria de esta herencia; no comprendemos inmediatamente las cosas que se nos han concedido. Es por eso que el Espíritu de Dios, está procurando darnos ahora una clara visión espiritual, (no natural), de la casa. El Espíritu de Dios está tratando de revelarnos la casa terminada.

El cristianismo no consiste en personas perdonadas tratando de construirle una casa a Dios; consiste en habitar en la casa que ya ha sido edificada. El cristianismo no consiste en preparar una casa para Dios en esta tierra; es la manifestación de la casa terminada de Dios en la tierra. El cristianismo no consiste en edificar un reino para Dios; es manifestar Su reino en la tierra tal como en el cielo.

No obstante, muchos de nosotros, y la mayoría del tiempo, nos sentamos en la casa, y en lugar de pedirle al Espíritu de Dios: “revélanos las cosas que nos han sido concedidas por Dios”; “toma las cosas de Cristo y revélanoslas como nuestras...”, continuamos pensando que estamos en la cueva, y seguimos soñando con la futura casa. Hemos empujado todo hacia el futuro, porque no vemos lo que es “ahora en Cristo”. Hemos creído que todo esto es para otro tiempo, para otro lugar o para otras personas, y es porque no vemos la casa que somos.

Muy a menudo llegamos a la conclusión de que no conoceremos verdaderamente esta realidad, antes de que nuestros cuerpos mueran; pero la realidad de estar en Cristo, no es lo que sigue después de la muerte de nuestros cuerpos, es lo que sigue después de la muerte de la cruz. Pablo no escribió sus cartas, que hablan de la realidad de estar en Cristo, a cristianos muertos, las escribió a aquellos que aún permanecían en un cuerpo, e insistió en eso, y aunque ellos todavía estaban en una vasija terrenal, habían sido trasladados de la cueva a una casa terminada.

La carga de los Apóstoles, en su vida de oración intercesora, era exactamente esto. ¿Había notado usted que la mayoría de las oraciones apostólicas era por la iglesia (los creyentes), y que le pedían a Dios que nos diera la habilidad de ver lo que ya somos y tenemos? ¿Había notado eso? “Dios, concédeles espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento verdadero de Jesucristo”; “abre los ojos de su entendimiento”; “dales una comprensión que supere sus mentes”; “permíteles crecer en sabiduría y entendimiento espiritual”; “deja que su amor se incremente a través del conocimiento verdadero”; “muéstrales que todo lo perteneciente a la vida y a la piedad, les ha sido dado a través del conocimiento verdadero de Jesucristo”; “provoca que su fe se vuelva efectiva a través del verdadero conocimiento de todo lo que está en ellos”.

¿Por qué orarían los apóstoles de esta manera? Porque sabían que el Espíritu Santo necesita mostrarnos la Verdad conforme está en Jesús. Debían mostrarnos que somos una mano sujeta a un cuerpo, y que se nos ha dado la vida de ese cuerpo. No estamos tratando de obtener algo que no tengamos ya; ahí está mucha de la frustración de la iglesia. Estamos tratando de entrar a una habitación en la que ya estamos, pero como fallamos en verlo, nos esforzamos por entrar a través de las obras de la carne. Esto me hace recordar lo que Pablo dice en Gálatas 3:1 – 4, “*¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad...? ...¿Habiendo comenzado por el Espíritu,*

ahora vais a acabar por la carne? ¿Tantas cosas habéis padecido en vano?...”

Estoy sentado en mi oficina ahora mismo. Imagine la frustración que sentiría, si en mi corazón no creyera que estuviera aquí, y estuviera además buscando por todas las paredes y ventanas la manera de entrar en ella. ¡Esto es una locura! ¡Y así fue como yo viví mucho de mi vida como cristiano!

Amigos, Cristo ha sido hecho nuestra salvación; Él es nuestra salvación. Nuestra salvación es una Persona, estamos en esa Persona, y esa Persona está en nosotros. Por lo tanto, la **experiencia** de esa salvación viene con la revelación de esa gloriosa Persona.

Si no estamos aprendiendo la realidad de nuestra unión con Cristo, y todo lo que eso significa, nos podemos mantener aprendiendo, sí, “pero nunca llegaremos al conocimiento de la Verdad”.

LA MENTE RENOVADA

Veán, lo primero que el Padre desea hacer después de que nacemos del Espíritu, es “revelar a Su Hijo en nosotros” (Gálatas 1:15). Hasta que Cristo sea revelado en nosotros como nuestra vida, todo lo que aprendamos es sólo teología y doctrina. El viaje de transformación empieza realmente con la revelación de la Persona que es nuestra salvación; la Persona que es nuestra relación con Dios.

Es increíblemente importante entender esto. Nos podemos sentar en la iglesia semana tras semana, y leer la Biblia; pero si el Espíritu de Dios no abre los ojos de nuestro entendimiento y nos revela a Cristo, sólo estaremos aprendiendo información verdadera, y no veremos la verdadera realidad espiritual que viene al experimentar la vida de Cristo. Hasta que Cristo sea revelado por el Espíritu de Dios, la Biblia entera permanecerá como teología para ser estudiada, en lugar de ser realidad para ser revelada y experimentada.

Pedro siguió a Jesús por largo tiempo, oyó Sus palabras, y vio Sus obras; pero un día todo fue más allá de las palabras y milagros, los ojos espirituales de Pedro fueron abiertos y confesó en voz alta: “Jesús, tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” Jesús rápidamente le dijo: Pedro, esto “...no te lo reveló

carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos... y sobre esta roca (el Hijo revelado por el Padre) edificaré mi iglesia... ”⁷

¿Qué quiero decir cuando hablo de que Cristo debe ser revelado en nosotros? Exactamente lo que Pablo describe en Gálatas 1: 15 - 16, “*Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles... ”*

Algunas traducciones modernas traducen este versículo más o menos así: “Cuando Dios, quien me puso aparte incluso desde el vientre de mi madre, etc.”; lo cual hace que suene que Pablo está haciendo referencia a un llamado soberano, pero cualquier traducción literal nos mostrará que eso no es lo que Pablo está diciendo, no es eso lo que él quiere decir. (No niego la realidad de que Dios llama personas para propósitos especiales, tal como hizo con Jeremías y otros. Lo que estoy diciendo, es que Pablo no está haciendo referencia a tal cosa aquí). Lo que Pablo está diciendo es: “...cuando vine al Señor, se produjo una separación de mi primer nacimiento, de mi nacimiento natural, de la vida en la carne; dicha separación ocurrió en la cruz. Luego el Padre empezó la revelación de Cristo EN MÍ. Fui cortado, separado de mi nacimiento adámico, de mi vida natural, y del vientre de mi madre. Luego la sustancia de mi nuevo nacimiento, de mi nueva vida, me comenzó a ser revelada”.

De esto exactamente está hablando Jesús cuando le dice a Nicodemo: “La carne da nacimiento a la carne, el Espíritu da nacimiento al espíritu. La carne para nada aprovecha, es el Espíritu el que da vida” (Juan 3:6). Pablo no dice que Cristo le fue revelado A ÉL simplemente; no. Dice que Cristo fue revelado EN ÉL como su propia vida (Colosenses 3:3). Cristo fue revelado en Su templo, el cual somos nosotros (1 Corintios 3:16). Fue revelado en Su ciudad, la cual somos nosotros (Apocalipsis 21:2). Fue revelado en Su cuerpo, el cual somos nosotros (Efesios 1:23). Fue así como Pablo pudo habitar en esa vida, y presentar a esta Persona, esta salvación y a este Cristo, a los gentiles.

Veamos, una vez que Cristo empezó a ser revelado en Pablo, toda su vida comenzó a ser obra del Cristo residente en él. El ministerio de Pablo no era pasar doctrina, o propagar teología adecuada; consistía en propagar vida, manifestar a Aquel que estaba en él, y revelado en él. Esta es la razón por la

⁷ Mateo 16:16 -18

que él pudo decir: *“Porque para mí el vivir es Cristo...”* (Filipenses 1:21), y lo vemos haciendo declaraciones tales como: *“...para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí”* (Colosenses 1:29); *“Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros...”* (Efesios 3:20).

Tal vez una de las declaraciones más claras sobre esto, está en Colosenses 3:3 – 4 donde dice, *“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando (Griego: “tan a menudo como”) Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.”* Es con esta comprensión, con esta realidad interior, con este entendimiento viviente, que Pablo pudo no sólo escribir, sino también vivir Gálatas 2:20, *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí...”*

Entonces, necesitamos que una obra sea hecha en nuestra mente, (no en nuestro cerebro, sino en nuestro entendimiento espiritual) que es igual a, y correspondiente con la realidad del nuevo nacimiento. En otras palabras, hemos nacido del Espíritu, pero si nuestras mentes no están renovadas, vamos a continuar caminando en la carne. Hemos sido injertados en la Vid, pero sin la renovación de nuestra mente, vamos a seguir viviendo como ramas muertas.

Continuemos mirando lo que dice la Biblia acerca de la renovación de la mente. Ya hemos mencionado el hecho de que Pablo y los autores del Nuevo Testamento, estaban tratando de llevar a los cristianos, a la comprensión de que había mucho que ellos no habían visto todavía. Es más, en Efesios Pablo elogia a la iglesia por su crecimiento en fe y amor, y luego le pide a Dios que les abra los ojos, para que puedan ver la verdad conforme está en Cristo. Si usted es como yo, Pablo pudo haberme ofendido con esto; pero él obviamente conocía el proceso.

Pablo tuvo una transformación genuina de vida para exhibir a Jesucristo. Él no estaba buscando engalanar a Adán con el fin de imitar mejor a Cristo; estaba dejando atrás a Adán, y entrando al siempre creciente conocimiento y experiencia de vivir en Cristo. Esto es lo que él quiere decir cuando habla sobre ser conformados a la imagen de Cristo; no es una imitación súper-carga de Cristo, es la impartición de una vida, que únicamente puede ser vivida conforme Cristo es revelado.

El día que nacimos de nuevo recibimos un nuevo espíritu, sin embargo, no podemos comprender ese nuevo espíritu, con la vieja mente adámica. Necesitamos una mente renovada; necesitamos compartir la mente de Aquel que es nuestra vida. Este es el proceso que verdaderamente nos cambia a Su imagen. Veamos algunos versículos:

- Romanos 12:2, *“No os conforméis a este siglo, sino transformaos (¿cómo?) por medio de la renovación de vuestro entendimiento...”*
- Efesios 4:22 – 24, *“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”.*

Pablo está diciendo aquí que nos despojemos, no sólo de las obras viejas, sino del viejo ser: la vieja naturaleza, el viejo hombre que nunca cambia. De hecho, el viejo hombre siempre está viciado por los deseos engañosos, por lo tanto, no podemos cambiarlo, lo que podemos hacer es cesar de vivir por medio de él. ¿Cómo? Por medio de la renovación del espíritu de nuestra mente. Esta es la manera como nos vestimos del nuevo ser. Veremos esto una y otra vez en los escritos de Pablo, pero tenemos que entender que lo que él está diciéndonos, es **que por medio de la renovación de nuestra mente, nos vestimos con lo que ya somos**. Hay una nueva vida, un nuevo hombre, un hombre que es, de hecho, la justicia, santidad y verdad de Cristo; conforme el Espíritu nos muestra la realidad de estar en Cristo, el viejo hombre es quitado y el nuevo colocado.

- 2 Corintios 3:18, *“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”.*

¿Qué está diciendo Pablo aquí? Algo muy similar. Tenemos que ver al Señor sin el velo del Antiguo Pacto (el velo de los tipos y sombras naturales: el tabernáculo natural, los sacrificios, el sacerdocio, etc.). El Espíritu nos muestra ahora la sustancia del Hijo develado. Lo miramos porque Él está siendo revelado, pero ¿dónde lo vemos? Miramos en un espejo, y vemos a Aquel que está en nosotros. Lo vemos en nosotros mismos. Vemos el reflejo

verdadero de nosotros en el espejo de Dios; miramos y... ¡Él es nuestra vida! Cristo es revelado como nuestra vida.

Santiago en su primer capítulo habla de este mismo espejo. Conforme lo miramos a Él en nosotros, algo sucede. ¿Qué? Miramos la verdad de nuestra unión, la verdad de nuestra muerte, sepultura y resurrección en Él; miramos más y más la verdad de que fuimos sacados de Adán, e introducidos en Su gloriosa vida. Conforme miramos esto con los ojos de nuestro corazón, vamos siendo transformados a su misma imagen. La realidad de que estamos en esta casa va irrumpiendo en nuestra alma.

Es como el amanecer de una gran luz que me muestra lo que es real, que me muestra la habitación en la cual estoy, entonces mi corazón, mis emociones, pensamientos y voluntad, empiezan a llevar Su imagen y Su semejanza. Es como los antiguos manuscritos que eran sellados con cera, y con una sortija con sello. La sortija se comprime contra la cera, y el modelo en ella conforma la cera a su propia imagen; el modelo torna la cera en una réplica de sí mismo. La diferencia con nosotros, es que la sortija con sello de Jesucristo no es presionada en nosotros desde afuera, cae sobre nuestra alma desde adentro. Su Espíritu socava nuestra alma desde el interior, conforme Cristo nuestra vida es revelado.

- Colosenses 3:3 – 4, *“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria”*.

Si recordáramos aquí la analogía de la mano, diríamos que el versículo 3, habla de que la mano ha muerto a sí misma, y ha sido injertada y escondida en una vida completamente nueva. Sin embargo, la mano no entiende en dónde está. Esa mano no ve la nueva vida con su mente vieja. No podemos entender la nueva vida con la mente vieja. Necesitamos una mente nueva, una mente renovada. Necesitamos la mente de Cristo para ver.

Entonces, ¿qué sucede? ¿Qué dice el versículo 4? *“Cuando...”* (Esa es la traducción literal de la palabra en Griego: “tan a menudo como”). *“Cristo...”* aquí tenemos un proceso; un proceso de develación. *“Cuando Cristo, vuestra vida...”* ¿Quién es Cristo? Él es *nuestra vida*. ¿Qué está siendo develado? ¿Qué se nos está manifestando? La realidad de que no tenemos vida, sino a Cristo. Cuando Cristo quien es nuestra vida sea visto, manifestado, revelado *“entonces vosotros...”* Entonces y únicamente entonces, *“seremos*

manifestados juntamente (palabra que en Griego indica unión) *con Él en gloria*". Aquí gloria no habla de algún lugar lejano, como "algún día estaré en la gloria". La Persona misma de Cristo es la gloria; es la naturaleza, carácter y realidad de Aquel que está en nosotros, y con quien hemos entrado en relación. Gloria es lo que dice 2 Corintios 3 que vemos en el espejo. "*Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria*".

En unos versículos más adelante Pablo dice lo siguiente: "*No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno*" (Colosenses 3:9 y 10) ¡Ahí está de nuevo! La misma cosa; la renovación de la mente. Renovación para un conocimiento verdadero. Nos despojamos del viejo hombre, de Adán y también desechamos sus prácticas; pusimos el hacha a la raíz del árbol, y nos encargamos del fruto también. ¿Y entonces qué? Nos revestimos del nuevo ser... del nuevo hombre. ¿Qué le sucede a este nuevo hombre? Está siendo renovado para un conocimiento pleno, a fin de que se mire como, o se conforme a la imagen de Aquel que lo creó. En vista de esto, él empieza a portar la imagen y semejanza de Cristo, se convierte en el cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.

Cada uno de estos versículos habla de una transformación, de un cambio de vida que viene por medio de la renovación de la mente. Ahora, a primera vista esto nos puede parecer demasiado simple y nada práctico; pero examinemos esto por un minuto. Seamos prácticos por un minuto, y pensemos en esta pregunta: ¿Qué se necesita para que algo significativo cambie en nosotros?

No estoy hablando acerca de un cambio donde lo que ocurre, es que se sustituye un hábito por otro; como cuando se mastica goma y se toma café en lugar de fumar. No estoy hablando de dejar de comer en exceso y tornarse en un adicto a la delgadez, aunque nunca nos guste realmente la manera como nos vemos.

¿Qué se necesita para que algo cambie por completo en nosotros? ¿Para que algo se transforme totalmente? ¿Disciplina? Bien, quizás algo cambie con un poco de disciplina; pero ¿alguna vez ha cambiado realmente nuestro corazón por la disciplina? ¿Qué de nuestras emociones? ¿Qué de nuestra voluntad? ¿Qué ha cambiado estas cosas?

¿Educación? Bien, la educación algunas veces puede cambiar cosas, pero, ¿aprender hechos acerca de cómo opera la ansiedad, y cómo muchas personas sufren por ella, elimina los temores? ¿Qué nos cambia?

Yo sugiero que lo único que realmente transforma el corazón, es un cambio interior en la percepción de la realidad. Cuando veo algo y lo percibo como realidad, mi mente, mis emociones, mis deseos y mi voluntad, comienzan a alinearse con esa realidad; pero esos cambios son resultado del cambio en mi percepción de la realidad.

Ahora, esto es bastante cierto incluso en lo que respecta a las realidades naturales; pero es mucho más cierto cuando la realidad que miramos es la Verdad espiritual y eterna, conforme está en Cristo. Esto es exactamente el porqué la revelación de Cristo como nuestra vida, cambia todo. Nos cambia de “gloria en gloria”, de “lo viejo a lo nuevo”. Cuando vemos y conocemos la Verdad en el interior; cuando Dios empieza a abrir los ojos de nuestro entendimiento; entonces y sólo entonces, podemos comenzar a conocer, experimentar y expresar la realidad de la salvación.

Nuestros problemas están directamente relacionados, con nuestra perspectiva de la realidad. Somos el resultado de la perspectiva de la realidad que vemos corrientemente. Estamos experimentando y expresando, cuanta perspectiva de la realidad opera en nosotros. Cuando lo que miramos no es verdad, o lo que es peor, no es vida, experimentamos y expresamos esa perspectiva. Pablo le llama a esto “fortalezas de la mente”. De nuevo, Pablo no dice que esto sea una especie de juego mental, todo lo contrario, dice que es una realidad absoluta y objetiva; pero si nosotros no hemos visto la realidad, crearemos las mentiras acerca de la realidad, y seremos definidos por esas mentiras. Sólo preguntémosle a una mujer anoréxica de 85 libras si cree que tiene sobrepeso, y veremos algo del poder de la mentira.

Ahora, si esto es verdad en la arena natural, con mucho más razón en la espiritual. Todo lo real en Cristo nos debe ser revelado por Su Espíritu, pues vivimos de acuerdo a lo que conocemos como real. En palabras de Pablo, únicamente consideramos lo que conocemos. Es por eso que Pablo trata la conducta equivocada como lo hace. Muy a menudo, en lugar de sólo decir “cesen de hacer eso”, mira el problema y dice: “hmmmm... obviamente ustedes no saben quiénes son; no saben lo qué es cierto de ustedes”. Así es como lo vemos diciendo cosas como:

- 1 Corintios 3:16, “*¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?*”
- 1 Corintios 6:15, “*¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?...*”
- Romanos 6:3, “*¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?*”
- Luego agrega Romanos 6:6; 9; 11, “*sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él...sabiendo que Cristo, habiendo resucitado...*” (y nosotros en Él) **consideraos** muertos al pecado, pero vivos para Dios EN Cristo Jesús, Señor nuestro”.

Considerar o estimar, es la respuesta natural y fácil del conocimiento espiritual. Estimar es el lugar donde lo que conocemos, se torna en lo que experimentamos. Como señala Watchman Nee: la palabra estimar es un término contable. Si tenemos un billete de cinco dólares en el bolsillo, debemos considerar esos cinco dólares a la hora de hacer fila para comprar comida; pero si no sabemos cuánto tenemos, sólo podemos esperar que sea suficiente. Por otro lado, si tenemos una moneda de cinco centavos en el bolsillo, no importa cuánto consideremos, la moneda nunca se tornará en un billete de cinco dólares. El “considerar” nunca cambiará lo que conocemos; nos permitirá acercarnos a lo que conocemos; nos permitirá vivir de acuerdo a lo que sabemos.

Podemos considerarnos muertos en Cristo hasta que la cara se nos ponga azul; pero si nunca hemos visto nuestra muerte con Cristo (si el Espíritu no nos ha revelado esa realidad), dicha “consideración” es una causa perdida. Si por el contrario, hemos visto nuestra muerte con Cristo, y la nueva vida en Él, si en la faz de Jesucristo hemos visto la luz del glorioso evangelio brillar en nuestros corazones, entonces podemos “considerarnos...”, podemos “habitar en...”, podemos experimentar la REALIDAD de nuestra gran salvación, podemos caminar en la luz, podemos ser hallados en Cristo y no teniendo una vida propia, podemos funcionar como miembros de Su cuerpo, porque ya no estamos confundidos acerca de la naturaleza de la relación, podemos habitar en la vida y llevar el fruto de Su vida, podemos crecer con el crecimiento que da Dios.

Entonces Cristo es formado. 1 Pedro 1:13 se lee: “...esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado”. “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria”. Si hemos sido hechos para conocer por el Espíritu de Dios, entonces podemos vivir en, y por medio de lo que conocemos. Si se nos ha concedido la comprensión de que la cruz viene de Dios, entonces podemos caminar en esa comprensión. Esto es fe. Fe es una percepción espiritual; es la comprensión espiritual que nos lleva a la posesión interior de la realidad espiritual. En la medida que el Espíritu de Dios concede la fe verdadera, así caminamos por medio de la fe, así podemos vivir por medio de la fe.

Este es el lugar donde ocurre la transformación total; la transformación de un hombre en Otro: del primer hombre al Segundo Hombre; de gloria en gloria; de Adán a Cristo. Así es como comenzamos y continuamos nuestro gran éxodo de relacionarnos con Dios en Adán, a relacionarnos con Dios en Cristo. Cuando Cristo es revelado, nosotros también somos revelados, y dejamos lo viejo atrás. Podemos decir con Pablo: “*Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo*” (Gálatas 6:14).

ANALOGÍA DEL MUNDO ACUÁTICO

La transformación realmente se reduce a una cosa: la revelación de Cristo como nuestra vida. Si hemos nacido de nuevo, el problema no está en que carezcamos de Jesús; el problema siempre está en que de una forma u otra, no hemos sido completamente conformados a Su imagen al mirarlo. Nuestro problema es que hemos fallado en despojarnos del viejo hombre, a través de la renovación de la mente. La familiaridad con la teología y doctrina, no es lo mismo que conocer la realidad de estar en Cristo.

La realidad de estar en Cristo, se parece un poco, a un mundo del cual a menudo leemos, hablamos o cantamos, pero que fallamos en vivir en él.

Voy a usar una analogía más. Digamos que la humanidad había vivido toda su existencia antes de Cristo en el agua. Sé que es imposible, pero sólo digamos que nacimos en un “mundo acuático”. Tratamos de vivir en el agua, respirar el agua, correr, cantar y bailar bajo el agua, jugar fútbol bajo el agua, etc. y fue totalmente frustrante. Correr era extremadamente lento; cantar era

burbujeante y difícil de oír. Empujábamos hacia el fondo la bola de fútbol con nuestros pies para poder patearla, y el agua la regresaba inmediatamente a la superficie. ¡Era una terrible y frustrante existencia!

Finalmente Cristo vino y dijo: “He pagado el precio para que ustedes puedan vivir en la tierra, en el ámbito del aire. Cuando vivan en el aire, realizarán todas las cosas que ha querido hacer y ser. Podrán respirar libremente; podrán correr y saltar, cantar y bailar e incluso jugar fútbol. Toda bendición les han sido dadas **en el ámbito del aire; no en el del agua**”.

Al oír las buenas noticias la gente se entusiasma y dicen: “¡Hurra! ¡Al fin podemos correr, saltar, respirar y jugar fútbol! ¡Ahora que Cristo ha venido, todo es completamente diferente!” Entonces sacan la bola de fútbol, la empujan de regreso al fondo, y tratan de patearla; ¡nada ha cambiado! Se concentran, y tratan de creer con todas las fuerzas lo que Jesús les dijo; empiezan a correr en el agua, ¡pero son tan lentos como siempre! Aman a Jesús y creen en Jesús, pero tristemente continúan tratando de hacer esas cosas en el agua; se esfuerzan una y otra vez en el ámbito del agua, y hallan que es tan desesperanzador como antes. Entonces se frustran, tanto por sí mismos y sus fracasos, como de Jesús y Sus promesas. De una u otra manera, no parece estar funcionando.

Luego, uno de ellos saca la Biblia acuática y lee: “Caminen en el aire y no en el agua...y nunca más estarán bajo la ley del agua, sino que conocerán la libertad de vivir en el aire”. Ellos se sientan en círculo, y se enseñan unos a otros este versículo; lo memorizan y tienen a sus bebés acuáticos memorizándolo en la iglesia infantil. Incluso levantan escuelas bíblicas acuáticas para aprender cómo enseñarlo, y otorgan grados académicos para el ministerio de esa verdad; pero ninguno de ellos sale del agua para vivir en el aire.

Bien, ¿cuál es el problema de ellos? Es muy obvio para nosotros verlo en esta sencilla historia; y aún así, muy a menudo hacemos exactamente lo mismo. Estamos muy contentos porque Él vino, amamos Su libro, enseñamos Sus historias, memorizamos sus palabras; pero ¿hemos llegado a caminar en el ámbito del aire? ¿Hemos llegado a experimentar el éxodo al salir de un ámbito y entrar en el otro? ¿Hemos hecho la gran transición de salir de Adán para entrar en Cristo? Sé que nos hemos trasladado de acuerdo a la doctrina y teología, sé que el libro lo dice una y otra vez; pero ¿ha llegado a ser esto la

verdadera realidad del lugar donde vivimos, nos movemos o tenemos nuestro ser? ¿Es la verdad de la Cabeza la experiencia del cuerpo?

Ahora, esta analogía cae (como todo), porque nos hace pensar que todavía estamos en el agua, y que estamos procurando llegar a tierra. La verdad es que hemos sido llevados hasta la arena, pero todavía tratamos de andar en el agua por causa de nuestra mente no renovada. ¡Todo lo que conocemos es la realidad del agua!

El punto de esta analogía es simplemente ilustrar la realidad de los dos ámbitos, de las dos vidas. Habitar en Cristo y caminar en el Espíritu, no es algo que tratamos de hacer en la carne, o de lo que hablamos en grupos pequeños. Habitar en Cristo no es algo en lo que tratamos de creer. Estamos en Cristo, hemos sido “vivificados juntamente”, “resucitados juntamente” y “sentados juntamente” con Él. Esta es la realidad presente para todos los que están en Cristo. Todos sabemos que la Biblia dice esas palabras, las memorizamos y enseñamos, sin embargo, la realidad no son palabras, la realidad es una vida completamente nueva.

Aún así, a menudo confundimos concepto con realidad. Tenemos los conceptos del agua, en lugar de las realidades del aire. Los conceptos son tan familiares en nuestras mentes, y están tan establecidos en nuestras doctrinas, que creemos que ya conocemos la sustancia, la realidad. Es cierto, conocemos el concepto acerca de la nueva vida, de habitar en Cristo, de la cruz, de la salvación. Hemos sido cristianos por años, pero al igual que la gente en la analogía del agua, los conceptos verdaderos se tornarán en la realidad de la salvación, cuando experimentemos la realidad de vivir en el aire.

Con mucha frecuencia, debido a que no encontramos vida y cumplimiento en el agua, empujamos la realidad del aire hacia algún lugar en el futuro. Como sólo vemos las realidades del agua, suponemos que las del aire deben ser para otro tiempo. No; es sencillamente otro ámbito, otra vida: una nueva vida, un nuevo hombre, una nueva creación, un Nuevo Pacto. Entramos en él a través de la muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo; no por la muerte, sepultura y resurrección de nuestro cuerpo.

Lo que necesitamos es experimentar la realidad de Su cruz, como nuestra transición de muerte a vida, de Adán a Cristo, de lo viejo a lo nuevo. La obra de Dios en Cristo está totalmente terminada. Efesios 3:11 dice, “*conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor*”. Aún así, a menos

que veamos la obra terminada, a menos que lo conozcamos a Él en Su muerte, sepultura y resurrección, dicha obra consumada no tendrá expresión en nosotros.

Conforme vamos viendo la realidad de la cruz (mi muerte y sepultura con Él, y Su vida resucitada en mí), vamos experimentando la realidad de nuestra salvación; la realidad del estar en Cristo. Conocer a Cristo y a Él crucificado, es como salimos del agua y entramos al aire. Pablo dijo en 1 Corintios 2:2, *“Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado”*. Para el apóstol Pablo esto era todo, y nunca se glorió *“...sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”* (Gálatas 6:14).

La realidad de la cruz debe ser operada en nuestros corazones, por medio de la revelación de Jesucristo. Es decir, conforme Cristo es revelado en nosotros, todo lo que Dios rechaza es eliminado de nuestro corazón, y Aquel que Dios levantó de entre los muertos, se vuelve nuestra resurrección y nuestra vida. El objetivo de la obra consumada de la cruz siempre está, luego sigue la participación, experiencia y expresión subjetiva de dicha obra consumada, según ésta nos es revelada en la Persona de Jesucristo. En otras palabras, lo que Dios ha consumado, debe venir a consumarse en nosotros, conforme *“conocemos como somos conocidos”* (1 Corintios 13:12).

La cruz trae lo de Adán a su final; nos trae a la realidad y sustancia de la vida de resurrección. La cruz ha consumado la obra objetivamente, y ahora opera en nosotros subjetivamente (revelando lo que es Cristo y amputando lo que no lo es). La cruz desarraiga lo viejo y planta lo nuevo. Nos saca de lo viejo y nos introduce en lo nuevo, así podemos comer Comida verdadera, y tomar Agua verdadera.

Conforme la realidad de Cristo y Él crucificado es revelada en nosotros, el eterno propósito de Dios se va cumpliendo; nuestra alma es conformada a la imagen, y llevamos el fruto de Cristo quién es nuestra vida.

PARTE 7

PREGUNTAS QUE SE HACEN CON FRECUENCIA

¿Dónde podemos aprender más?

Para aquellos de ustedes que no lo saben, mi iglesia “Market Street Fellowship” en Akron, Ohio, tiene un sitio en la red; la dirección es: www.marketstreetfellowship.com. Allí tenemos un sinnúmero de recursos de enseñanza gratis. Hay una gran cantidad de sermones y estudios bíblicos en audio descargables, así como transcripciones escritas de sermones y enseñanzas. Todo lo que está en el sitio se levanta sobre el fundamento de Cristo, tal como lo enseñado en este libro.

Todos los temas tratados en este libro son sólo un vistazo, y pueden ser explorados con mayor profundidad a través de los recursos provistos en dicho sitio en la red. Si usted nunca ha descargado audio de la red, hay instrucciones en el sitio que le ayudarán con eso.

Por favor, siéntanse libres de preguntarme por correo lo que deseen. La dirección de mi correo es: marketstreet981@sbglobal.net

¿Qué son las buenas obras?

Es inevitable que surjan preguntas acerca de las buenas obras, cuando la gente empieza a comprender la cruz. Entender que “he sido crucificado con Cristo, y que ya no vivo yo, sino que Cristo es quien vive en mí”, lo cambia todo. Sin embargo, ¿qué de las escrituras que hablan sobre las buenas obras? ¿Qué de los pasajes que parecen decirnos que hagamos cosas buenas? Estas fueron algunas de mis primeras preguntas. No puedo negar que sabía que el Señor me estaba mostrando la cruz y a Jesús como la vida del creyente, pero no sabía cómo calzar esto con lo que yo entendía eran los requerimientos bíblicos para hacer buenas obras.

¿Qué son las buenas obras? Esta es una buena pregunta. Tal vez ya la hemos respondido un poco, y continuaremos conforme avanzamos, pero permítanme tratar de decir esto con toda claridad: Ante todo tenemos que recordar cuál es

la meta de Dios. Presuposiciones equivocadas nos llevarán siempre a conclusiones equivocadas.

¿Qué quiere Dios? La mayoría de los cristianos sabe que Dios desea que seamos salvos por la fe en Cristo; pero más allá de la salvación y como ya hemos dicho, muchas personas piensan que Dios está, en primer lugar, tras un cierto **tipo de comportamiento humano**. Que debemos actuar como Jesús, hablar como Jesús, amar como Jesús, hacer las obras que Jesús hizo, etc. Piensan que esta es la clase de comportamiento que Dios desea para el hombre.

Esto puede parecer “espiritual”, pero no es la respuesta correcta. Dios no está tras un cierto tipo de comportamiento; si eso fuera lo único que Él esperara, nos podría haber dejado bajo la Ley. Si la modificación de nuestro comportamiento hubiera sido aceptable para Él o para Su naturaleza, de alguna manera podríamos haber permanecido en el Antiguo Pacto. La Ley ya era, de por sí, los requerimientos justos de Dios concernientes al comportamiento, estilo de vida, interacción social, etc. Si Dios quisiera que nosotros tratáramos de actuar **como** Jesús, habría mandado a Jesús para que fuera un ejemplo para nosotros, y nunca lo habría mandado a la cruz.

No; Dios quería mucho más para nosotros que la modificación de la conducta Adámica. No quería un tipo diferente de comportamiento, quería un tipo diferente de vida (Juan 6). Él quería que llegáramos a ser participantes y luego conductos de la vida de Su Hijo; no meros imitadores del comportamiento de Su Hijo.

Ahora bien, la vida de Cristo obrando en nosotros se manifiesta de manera visible, y es a esto a lo que llamamos comportamiento; así que el resultado del Nuevo Pacto sí involucra un cambio radical de comportamiento. Sin embargo, el cambio de comportamiento es subproducto o consecuencia de la nueva vida; es la obra externa del Cristo que reside en nosotros. Entonces, lo que tenemos que considerar aquí no es la expresión de las acciones o palabras (si parecen amigables o crueles, perversas o agradables), sino la **fuentes y vida** de esas acciones y palabras.

Esta es Su pregunta: ¿Son nuestras palabras, deseos y acciones la manifestación externa de la Vida que mora en nosotros? ¿Son ellas el resultado de lo que el conocimiento de Él está haciendo en nuestras almas? Como dice Pablo, tenemos que *“manifestar en todo lugar el olor de su*

conocimiento” (2 Corintios 2:14); o son ellas la expresión visible de nuestros intentos de agradarlo a Él en la carne. En otras palabras, ¿le estamos presentando a Él la ofrenda de Caín? Esta es la diferencia clave involucrada en la respuesta a esta pregunta.

Tenemos que recordar lo que somos por naturaleza: *“En nuestra carne no mora el bien”*; *“la carne para nada aprovecha”*; *“separados de mí nada podéis hacer”*; *“no hay justo, ni aún uno”*⁸. De nuevo, la cuestión entonces no es si el hombre juzga una acción como buena, agradable, cruel, amigable o grosera. El asunto de la “bondad” tiene que ver con la fuente. ¿Es Cristo en nosotros, o somos sólo nosotros? ¿Es ésta una expresión de vida o una expresión de muerte? ¿Es éste el árbol de la vida, o nosotros viviendo según el conocimiento del bien y del mal?

Jason, ¿está usted diciéndome que se supone que no debo tratar de ser agradable? No realmente; sólo estoy diciendo que conforme usted crezca en Él, no tendrá que esforzarse por comportarse contrariamente a su naturaleza. No tendrá que tratar de ser algo que no es. Se convertirá, sin esfuerzo, en una expresión de quién es Él, y no su mejor intento de descifrar cómo es Él. Creo que ya lo mencioné, pero este es el porqué el fruto del Espíritu es llamado “DEL ESPÍRITU” y no el fruto de nosotros actuando como el Espíritu; el fruto del Espíritu es la obra visible y natural de la Vida de Él.

En Gálatas 5 se contrasta el fruto del Espíritu con las “obras” de la carne: el fruto versus las obras. En Efesios 5 se contrastan *“las obras infructuosas de las tinieblas”* con el “fruto de la luz”. Las obras son algo que nosotros hacemos; el fruto surge de la Semilla de Cristo. Nosotros podemos tratar de justificar nuestra carne delante de Dios, pero Él conoce la diferencia. Nuestras obras son siempre tinieblas, porque surgen de una fuente que siempre está en tinieblas; el fruto del Espíritu es siempre bueno, porque brota de Su vida. De nuevo, este es el porqué Él dice: *“...todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos”*⁹.

Entonces, ¿está Dios tras mis buenas obras? ¡Por supuesto! Por supuesto que Él quiere buenas obras de nosotros; pero ¿qué es “buenas”? Jesús dice: “No hay nadie bueno, solo Dios”. Así que, si nosotros vamos a producir alguna “buena obra”, ésta tendrá que ser de Su vida trabajando en nosotros y no de

⁸ Romanos 7:18; Juan 6:63; Juan 15:5; Romanos 3:10

⁹ Mateo 7:17

nuestra vida trabajando para Él. Toda obra buena y duradera a los ojos de Dios, es siempre la obra visible de nuestra unión con Él; nunca algo que hacemos aparte de Él.

Bien, ¿qué de este o ese versículo? Vamos a ver algunos de esos versículos. Estamos tan acostumbrados a los versículos que han sido usados de manera equivocada, que nunca los hemos visto correctamente.

1. ¿No dice Pablo que él trabajó y luchó para Dios? Bueno, sí; pero veamos cómo lo dice: *“para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí”* (Colosenses 1:29).
2. ¿No debemos ocuparnos de nuestra salvación con temor y temer? Sí; pero no olvidemos la segunda parte de este versículo: *“...ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, **porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad**”* (Filipenses 2:12 – 13). Tenemos que, con reverencia y temor, permitirle a Dios hacer manifiesta la gloriosa salvación que hemos recibido.
3. ¿No se supone que presentemos nuestros miembros como instrumentos de justicia? (Romanos 6:13) Sí; pero no olvidemos que un instrumento es algo que toca otro, que otro utiliza. El instrumento no se toca a sí mismo, y al igual que nosotros, dicho instrumento no tiene verdadera vida a menos que sea tocado.
4. ¿No dicen las Escrituras que Dios es glorificado cuando llevamos mucho fruto? Sí; pero no olvidemos Juan 15:4, *“Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano **no puede** llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí”*.
5. ¿No se supone que debemos orar sin cesar? Sí; pero no olvidemos Romanos 8:26 – 27, *“Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles...conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos”*.

6. ¿Qué de Santiago donde dice que la fe sin obras está muerta? Bien, esto es cierto, pero definamos los términos de nuevo. ¿Qué es fe y qué son obras? Cuando Santiago dice que la fe sin obras está muerta, NO está diciendo: “Si nosotros decimos que lo creemos, lo probamos haciendo algo”. Lo que está diciendo sencillamente es que la fe verdadera, la que nos ha unido al Señor para que lleguemos a ser un espíritu con Él, se manifestará siempre; llevará el fruto de Su obra siempre. Una percepción verdadera de Él, traerá una manifestación de Él. Si no hay expresión visible de Aquel a quien hemos sido unidos, no hay percepción interna; no hay fe viva.
7. ¿Qué de lo que dice Jesús: “*No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación*”? (Juan 5:28 – 29) De nuevo, no tomemos estos versículos fuera del contexto del evangelio del Nuevo Testamento. ¿Qué dice Jesús de las obras? Juan 15:4 – 5 dice: “*Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano **no puede** llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí...porque separados de mí nada podéis hacer*”. No hay buenas obras delante de Sus ojos, a menos que sean Sus obras. Las buenas obras mencionadas en estos versículos no son los medios para alcanzar Su vida, sino la evidencia de nuestra participación en Su vida. No son algo que hacemos por nosotros mismos para calificar para la vida. La mente carnal siempre busca hacer obras, para que por medio de ellas se nos conceda la vida, pero el Nuevo Testamento presenta las obras siempre, como el flujo de la vida que Él nos ha dado.

Llegaremos a ser la expresión de Él cuando creamos y lo conozcamos verdaderamente como nuestra vida. Los judíos le preguntaron a Jesús: “*¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado*” (Juan 6:28 – 29). Si no tenemos el entendimiento fundamental de la cruz, vamos a malinterpretar este pasaje todo el tiempo; si perdemos la realidad de que Cristo es la vida del creyente, vamos a asumir siempre que “*las obras de Dios*” son **nuestras** obras. En otras palabras, tendremos la cabeza equivocada sobre Su cuerpo.

Los judíos de los días de Jesús también malinterpretaron esto. ¿Qué dijo Él vez tras vez después de hacer milagros o enseñar a las multitudes? Muy a menudo dijo cosas como: "...el Padre que mora en mí, hace Sus obras"; "las palabras que yo hablo no son mías; yo hablo las palabras del Padre"; "yo no hago nada por mi propia iniciativa". Él dijo esta clase de cosas una y otra vez (especialmente en el libro de Juan), debido a que Él era una rama de la vid de Su Padre. Jesús no vino a manifestar Su propia vida o Su propio nombre; vino a manifestar la vida, obras y palabras del Padre. Él dijo claramente: "Padre, yo he manifestado tu nombre en la tierra; no el mío. ¡No he venido para glorificarme a mí mismo; sino a ti!" (Juan 17:4 – 6)

Como nosotros ahora somos las ramas y Cristo es la vid, tenemos que decir: "El Hijo que permanece en mí hace Sus obras. Yo sólo hablo las palabras que Él dice. No soy yo, sino Cristo es el que vive en mí". Perdemos mucho si no vemos este fundamento verdadero.

Leemos la Biblia con un filtro carnal que pervierte todo lo que vemos. Si tenemos un fundamento equivocado, llegamos necesariamente a conclusiones equivocadas. Por ejemplo, con un versículo como Colosenses 3:12 que dice, "*Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia*"; nosotros decimos: "Ooooh, yo realmente tengo que trabajar amontonando más amor y humildad". Sin embargo, no hay verdadera humildad en Adán. Hay tal vez, algunas cosas que tienen la apariencia de humildad: orgullo reprimido o baja autoestima, pero la genuina humildad no es un atributo de Adán, es fruto de Su vida siendo formada en nosotros. Lo mismo sucede con el amor, la sabiduría, la justicia, etc.

Cuando leemos este versículo en Colosenses, nos olvidamos por completo (o nunca hemos comprendido) lo que Pablo dijo unos versículos antes: "*Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios...No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno...sino que Cristo es el todo, y en todos*" (Colosenses 3:3, 9 – 11); y **luego** dice: vístense de misericordia, benignidad, humildad, mansedumbre y paciencia, porque en este contexto, vestirse de tales cosas es en realidad vestirse del nuevo hombre. Entender el fundamento correcto, hace que comprendamos que vestimos de estos atributos, es vestimos de Cristo quien es nuestra vida.

Hay muchos versículos en los que cometemos este mismo error. Alguien me preguntó una vez acerca de un versículo en Romanos, que parece estar hablando de buenas obras. Bien, estoy seguro de que está hablando de buenas obras, pero no olvidemos todo lo que se extiende Pablo en los capítulos 5 al 8 con el fin de mostrarnos: que fuimos crucificados con Cristo, plantados juntamente con Él en Su muerte y levantados juntamente con Él, a fin de que podamos caminar en la novedad de Su vida; y que ahora nosotros caminamos por el Espíritu, no por la carne.

LUEGO saca las buenas obras; LUEGO podemos hablar de la manifestación de la vida de Cristo: lo que es y lo que no es en una iglesia en particular. Entonces Pablo puede decir: “Oigan, dejen de hacer esto y aquello; esas cosas no son Cristo. Vístanse de Cristo; el Padre quiere fruto”. Él incluso pudo tratar específicamente con asuntos acerca de cómo dirigir nuestras vasijas en la tierra; cómo relacionarnos con los gobernadores terrenales o cómo manejar sabiamente las situaciones de disciplina en la Iglesia. No obstante, Pablo no olvida la realidad de la cruz cuando trata tales asuntos.

Hay momentos cuando Pablo no se desvía de su camino para restablecer el fundamento del evangelio; no regresa y dice: “No yo, sino Cristo” al final de cada frase. Estoy seguro que él, habiendo enseñado explícitamente de la cruz tanto en persona como por medio de cartas, podía asumir con toda seguridad que sus lectores entendían. Así que, cuando habló de vestirse de misericordia, por ejemplo, ellos sabían que en realidad se vestían de Cristo (Romanos 13:14). Estaban bastante familiarizados con lo que Pablo estaba hablando: “despojarse del viejo hombre, y por medio de la renovación del espíritu de la mente, vestirse del nuevo”. Pablo ya había colocado ese entendimiento fundamental.

¿Qué de la auto-disciplina?

Para entender el propósito de la disciplina debemos regresar a la cruz. Hemos hablado acerca de cómo la cruz es una espada que divide dos creaciones, dos géneros de humanidad, dos naturalezas. La cruz es la muerte de un género y la plantación de otro. La cruz nos sacó de lo viejo y nos introdujo en lo nuevo; nos separó de nuestro primer nacimiento y nos plantó la Semilla incorruptible de Cristo.

Aunque ya no somos más de “este mundo”, todavía vivimos en él por causa de nuestro cuerpo. Aunque la cruz nos ha llevado a participar de la vida resucitada de Cristo, todavía caminamos en una tienda terrenal. Somos nacidos del Espíritu, sí; pero vivimos en una vasija física sujeta al mundo natural. Por tal razón nos hallamos en una situación un tanto difícil. “Hemos muerto y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios”; pero por un tiempo nuestros cuerpos continúan chocando con los restantes vestigios de la vieja creación. Hemos recibido una nueva vida, pero nuestra tienda y nuestro campamento temporal, por así decirlo, están en la tierra. Somos nuevas criaturas que a través de nuestros cuerpos enfrentamos los residuos de la vieja creación.

En tanto estemos en este cuerpo viviendo con una mente no renovada, el mundo y todo lo que éste ofrece permanece atractivo para nuestra atención, deseos e identidad. Pablo y los escritores del Nuevo Testamento nos amonestan a no tener nada que ver con el mundo que hemos dejado atrás, y que nos concentremos en las cosas del mundo al que hemos entrado. “*Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra*” (Colosenses 3:1 – 2). Debido a que todavía estamos en este cuerpo “... *el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis*” (Gálatas 5:17).

Aquí es donde la disciplina entra. La disciplina no es para ganar algo de Dios, obtener la atención de Él, o añadir algo de estima ante Sus ojos. Tampoco es para “obtener más de Jesús” a través de nuestro esfuerzo, o para “tomar el reino por la fuerza”. El hombre no toma nada de Dios; al hombre se le han dado todas las cosas de Dios en Cristo. Incluso, si pudiéramos tomar algo, no queda nada por tomar. Sólo tenemos que conocer las cosas que se nos han concedido.

La disciplina puede ser útil para protegernos de ser arrastrados a la ceguera y estado de muerte del mundo, del que hemos sido sacados. No es para que merezcamos algo, sino para guardarnos de la vida en la carne después de que hemos nacido del Espíritu. No estoy diciendo que la disciplina nos protege de perder la salvación; eso no es lo que está en juego aquí. Lo que estoy diciendo es que la disciplina nos protege de vivir de manera tal, que sintamos que nuestra tienda terrenal es la vida misma, en lugar de una cubierta temporal.

Pablo nos dice en Romanos 13:14 “...vestíos del Señor Jesucristo (Su Vida), y no proveáis para los deseos de la carne”. ¿Qué significa esto? Que no debemos alimentar la carne, ahora que hemos venido a ser participantes de la naturaleza divina. Que no debemos estimular y resucitar aquello que estamos buscando quitar. Que no debemos nutrir aquello que se supone está muerto y fuera del ámbito de nuestra experiencia. Que no debemos darnos a nosotros mismos razones, y engañarnos pensando que somos algo que no somos.

La disciplina es vivir de tal manera, que nos protejamos de las cosas que obstaculizan el incremento de Cristo dentro de nosotros. No es para ganar o producir vida, es para proteger la vida. La disciplina puede ayudar a crear un ambiente que conduce al crecimiento de la Semilla dentro de nosotros.

Volvamos por un minuto a la analogía de la Semilla y la tierra. El deseo de Dios es que crezca la vida de Su Hijo en nosotros (Gálatas 4:19). En esta analogía la disciplina no es algo que hace que la semilla crezca, es sencillamente una sombrilla que protege la Semilla de la lluvia ácida, aves o mala hierba. No hace que el crecimiento se dé, es cierto, pero sí ayuda a crear una atmósfera donde el crecimiento sucede.

No estoy hablando de volvernos del pecado evidente e inmoral, sino de todo aquello que pueda obstaculizar la obra del Espíritu de revelar a Cristo como nuestra vida. Le permitiré al Señor que trate con nosotros, referente a lo que esto significa en nuestra vida.

A menudo nuestro problema es, que con una mano regamos la Semilla con agua y con la otra vertemos veneno sobre ella. ¿Qué hacen unos pocos minutos con pedirle a Dios que renueve nuestra mente, si por el resto de nuestro día, nos la pasamos inmersos en aquello que lleva a nuestra carne a luchar contra la realidad espiritual, haciendo al mundo natural y al hombre natural, parecer mucho más reales que la realidad de estar en Cristo?

Pablo le dice a la iglesia en Colosas: “yo me regocijo al ver su buena disciplina” (Colosenses 2:5). Pablo se regocijaba al ver que ellos protegían la Semilla de la vida de Cristo; se regocijaba al ver que ellos estaban siendo cuidadosos al crear una atmósfera conveniente, para el crecimiento de la Semilla; pero no de que apretaran los dientes y se exigieran a sí mismos a actuar como Jesús. Él se regocijaba al ver que ellos se abstenían de las cosas que “hacen provisión para la carne en lo que respecta a su concupiscencia”. Entonces, si yo reduzco el tiempo para ver televisión, no es porque a Dios no

le guste la gente que ve televisión, ni porque me haga más espiritual; sino porque quiero ser diligente al cuidar mi mente para conocer, habitar en, experimentar, y expresar la Vida de Cristo que está dentro de mí.

Nosotros podemos entender por qué Pablo dice “resistid la tentación”, “huyan de la inmoralidad”, “no provean para la carne” o en 1 Corintios 9:27 “...golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre”. Él no está diciéndonos que hagamos algo para ganar más unción, favor o espiritualidad; básicamente dice “...ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:12 – 13). Nos dice que seamos sabios para guardar esta obra del Espíritu en nosotros.

¿Qué de las disciplinas espirituales?

Nosotros somos bien rápidos en hacer del ayuno, la oración y el gusto de tener un propósito, como medios para obtener algo que pensamos no tenemos. Pensamos que estas cosas van a motivar a Dios a relacionarse con nosotros de manera diferente, o a darnos más de Cristo. ¡Y esto, por supuesto, es un disparate!

Permítame decir algo que puede que sea desconocido, pero absolutamente cierto. **Nosotros no estamos tratando de mejorar nuestra relación con Dios.** Sé que así es como mucha gente habla: “Esta semana mi relación con Dios ha sido mala, pero fue buena el mes pasado”.

Amigos, nuestra relación con Dios es Cristo. Nos relacionamos con Dios en Cristo. Hemos sido colocados en la relación de Cristo con el Padre. Estamos unidos a Él y somos coherederos con Él. No tenemos nuestros propios medios o métodos de relacionarnos con Dios; nos relacionamos con Dios en el Hijo. Cristo es nuestra relación con Dios. ¿Cómo podríamos cambiar o mejorar la naturaleza de esta relación? ¡Eso realmente no tiene ningún sentido!

Permítame decir esto aún más claramente. Si somos nacidos de nuevo, no tenemos nuestra propia relación individual con Dios, tenemos la relación de Cristo con Dios; esta es mucho mejor y nunca cambia. Es igual ayer, hoy y siempre. Ahora, lo que cambia es nuestra comprensión de esa relación, y consecuentemente, nuestra habilidad de reposar en, y experimentar dicha relación. Podemos decir que hemos tenido una buena o mala semana

espiritualmente hablando, sí; pero tal cosa no ocurre porque la naturaleza de nuestra relación con Dios haya cambiado. ¡Ésta todavía es Cristo! Nuestra mala semana ocurre debido a que tal vez no hemos visto, experimentado o descansado, en la inmutable relación con Dios que tenemos en Cristo.

Dios no se relaciona con nosotros como personas individuales separadas de Cristo; se relaciona con nosotros como participantes de la vida de Cristo y miembros de Su cuerpo. Esto no significa que Él no nos ve como individuos y con personalidades individuales, sino que Su relación con nosotros está basada, en que hemos sido introducidos en Cristo; que de acuerdo al pacto, hemos entrado en la relación del Hijo con el Padre, y no a nuestra propia relación separada. Experimentamos dicha relación como individuos, pero es completa, porque hemos sido introducidos a la relación que el Hijo tiene con el Padre. En el Nuevo Pacto el Padre dice: “Me relacionaré contigo en mi Hijo. Te veré por Su vida; te veré por Su justicia. Te amaré como lo amo a Él, porque has sido crucificado, y tu vida está escondida en Él”.

Aquí tengo otra analogía. Mi esposa se llama Jessie. Cuando ella y yo nos casamos, iniciamos una relación de pacto: ella es hueso de mi hueso, carne de mi carne; estamos unidos. Es seguro que hay cosas que son verdaderamente de nosotros en nuestra relación. Yo tengo por ella sentimientos de amor; proveo alimento para ella y un lugar para vivir. Le soy fiel y le hablo amablemente. Todo esto es parte de nuestra relación de pacto.

Después de un tiempo, Jessie quedó embarazada y tenía en su vientre a nuestro hijo Esdras. Hay dentro de ella otra persona; dentro de ella está la vida de otro individuo que está unido a ella. En virtud de la relación de pacto que tenemos Jessie y yo, este bebé que está escondido en Jessie, recibe los beneficios de una relación de pacto que existía antes que él naciera. Debido a que yo cumplo mi pacto con Jessie: protejo, amo, proveo, aprecio y le hablo amablemente a este pequeño residente. Él se relaciona conmigo en ella; él experimenta la relación que yo tengo con ella. Si voy de compras y traigo a la casa algunos alimentos para Jessie; ¿adivine quién más es nutrido? Si le doy a Jessie un abrazo, ¿adivine quién más es abrazado? Cuando Jessie se acuesta en una casa tibia, ¿adivine quién más está tibio?

Sucede lo mismo con nosotros y Cristo. Hemos sido introducidos en Cristo, por tal razón a Su relación con el Padre, una relación que existía incluso antes de que fuéramos concebidos. No tenemos una manera separada de relacionarnos con Dios. Nos relacionamos con Dios en Adán o en Cristo. Si

estamos en Cristo, entonces somos como el bebé en el vientre de Jessie. Hemos entrado a los beneficios de una relación eterna, y dicha relación no cambia.

De nuevo, aquí la variable es nuestra comprensión y nuestra experiencia de esa relación; así que nuestro esfuerzo en las disciplinas espirituales, o por otros medios, no van a cambiar la naturaleza de nuestra relación. Orar y ayunar tienen su propósito, pero nunca alterarán la naturaleza de nuestro relacionarnos con Dios en Cristo.

Entonces, ¿no debería yo hacer nada hasta que Cristo sea formado en mí?

He oído esta pregunta un sinnúmero de veces. ¿No debería yo hacer nada hasta que Cristo sea formado en mí, hasta que camine por completo en la novedad de Su vida? ¡Por supuesto que no! Cuando Pablo dijo: “Ustedes han sido crucificados con Cristo y ya no viven ustedes; Cristo es quien vive en ustedes”, no continuó en el siguiente versículo con un: “¡INMOVIL! Manténganse perfectamente quietos y no piensen. Podrían accidentalmente pensar o hacer algo que no es propio de Jesús”.

Una y otra vez Pablo nos dice que estamos en el proceso de despojarnos del viejo hombre, y a través de la renovación del espíritu de nuestra mente, vestimos del nuevo hombre. Que estamos siendo transformados porque contemplamos al Señor, y que estamos siendo cambiados en Su semejanza de gloria en gloria. Este es el proceso para todo el mundo. Dios no pierde el sueño por causa de nuestras obras muertas; para Él, Adán está en la tumba, lo viejo ha pasado y lo nuevo ha llegado. ¡Todo está terminado! Así que para Él no es noticia que nosotros llevemos el fruto de Adán; puede ser noticia para nosotros, pero Él está muy enterado de nuestras ramas muertas, y de nuestro fruto plástico.

No nos condenemos a nosotros mismos por lo que Él ya ha condenado. Volvamos nuestro corazón para conocerlo a Él, y sepamos que Él por Su Espíritu aplicará la cruz en nosotros. Él tomará cada ciudad por el brillo de Su manifestación. No tratemos de darnos un reporte cada tres días, sólo busquemos que el Padre revele a Su Hijo en nosotros. Sepamos que este será

un proceso mediante el cual nos despojamos de lo que Él ya ha quitado, y un vestimos de Aquel que es nuestra resurrección y vida.

¿Habrá algo que yo pueda hacer para ayudar a lo largo del proceso?

Bien, Cristo no va a ser formado en nosotros si nos sentamos todo el día a ver televisión; pero con eso digo, esto no es más que la obra del Espíritu de Dios. Cuanto más pronto trato de responder esta pregunta, más gente va directo a tratar de hacer una fórmula. Para el propósito de este estudio, permítanme decir lo siguiente: Vengamos a Él como niños pequeños que no conocen absolutamente nada, y que necesitan que se les muestren todas las cosas por medio de Su Espíritu. Humillemos nuestro corazón delante de Dios, y pidámosle que revele a Su Hijo en nosotros.

¿Cómo sé si es Cristo o soy yo?

Cuando yo recién estaba viendo a Cristo de esta forma y a Él crucificado, encontré el capítulo 12 del libro de Watchman Nee *“La vida cristiana normal”* que me ayudó con esta pregunta. En éste capítulo, Nee habla acerca de cómo esta pregunta es normal en la gente que es un tanto nueva en la comprensión de la cruz. Dice: “Tratar de mirar hacia dentro, diferenciar, discriminar y analizar por sí mismos, sólo nos lleva a una profunda esclavitud. El verdadero conocimiento interior nunca será logrado a lo largo del infructuoso camino del auto análisis”. Su conclusión es: “En Su luz, vemos la luz” (Salmos 36:9). Empezaremos a conocer, debido a que esto se torna claro para nosotros. La tormenta de preguntas en nuestra mente natural empieza a desintegrarse, conforme vemos más y más en Su luz.

Honestamente, esta es sólo otra manera en que nuestra mente natural puede obstaculizar nuestro crecimiento. Nos preocupa si estamos haciendo lo correcto, o si estamos mejorando, o si estamos desligando nuestra mente de Cristo y regresando a lo de nosotros. Lo analizamos todo como si pudiéramos ver la realidad espiritual con la mente carnal; esto nos lleva a condenación, distracción o a una fuente de orgullo. He hallado que es mucho más útil, fijar nuestros ojos en Jesús, autor Y CONSUMADOR de mi fe. Mi visión de la

realidad espiritual está en Él. Él la empezó y Él la perfeccionará. Cuando mi mirada se desvía de Él sólo me veo a mí mismo.

Juan el Bautista dice: “Es necesario que él crezca y que yo mengüe”¹⁰. Esto es perfectamente correcto. No dice: “Es necesario que yo mengüe y que él crezca”; no. El incremento de Cristo será el decrecimiento de nosotros. Por esta razón, fijemos nuestro corazón en Él para conocerlo como nuestra vida; busquemos que Cristo sea revelado por el Espíritu de Dios. Cuando Él se incrementa en nosotros, yo le garantizo que nosotros decrecemos. Conforme crecemos en Él, no tenemos que hacer más estas preguntas, pues esto llega a ser más y más evidente.

¿Por qué Pablo dice “imítenme?”

Qué acerca de los muchos lugares en el Nuevo Testamento donde Pablo les dice a sus lectores que lo imiten, o que imiten a Cristo. De nuevo, nosotros no desechamos todo lo que Pablo nos enseña al tratar de interpretar estos versículos. Estos versículos tienen una interpretación maravillosamente válida, que está de acuerdo con el Nuevo Pacto.

Por ahora esto puede ser obvio para nosotros, pero no se supone que imitemos las obras propiamente, sino el estilo de Vida. ¿Cómo vivía Jesús siempre? Morando en el Padre, no haciendo nada por su propia iniciativa, nunca dijo una palabra o realizó una acción que no fuera la del Padre en Él. ¿Cómo vivía Pablo? Bueno, él mismo nos dice: “He sido crucificado juntamente con Cristo, y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí”; “para mí, el vivir es Cristo”. Jesús vivía como una vasija; vivía morando en la vid y produciendo el fruto de la vid de Otro. Pablo vivía morando en la vid, produciendo el fruto de la vida de Otro.

Amigos, no se supone que copiemos las palabras o el trabajo de Jesús o de Pablo: “Como Jesús dijo esto, yo lo voy a decir; como Pablo hizo esto, yo también lo voy a hacer”. Pensar así es bastante tonto, externo y superficial. Debemos imitar **la manera** en que ellos vivían: morando en la vid y viviendo por la vida de Otro, con el fin de producir la misma realidad de vida. ¡Esto es digno de imitar!

¹⁰ Juan 3:30

Imitemos a aquel que nunca se apartó de la unión con Cristo; imitemos a aquel que nunca actuó por su propia iniciativa y que llegó a ser “la fragancia del conocimiento de Cristo en todo lugar”. ¡Sí, imitemos eso! Imitemos cómo vivían ellos, y no las cosas específicas que hicieron o dijeron.

¿Cómo es el proceso?

Permítanme iniciar diciendo que ser conformados a la imagen de Cristo, no es una carrera de 40 yardas, es un viaje que involucra romper con una “vida” y ser hallado en otra; ser renovados en el espíritu de nuestras mentes, con el fin de que podamos despojarnos del viejo hombre y vestimos del nuevo. Es un viaje en el que estaremos cada día de nuestra vida.

Ahora, la buena noticia es que contrariamente a lo que acostumbrábamos experimentar, este es un viaje que lleva fruto. Es un viaje que conforma el alma a la imagen de Cristo. Entonces, no se trata de orar más, ayunar más o de cumplir las disciplinas espirituales, porque aún con todo eso, nunca llegamos a ningún lugar, pues estábamos tratando de sacar a Adán a través de la fuerza de Adán; no de la cruz de Jesucristo.

Entonces, es un proceso, pero no es el proceso inútil de tratar arduamente de vivir la “vida de perro”.

También permítanme decir, que nuestras mentes carnales están más preocupadas acerca de si nuestra transformación se está “trabajando” de acuerdo a cualquiera que sea nuestra definición de “trabajar”, a que si nuestra transformación es verdad. Para ser totalmente honesto, debo añadir, que a veces nuestra perspectiva de “trabajar” es muy terrenal, egocéntrica y de mentalidad natural, que lleva poca o ninguna semejanza a la intención final del Padre.

Una vez estaba yo orando sobre esto, y el Señor habló a mi corazón diciendo: “Hijo, no te concentres en lo que tú piensas que es “trabajar”, concéntrate en si es verdad. Si es verdad, ésta te hará libre”. ¡Esto es exactamente lo que dijo Jesús: “Si permaneciereis en mi palabra, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”¹¹! Si es verdad, lo sabremos y ella nos hará libres. Nosotros generalmente decimos: “Está bien, aquí está lo que me molesta de mí y de la

¹¹ Juan 8:32

vida. Si Jesús es real, o si tal y tal mensaje es verdad, compondrá estas cosas en mí y lo hará para la próxima semana”. Pero el Señor me marco con que no lo encasille con todas mis ideas egocéntricas... y que solamente pase algunos meses enfocado en ver la verdad. Que solo busque que la verdad me sea revelada, y olvide por un tiempo mis expectativas egoístas.

¿Cómo muere Adán?

Un sinnúmero de personas me han preguntado qué significa que Adán esté muerto; yo cito las Escrituras que dicen que Adán está crucificado con Cristo. Entonces, si Adán esta muerto, ¿por qué parece que todavía está vivo?

Bien, Adán está muerto. Adán fue metido en la muerte de Cristo y no resucitó, sin embargo, no por eso dejó de existir. Para que nosotros entendamos esto, vamos a tener que definir la palabra muerte. A veces cuando pensamos en la palabra “muerte”, pensamos que significa “dejar de existir”, pensamos en estado de inanimación, pero en realidad ésta no es una buena definición bíblica de la palabra muerte.

Hablando bíblicamente, muerte no significa dejar de existir o un estado de inanimación. Muerte, bíblicamente hablando significa separación de la vida y de Aquel que es la Vida; amputación de la tierra de los vivientes (la cual es Cristo); es un estado donde no hay participación de la Vida. La muerte es un estado completamente activo y animado, puede ser totalmente activo y aún así estar muerto.

Vemos esto en muchas palabras de Jesús. Él muy a menudo dijo cosas como: “Dejen que los muertos entierren a sus muertos”¹². Dejen que aquellos sin vida espiritual, vayan y entierren a los muertos físicamente. O les dijo a los judíos: “Si ustedes no comen mi carne y beben mi sangre, no tienen vida”¹³; y ellos estaban de pie frente a Él aparentemente muy vivos.

La muerte es el estado de estar separado de la Vida. La muerte puede estar activa y ocupada, pero sigue muerta porque no hay nada de la verdadera Vida en ella; no sabe que está muerta, hasta que ve la Vida. Así es exactamente como Adán está muerto. Él está permanente y eternamente amputado de todo

¹² Mateo 8:22

¹³ Juan 6:53

lo que es la Vida. Ha sido introducido a un estado permanente de juicio y de separación, en el cual nada de su género conocerá la Vida jamás. No hay Vida en él.

Esto no significa que él haya dejado de existir. Hay una diferencia entre existencia y Vida. La naturaleza de Adán continúa existiendo, continúa teniendo expresión en nosotros, pero en ella no hay vida del todo. No hay Vida en Adán; esto es definitivo. Cualquier cosa que podamos experimentar en Adán y que parezca buena o mala está muerta, pues en él no hay Vida del todo. Ha habido un juicio sobre ese género. “...*si uno murió por todos, luego todos murieron*”.¹⁴ ¡Adán está muerto para Dios!

¿Qué es llevar la cruz o morir diariamente?

En la luz del hecho de que la cruz de Cristo consumó la obra, crucificó a Adán y lo separó junto con toda su creación, e hizo todas las cosas nuevas en Cristo, ¿qué significa para mí llevar la cruz o morir diariamente?

Llevar la cruz o morir diariamente, es la realidad de la cruz de Jesucristo actuando en nosotros hoy. Es, donde lo que está terminado por Él y en Él, empieza a llevar fruto en nosotros; y todo lo que no es de Él es cortado y tirado al fuego. En otras palabras, es nuestra experiencia diaria de ir conociendo Su muerte como nuestra muerte, y Su Vida como nuestra Vida.

Llevar la cruz puede o no puede tener nada que ver con dolor físico o emocional. Verá, no es nuestro sufrimiento o nuestra muerte la que lleva el fruto de su Vida. Veamos los siguientes versículos:

1. “*Llevando en el cuerpo siempre por todas partes **la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos***” (2 Corintios 4:10).
2. “*Que yo pueda conocerle, y el poder se su resurrección, y la participación de **sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte***” (Filipenses 3:10).

¹⁴ 2 Corintios 5:14

Notemos aquí y en otras partes, que nosotros estamos siendo conformados a Su padecimiento, agonía y muerte. Él es el único que murió la muerte que conduce a la Vida. Él murió al pecado, al hombre Adámico y a la vieja creación. Esa es la muerte que necesita ser trabajada en nosotros si vamos a conocer Su Vida resucitada.

La muerte de Cristo no es algo que pueda ser llevada a cabo por nosotros. Ésta fue efectuada por Él, pero es verdad en nosotros porque Él es nuestra Vida. Consecuentemente ella debe ser revelada en nosotros. Esto puede sonar confuso al principio, a mí me sucedió. Permítanme resumirlo así: Adán y su mundo, habiendo sido separados de Dios a través de la muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo, deben ser sacados ahora de nuestra alma oscurecida, terrenal, carnal, basada en los sentidos y amante de la carne, permitiéndole a Dios crucificar al mundo para nosotros, y a nosotros para el mundo.

Esta es la cruz que llevamos, esta es la cruz que constantemente remueve de nuestro corazón, todo lo que la cruz de Jesucristo ha quitado. No obstante, Su cruz opera únicamente conforme Él es revelado; únicamente verlo a Él hace que nosotros veamos lo que no es Él y permitamos que lo que no es Él caiga de nosotros. Solamente en la luz, nuestra oscuridad desaparece.

¿Cómo les enseñamos esto a los niños?

Algunas personas me han preguntado qué hacer con los niños. Ellos no quieren poner a sus niños bajo la Ley, y sólo decir “hagan esto” y “no hagan eso”. No quieren criarlos con legalismo y esclavitud; lo que quieren es que aprendan a Cristo. Desean que Cristo sea formado en sus niños, pero los niños son demasiado pequeños para comprender realmente la cruz, o para conocer a Cristo como su vida.

Pienso que esta es una muy buena pregunta, y una en la que yo he reflexionado también porque tengo cuatro hijos. Hay un pequeño dicho que he usado cuando enfrento preguntas como ésta; dice algo así: “El auto control es necesario cuando yo todavía estoy al control”. En otras palabras, si una persona esta viviendo completamente en la carne, es adecuada para ejercitar el auto control.

Es obvio que nosotros no podemos permitirles a nuestros niños que se descontrolen, y que vivan enteramente por los caprichos de la carne, simplemente porque son demasiados jóvenes para aprender a Cristo. Por esta razón me parece que el auto control es útil, en tanto yo siga al control.

Tenemos que enseñarles a nuestros niños la justicia de Dios para que conozcan lo que es bueno y justo, así ellos harán lo posible para relacionarse con otros de esta manera. Recordemos que la Ley no es mala. Pablo dice que la Ley es santa, justa y buena; la carne es la que no es buena. Lo que no es bueno es que nosotros no podamos caminar de acuerdo a la Ley. La Ley es débil por causa de nuestra carne (Romanos 8:3), pero eso no significa que sea el enemigo; sólo significa que nos lleva a un lugar donde vemos nuestra necesidad de Cristo.

Podemos argumentar de la misma manera con respecto a las leyes civiles de nuestra tierra. ¿Por qué deberíamos nosotros tratar de hacer cumplir las leyes civiles? Lo que quiero decir es que si no es Cristo, no es nada en todo caso. ¿Sí o no? Obedecer las leyes civiles no es lo mismo que manifestar la vida de Dios, eso es seguro; pero por la sociedad, las relaciones y la seguridad, no es apropiado dejar al hombre Adámico hacer lo que es correcto ante sus propios ojos. La Ley es necesaria cuando el hombre vive en la carne.

Para mí sucede lo mismo con los niños. Sí, enseñémosles lo que es correcto y lo que no lo es. Por supuesto, hagamos que tengan un comportamiento adecuado, pero cuando sean suficientemente grandes para comenzar a oír, empecemos a compartir con ellos la verdad del evangelio. Compartamos con ellos que hay una nueva vida, una nueva creación, un nuevo pacto. Cuando sean más grandes, enseñémosles la verdad, y pidámosle al Espíritu que les revele lo que es caminar en el espíritu, y no satisfacer los deseos de la carne.

¿Por qué cito tan a menudo la Biblia Literal?

A mí me gusta la traducción de la Biblia Literal, porque me gusta saber con exactitud y lo mejor posible, lo que fue escrito. No digo que no me gusten las traducciones más populares en inglés, pues creo que varias de nuestras traducciones son buenas, fidedignas y útiles.

El problema en el que ocasionalmente nos metemos es el siguiente: un traductor únicamente puede convertir a su lenguaje lo que él entiende por sí

mismo. Si él lee un versículo en el original griego, tiene que decir en algún momento: “Hey, creo que sé lo que esto significa, entonces así es como debería decir en inglés”; pero, ¿podemos ver cómo esto permite una medida significativa de interpretación personal? ¿Nos damos cuenta de que el traductor está diciendo: “Creo que lo que probablemente Pablo quiere decir es ‘x, y, z’”?

A menudo ellos están en lo correcto, pero a veces encuentro que no. Hay momentos cuando deliberadamente (y lo van a decir claramente), cambian una palabra o un tiempo verbal, para “que tenga más sentido en inglés”. De nuevo, con frecuencia esto es de ayuda, pero hay ocasiones cuando en lugar de clarificar, realmente oscurece algo de la intención original del autor.

Por eso yo siempre tengo unas pocas traducciones literales a mano, y reviso cosas en el griego y en el hebreo, sólo para estar seguro de que sé lo que está escrito con exactitud. Una traducción literal no es una necesidad, pero es una buena ayuda de estudio que podemos tener en nuestro estante. Yo recomiendo que compren una traducción literal.